

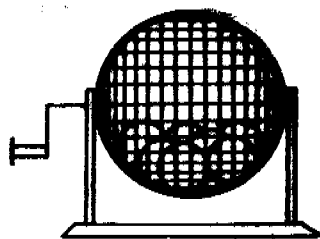
LOTERIA

VOLUMEN II • N 23

2da. Época

OCTUBRE 1957

LOTERIA



II EPOCA

PANAMA, R. DE P., OCTUBRE DE 1957

Nº 23

SUMARIO

	Página
Obras son amores... (Introducción de D. H. Turner)	3
A un año de un propósito y de una firme intención, por Armando Moreno Guillén (panameño)	16
Efemérides panameñas.—Octubre, por Juan Antonio Susto (panameño)	19
Don Manuel Espinosa Batista, por José Oller Navarro (panameño)	23
Discurso de don Joaquín Vallarino Jr. (panameño) con motivo del primer centenario del nacimiento de don Manuel Espinosa Batista	28
La revista "Lotería" al Dr. Carlos Antonio Mendoza, el gran democrata y estadista panameño, en el centésimo primer aniversario de su nacimiento (Discurso del Licenciado Domingo Henrique Turner, pronunciado el 31 de Octubre de 1956)	31
Motivos de lotería (versos), por Gustavo Segura (Colombiano)	49
La Iglesia de Santa Ana. Con motivo del segundo centenario de la iniciación de su construcción (1757—12 de Octubre—1957), por Juan Antonio Susto	50
El festival de la mejorana por Manuel F. Zárate (panameño)	53
La Zona Libre de Colón.—Su origen.—Desarrollo.—La razón de su existencia, por Eduardo Lanuza (panameño), Sub-Gerente de la Zona Libre de Colón	62
La lucha contra el crimen.—La matanza de Panamá, por Joseph Millard (versión de Ramón Cortá Jr. hijo). (Cubano)	72
Ran Runnels en la ruta de "El Dorado", por Ernesto J. Castellero R. (panameño)	88
La personalidad de Ran Runnels, por Juan Antonio Susto	97
Un panameño de excepción (Rogelio Sinán), por R. E. Montes i Broadley (mexicano)	100
Rutas de la novela panameña, por Rogelio Sinán (panameño)	103
En el 103 aniversario del nacimiento del Prócer Porfirio Meléndez (Homenaje de la Escuela "Porfirio Meléndez" de la ciudad de Colón)	111
La creciente de la ceniza, por Manuel María Alba Carranza (panameño)	118
Relación de méritos y servicios de un panameño ilustre.—Don Nicolás Victoria Jaén (1862-1950)	123
El futuro de la República Federal de Centro América, por Francisco Lino Osegueda (salvadoreño)	129
El marinero infantil (cuento) de Jorge Turner (panameño)	134
Interpretando sueños (versos), por Elías Alain Acuña (panameño)	139
Poemas de Moisés Castillo (panameño):	
Senderitos de mi tierra	142
Romance de la rapta	142
Pago de billetes premiados en Chiriquí y en el resto del interior de la República	144
EXPLORACIONES A LOS ISTMOS DE PANAMA Y DE DARIEN	
EN 1876, 1877 y 1878, por Armando Reclus (francés):	
Capítulo XXII	163
Capítulo XXIII	171
Capítulo XXIV	175
Capítulo XXV	184
Capítulo XXVI	188
PORTADA: Excelentísimo Señor Presidente de la República, don Ernesto de la Guardia Jr.	
Números favorecidos por la suerte en el año de 1956 (tercera página de la contraportada).	
Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia (cuarta página de la contraportada).	
Administración de la Lotería Nacional de Beneficencia	2
Números favorecidos por la suerte de Enero a Octubre de 1957	29

ADMINISTRACION DE LA LOTERIA NACIONAL
DE BENEFICENCIA

Gerente

DR. CARLOS E. MENDOZA

Sub-Gerente

LIC. AGUSTIN FERRARI

Jefe de Contabilidad

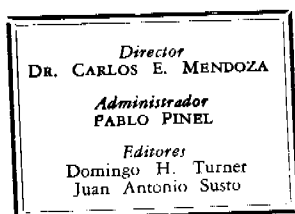
HERACLIO CHIANDECK

Tesorero

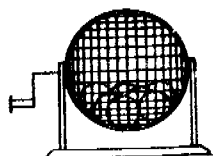
GILBERTO MEDINA

Secretario

PABLO A. PINEL



LOTERIA



ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

II EPOCA • PANAMA, R. DE P., OCTUBRE DE 1957 • Nº 23

Obras son Amores...

(Introducción de D. H. TURNER)

Síntesis de las realizaciones de la Administración de don Ernesto de la Guardia, hijo, durante el primer año de su ejercicio, en los diferentes ramos ministeriales de que se compone aquélla. Ya en otra publicación, hecha a base de apreciación a gran vuelo, se dijo que los diez pilares sobre que descansó esta meritoria labor, fueron y siguen siendo: la reforma constitucional, el presupuesto general del Estado, los aranceles, la carretera interamericana, los caminos vecinales, el fomento a la producción y reorganización consecuente del IFE, la salud pública, la cultura nacional y la política democrática, interior y exterior. Tal es el resultado de una planeación consciente, de verdadero estadista, que piensa primero y ejecuta después, y de colaboradores inmediatos armados de coraje progresista y de buena fé administrativa, que trabajan en el Palacio de Las Garzas y a la cabeza de los diferentes ministerios, sin otra preocupación que el bienestar general. Sin más comentarios, sigue el resumen de las realizaciones del Régimen durante el año que acaba de transcurrir.

EN EL RAMO DE POLITICA EXTERIOR: Igualdad de salarios de nacionales y norteamericanos en los trabajos de la Zona del Canal de Panamá; sitios en Balboa y Cristóbal para edificios de aduana y migración; inspectores para la vigilancia y examen de las condiciones de trabajo, de salud, etc. en las naves de la marina mercante nacional que atraviesan la Gran Vía; delegación permanente selecta ante las Naciones Unidas y representación en el Consejo de Seguridad por dos años; representación en las conferencias de enviados especiales de los presidentes de las repúblicas americanas, de Washington, para la discusión de asuntos económicos.



S. E. el Presidente de la República, Don Ernesto de la Guardia Jr., con su Gabinete y altas autoridades, en su Conferencia de Prensa, se dirige al país, el 22 de Diciembre de 1956.

ccs, y boletín de información de la secretaria de la Presidencia para el servicio exterior.

EN EL RAMO DE HACIENDA: De Enero a Septiembre de este año, las rentas excedieron a las de igual período en el año anterior, en la suma de B/.705.769.37 salvo el renglón relacionado con la baja de lo que hubo de pagar la Chiriquí Land Co., afectada en su producción por violentas tempestades tropicales; se planificó la represión del contrabando y, como consecuencia, se capturaron cinco naves dedicadas al mismo; se habilitó al comercio exterior a Puerto Armuelles, en el extremo norte del País; se establecieron oficinas postal y aduanera en Almirante; se creó una oficina aduanera y otra de encomiendas postales en la Zona Libre de Colón; se limitó a la suma de mil balboas el honorario mensual de los cónsules, lo que produjo un beneficio para el Fisco de B/.30.000.00; se modificaron las disposiciones sobre inscripción de naves, a fin de facilitar ésta; también se estableció un sistema de inscripción de títulos de propie-

dad de las mismas; se eliminaron los recaudadores provinciales, excepto los de Bocas del Toro y El Darién, remunerados a base de comisión, y reemplazaron por receptores a sueldo fijo, lo que produjo un ahorro de B/.50.000.00 aproximadamente; se intensificó el cobro de impuestos atrasados, y de 20 ejecuciones por año que se registraban antes, en lo que va de este año se cuentan 384; se ha establecido el sistema de practicar inventarios en las oficinas receptoras, lo que ha dado por resultado el descubrimiento de numerosos fraudes a las rentas públicas; se ha intensificado la vigilancia del cumplimiento de las leyes fiscales, mediante allanamientos de garitos, etc.; se ha expedido, en reemplazo del anacrónico existente, un nuevo Código arancelario, mediante discusión exhaustiva de industriales, comerciantes y consumidores; y se ha cobrado, por primera vez, el impuesto de muellaje a los buques que acoderan en muelles particulares.



S. E. el Presidente de la República, Don Ernesto de la Guardia Jr., inaugura el busto del ex-Presidente Dr. Belisario Porras, en la Universidad de Panamá, con motivo del centenario de su nacimiento, el 28 de Noviembre de 1956.



S. E. el Presidente de la República, Don Ernesto de la Guardia Jr., hace su entrada en la Villa de Los Santos, el 10 de Noviembre de 1956, con motivo del CXXXV aniversario del grito de Independencia de la heroica villa.

EN EL RAMO DE OBRAS PUBLICAS: Se han pavimentado y prolongado ocho calles en la ciudad de Panamá; se han asfaltado calles en las áreas siguientes: San Francisco de la Caleta, Altos del Golf, La Carrasquilla, Vista Hermosa, Domingo Díaz, Pueblo Nuevo, Parque Lefevre, Río Abajo, Juan Díaz, El Cangrejo y Campo Alegre; se han hecho trabajos de arreglo y mantenimiento de calles en treinta y tres lugares de la República, que cubren el territorio de todas las Provincias; en el distrito capital se han asfaltado las siguientes carreteras: la que conduce al Hospital Psiquiátrico; la de empalme de la CAM con Tocumen; y los antiguos caminos hacia Juan Díaz y Pedregal; en el interior del país se han asfaltado las siguientes carreteras: Tocumen-Pacora; Central-Pacora; Pacora-Chepo; Chorrera-Hospital Solano; Capira-Cermeño; ramales de Campana-El Valle; Penonomé-La Pintada; Aguadulce-Pocrí; Dávila-La Peña-Soná; Soná-Tabasará y Tabasará-Guabalá. Se han mantenido numerosas carreteras con superficie de piedra, y rehabilitado carreteras de hormigón en aproximadamente cien tramos. En la provincia de Panamá se han ter-

minado ocho obras públicas de gran envergadura, a un costo aproximado de cuatrocientos mil balboas, y se hallan en construcción diez, entre escuelas y unidades sanitarias. En Colón, terminadas, nueve; en Bocas del Toro, terminada, una, a un costo de B/.40.000.00, y en construcción, otra, por valor de B/.53.000.00; en San Blas, terminada una, en el Darién, terminada, una, y en construcción, otra; en Los Santos, terminada, una, y en construcción, dos; en Herrera, terminada, una, y en construcción, dos; y en Chiriquí, terminadas, nueve, y en construcción, tres.

EN EL RAMO DE EDUCACION: Han celebrádose reuniones y estudios con miras a una revisión integral de los Programas Escolares; se aprobaron 18 textos para escuelas primarias y 14 para secundarias; se nombró una Comisión de Estudio Integral de Educación Primaria, con representación del Ministerio y de los Maestros; bajo la dirección del Servicio Cooperativo Interamericano de Educación, se establecieron cursos de verano, para el adiestramiento de profesores de Educación hogareña;



En el Instituto Nacional, su Alma Mater, S. E. el Presidente de la República, Don Ernesto de la Guardia Jr., inaugura la Exposición de Ciencias, el 3 de Diciembre de 1956.



Entre los 18 libros de texto editados durante la Administración de S. E. el Presidente de la República, Don Ernesto de la Guardia Jr., figuran los que aparecen en esta fotografía.

se dió aprobación a varios cursos vocacionales; se estableció Plan de Estudio para III Año del Ciclo Normal; se fundaron Seminarios de Orientación en Panamá, Santiago, David, Chame, Capiña, Chorrera, Colón y el Instituto de Artes Mecánicas; se editan para este año, 18 textos de escuelas primarias, con un tiraje de 254.250 ejemplares; se están haciendo preparativos para entregar el próximo año 300.000 adicionales; se dieron 15 conciertos, algunos al aire libre, por la Sinfónica Nacional; se desarrolló una Temporada de ocho funciones de ballet, teatro y conciertos, que fueron presenciadas, en el Estadio Nacional, por unas cien mil personas de la clase trabajadora; bajo el patrocinio de Bellas Artes, se dieron, en el Teatro Nacional, más de treinta representaciones dramáticas y de arte en general; se editaron también los programas de Enseñanza Primaria, y cada uno de los maestros del país tiene en su poder este valioso instrumento educativo; la dirección general de Educación hizo cinco seminarios para el mejoramiento de inspectores, maestros y directores de escuela; se otorgaron 138 becas universitarias, cuatro más que el año anterior; bajo

la responsabilidad y dirección de escuelas y funcionarios especializados del Gobierno, se establecieron núcleos agrícolas escolares en David, Santiago y Capira; se tomó parte en la construcción de 32 edificios para escuelas primarias; se creó el segundo ciclo de Liceo y Normal en el centro educativo José Antonio Remón; se crearon dieciséis escuelas primarias nuevas, y se recibieron este año 500 alumnos más que el año precedente, en escuelas primarias, y en secundarias, 2.000.

EN EL RAMO DE SALUD PUBLICA Y PREVISION SOCIAL: De conformidad con el programa de preparación de educadores sanitarios, se enviaron panameños a efectuar estudios especiales en las universidades de Puerto Rico, Yale y California; de acuerdo con el plan de dotación de agua potable, se ha llevado ésta y han hecho trabajos de erradicación de la malaria y educación nutricional, en comunidades pequeñas que lo requerían de urgencia; se creó la comisión técnica responsable de dirigir las actividades correspondientes a los estudios del nuevo alcantarillado y mejoras



En el campo de los deportes se destaca la participación de S. E. el Presidente de la República, Don Ernesto de la Guardia Jr. Aquí lo vemos en la inauguración de la Liga Profesional de Baseball, el 5 de Diciembre de 1956.



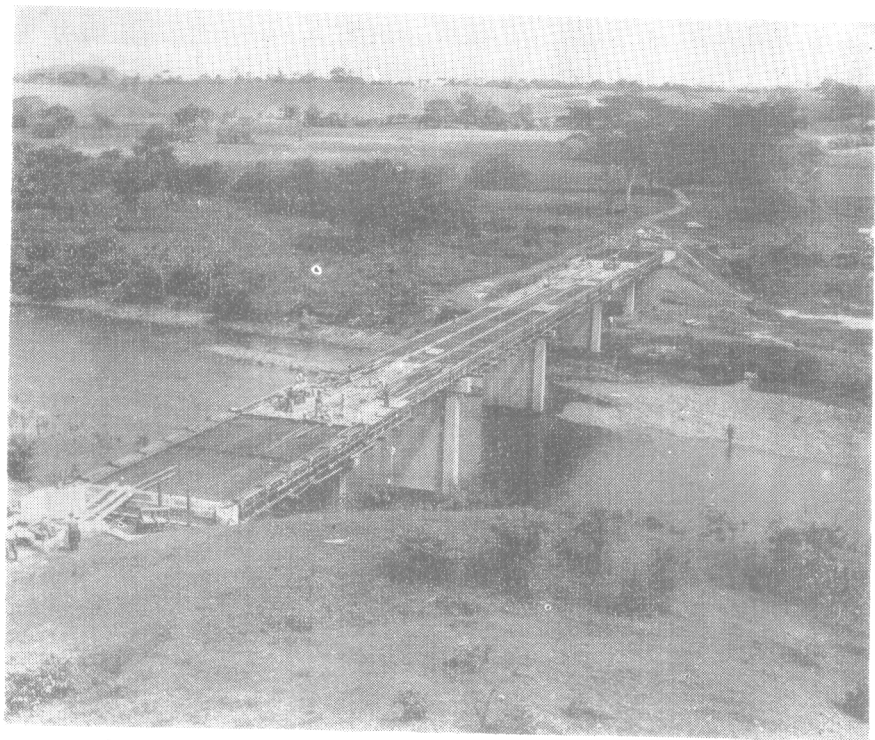
S. E. la esposa del Excmo. Presidente de la República, Doña Mercedes Galindo de de la Guardia, en una de sus actividades en la lucha contra el polio.

del actual sistema de agua, para lo cual se obtuvo un empréstito de dos millones de balboas del Export and Import Bank, que no pagará intereses durante los primeros cuatro años de construcciones; en la planta del Ministerio del Ramo se efectuó una reorganización de departamentos técnicos y administrativos de Salud Pública y llevado a cabo un planeamiento general del Despacho, que garantiza, mediante contratos, el servicio de profesionales durante seis años; la labor sanitaria ha sido intensificada en todas sus formas, con la fundación de clínicas y dietéticas escolares, inspección de la venta de productos alimenticios, adiestramiento de técnicos de los diferentes centros de salud, dotación de un nuevo equipo para exámenes de agua, inspección y vigilancia de carnes y todo lo relacionado con la matanza, transporte y expendio de éstas; se tomaron 5.000 radiografías por mes, durante el año, para descubrir el virus tuberculoso y ampliar la capacidad del Hospital Nicolás Solano, con cien camas, para atender a nuevos enfermos de la peste blanca; en el interior se perforaron este año

sesenta y cuatro pozos tubulares y adquirieron nueve perforadoras adicionales, con capacidad para perforar cada una de ellas treinta pozos por año; se inició durante este lapso una campaña integral para la erradicación de la malaria y fumigado cerca de 200.000 viviendas, durará cuatro años; se han reorganizado y ampliado casi todos los hospitales de la República, entre éstos el Psiquiátrico, al que se adicionó con el servicio de Psiquiatría infantil; se construyó un pabellón para pacientes mentales tuberculosos, con capacidad para 400 enfermos; en el rubro de veterinaria, se mantuvo la inspección de todas las lecherías y de las plantas pasteurizadoras; se mantiene un adiestramiento constante de todos los inspectores sanitarios, los que regularmente visitan mataderos, mercados, restaurantes y fábricas; se estableció la cuarentena de perros y gatos en Panamá Viejo, para impedir la entrada al país de la llamada rabia canina, y se comenzaron programas de inmunización contra las más conocidas zoonosis; el laboratorio central de salud pública intensificó sus labores, al ex-



Un tramo de la carretera interamericana, entre Antón y Penonomé, hecho bajo la Administración de Don Ernesto de la Guardia Jr.



Construcción del puente sobre el río San Félix, hecho en la administración de Don Ernesto de la Guardia Jr.

tremo de que durante este ejercicio se han hecho 77.525 exámenes, cantidad no alcanzada hasta ahora en igual período; se construyeron los acueductos de La Mesa, Pesé, Pocrí y El Real, así como el alcantarillado de Guararé, y solicitado los materiales necesarios para continuar esta labor en escala nacional; se fundó el Centro Modelo de La Chorrera y desde febrero hasta junio de este año se habían atendido a 106 mujeres en estado grávido; por último, en la Oficina de Inquilinato, de 5.767 lanzamientos judiciales decretados, sólo se consumaron 136, debido a la intervención de esta dependencia ministerial.

EN EL RAMO DE GOBIERNO: *En la Colonia Penal de Coiba, se incrementó entre los reos el aprendizaje del cultivo del arroz, mediante procedimientos técnicos y se espera un mayor rendimiento de la producción arrocería en ese Penal; en la Guardia Nacional, sigue el impulso a la formación escolar de guardias nacionales; se inauguró una clínica mé-*

dica, debidamente equipada en el cuartel de Colón; se construyeron dos edificios para la Guardia en Chiriquí; y para otros servicios comunales, en el Breñón y Progreso, de la región fronteriza; se construye otro edificio en el lugar de Sambrano y otros en San Andrés, Aserrió y Garachiné; en Soná se construyen otros edificios, y en Santiago se instaló un tanque de mil galones de agua, para servicio del Cuartel; en las secciones y departamentos de la Zona de Azuero y Central, se estableció un servicio permanente de vigilancia de las carreteras contra los robos, el cuatrerismo y la delincuencia en general; en Bocas del Toro, la Guardia cooperó eficazmente con otras dependencias oficiales en la campaña contra prostíbulos, garitos y centros de juegos clandestinos; se estudia un plan para el mejoramiento técnico de la Policía Secreta, y en el camino de su desarrollo, se encuentra actualmente en los Estados Unidos de América el jefe de la Institución; se dictaron los decretos 24 y 29 de este año, por medio de los cuales se estableció el servicio de encomiendas postales de segunda categoría, que ha llenado necesidades urgentes en el Correo y producido aumento considerable en los ingresos; se han establecido nuevas oficinas mixtas de correos y telégrafos, y estaciones de radio-telegráficas en varios sitios; se construye una estación radiotelegráfica en Bocas del Toro, que prestará importantes servicios al Gobierno y a la comunidad; en el Registro Público, se ha establecido el sistema "Verifax", para acelerar el suministro de escrituras públicas con nota de inscripción; en la Aviación, se ha preparado un proyecto de Ley reglamentario de todo lo relacionado con ella, y se ha ampliado la pista de Tocumen en 3.000 pies más de lo existente; allí se ha instalado una moderna planta eléctrica con arranque automático, y una central telefónica, así como establecido campos de aterrizaje en Narganá, Playón Chico, San Ignacio de Tupile, Ailigandí y Puerto Obaldía.

EN EL RAMO DE AGRICULTURA: Se han estudiado, seleccionado y distribuido semillas de arroz de las primeras clases, y obtenido siete líneas de tomates resistentes al marchitamiento; se han sembrado más de 8.000 árboles de teka, caoba y cedro en diferentes regiones del país; se han establecido viveros en Panamá, Penonomé y Concepción, a fin de crear zonas madereras y reemplazar los árboles talados, con existencia de más de 100.000 árboles pequeños en los diferentes viveros; se han obtenido de la región de La Pita, Chiriquí, más de 90.000 libras de tabaco para la elaboración de cigarrillos; se han parcelado y distribuido 2.610 hectáreas de tierras fértiles entre los agricultores pobres y, además, expedido 613 permisos para ocupación temporal; se han dado becas para hacer estudios universitarios completos a 43 jóvenes en agronomía, zootec-

nia, veterinaria, entomología, cervicultura, ingeniería agrícola y fitopatología, y otorgado 22 de lapsos cortos a técnicos panameños, para estudios adicionales de ganadería y agricultura; para el estudio del suelo, se han hecho mapas de los llanos de Coclé y del suroeste de Chiriquí, en un total de 200.000 hectáreas, lo cual facilitará mucho las futuras actividades agrícolas; se han fundado este año 42 nuevos clubes 4-S, integrados por jóvenes agricultores; se ha creado la agencia agrícola de Colón y las subagencias de Guararé y Macaracas; se han establecido 16 nuevas cooperativas de créditos, y se han adiestrado a 55 egresados de escuelas vocacionales secundarias, a los que se les ha preparado para agentes agrícolas; con la cooperación del SICAP, se han efectuado trabajos importantes, como producir cebolla de tipo comercial en Chiriquí; distribuir más de 150.000 arbolitos de café; mejorar la alimentación para el ganado en Gualaca, Divisa y Buena Vista, que ha rendido un tipo superior de ganado y producido de B/.30.00 a B/.40.00 de ganancia mayor por cabeza; en el Instituto Nacional de Agricultura, se han estudiado, seleccionado y distribuido semillas de arroz de la mejor calidad; se han preparado fórmulas económicas de concentrados, para uso público; se tiene demostrado que el ensillaje de forraje y heno es la única solución práctica para contrarrestar la escasez de pasto en el verano, y ya se comenzó a usar este sistema por varios ganaderos progresistas; el Departamento de Minas fué objeto de una reorganización completa, que incluye facilidades para la tramitación de solicitudes, y se han propiciado concesiones de 18 zonas petroleras y firmado 24 contratos para explotación de minerales, y recibido el Fisco por este concepto la suma de B/.153.637.70; y, por último, se han concedido becas a tres panameños para estudios biológicos y petroleros; a la industria pesquera se le ha incrementado notablemente, y para atender mejor todo lo relacionado con ella, se estableció en el Ministerio del Ramo una Sección de Pesca; en seis meses se expidieron permisos para la pesca de carnada viva a 71 naves atuneras, lo que produjo al Fisco B/.141.000.00; se han firmado 22 contratos industriales, que incluyen la construcción de casas pre-fabricadas; fábricas de vidrio; de pinturas, de cigarrillos, de artículos de cobre y de aluminio; de ropas, de productos de pesca, de aceite de productos lácteos; de procesamiento de maderas, de utilización de frutas, etc. Mediante éstos contratos se invertirán en el país muchos millones de balbous; y, en general, en cuanto al panorama económico del Gobierno, la escrupulosidad, el orden y las garantías que ha brindado éste, han hecho que las actividades económicas del país mejoren notablemente, como lo demuestran los datos siguientes: 1º La actividad industrial, medida a través de

la producción de determinados elementos básicos: azúcar, electricidad, gas y bebidas, indica que, en 1957, se registran sustanciales aumentos sobre el año anterior, de acuerdo con las estadísticas; 2º El total de activos de las entidades bancarias, al finalizar el primer semestre, había aumentado en B/.8.000.000.00 de balboas, en comparación con el semestre anterior; 3º Cálculos preliminares, de carácter técnico, permite estimar el producto interno bruto, es decir, el valor de la producción obtenida mediante el uso de factores localizados dentro del país, en la cantidad de 285 millones de balboas. Esta suma representa un aumento de B/.20.000.000 en comparación con el año anterior.

Parece que si la Administración, a cuya cabeza se halla un Mandatario progresista y consciente, no ha hecho todo lo que éste prometió hacer en su discurso inaugural, debido a limitaciones presupuestales innegables, sí ha respondido con creces a lo que era dado esperar de él humanamente.

A un año de un propósito y de una firme intención

Por *ARMANDO MORENO G.*

(*Panameño*)

A los doce meses de su gobierno, el Presidente don Ernesto de la Guardia Jr., ofrece al país el saldo de una intensa labor sin vacilaciones, el cumplimiento de un propósito patriótico enunciado en el acto de la toma de posesión del primer sitial de la República y el desarrollo de una firme intención, contra la cual se han ido estrellando, quebrando en mil pedazos, las aviesas maquinaciones políticas y el juego de intereses personales creados.

El Presidente de la Guardia Jr., anunció en el discurso trascendental del primero de Octubre de 1956, su propósito de iniciar rumbos nuevos, de enderezar torcidas sendas, de trillar por caminos de honestidad, de pulcritud en el manejo de los fondos públicos. Una trayectoria desconocida, un duro trazo nuevo para el país, acostumbrado, desde hace lustros, al rejuego de las componendas políticas, de los trasteos de recámaras y a la contemplación de los atracos a los fondos del Tesoro Nacional, ya sea mediante el sistema de contratos, de prebendas y sinecuras, en las mil y una formas ingeniosas y encubiertas o burdas y torpemente disfrazadas, con que los asaltantes del Fisco llevaba a la práctica su enriquecimiento personal.

Frente a ese propósito precisaba una intención firme. Una decisión inquebrantable de encauzar al país por senderos de honestidad que habían de *constituir*, indefectiblemente, problemas de Gobierno, bruscas rupturas políticas, enemistades sordas de los que no habrían de entender o no querían entender que se había iniciado una nueva época en el escenario de la República.

* * *

Don Ernesto de la Guardia Jr., encontró al Gobierno Nacional en condiciones ciertamente deprimentes. Se le entregó un pesadísimo fardo, que venia arrastrando lastres de lustros atrás. Un Tesoro Nacional exhausto, un presupuesto recargado hasta el tope de empleos innecesarios, de sueldos

altos para puestos sin atribuciones. Un país que venia marchando prácticamente a la deriva, en lo que muy poco se había hecho hasta entonces, muy poco en lo que se refería a las medidas realmente salvadoras para la República y en el que mucho faltaba por hacer, casi todo por hacer.

Un panorama sombrío, abocado a una grave crisis de desempleo nacional, con millares de hombres y mujeres sin fuentes inmediatas en las que obtener su sustento diario. Una nación que precisaba que se acometieran tareas amplísimas de sanidad y salubridad; en la que los problemas de educación con exceso de matrícula en los grandes colegios de enseñanza secundaria, la escasez de locales escolares, primarios, estaban indicando que era imperiosa una tarea urgente de proporciones colosales para atender a la educación de una población escolar en ritmo de crecimiento extraordinario.

Estas, entre otras muchísimas labores agobiantes le esperaban al Presidente de la Guardia Jr. Un escenario dramático, de perfiles angustiosos, donde realmente casi que no se sabía por donde empezar. Tarea destinada a un hombre, a un equipo de hombres en plan de patria, que tendría que hipotecar todos sus esfuerzos y energías para lograr que se pudiese en marcha ese plan de recuperación nacional, esbozado con franqueza sin precedentes en los anales de la República. - Un plan gigantesco, de proporciones casi inauditas, destinado a llevarse a cabo en una atmósfera de angustia general, en un ambiente de intranquilidad pública, de desaliento nacional, bajo condiciones sencillamente sombrías.

* * *

Tal vez en la obra realizada por don Ernesto de la Guardia Jr., no aparezcan edificaciones suntuosas, ni pomposos edificios en los grandes centros urbanos. Pero hay realizaciones más efectivas, trabajos de construcción de más envergadura nacional, de proyecciones muchísimo más vastas, como la construcción acelerada de la carretera inter-americana, de los caminos troncales, de las vías de penetración, que constituyen savia para el desarrollo fiscal de la República, poderosa inyección para los centros urbanos y para los campos, para la gente de la ciudad y los agricultores de la tierra adentro del interior.

Y además de eso, las conquistas en el campo internacional, los empréstitos concedidos al Gobierno por la reconocida probidad de sus actuales dirigentes, las honrosas escogencias con que ha sido distinguida la República, por organismos internacionales de la más alta jerarquía. El cumplimiento progresivo de las cláusulas del Tratado del Canal de parte de los Estados Unidos, como un reconocimiento a la tenacidad de nuestras gestiones diplomáticas, a la altivez en la defensa de nuestros derechos y a la justicia de nuestra causa.

La labor de don Ernesto de la Guardia Jr., en este su primer año de Gobierno, dentro del plan de realizaciones efectivas, podría decirse que ha sido de grandes planeamientos nacionales. Porque ya está en marcha el impulso arrollador de la construcción de los tramos que faltan de la carretera inter-americana: ya está en marcha la construcción de las grandes refinerías en la Provincia de Colón; la instalación de las dos grandes fábricas de productos elaborados de aluminio en la provincia chiricana; y pronto comenzarán también los trabajos para intensificar la pavimentación de los caminos troncales y de penetración ya existentes y de construcción en importantes regiones, de porvenir agrícola y ganadero del interior. Fuentes de trabajo para el pueblo, índice de progreso para la patria.

Ya ha comenzado a realizarse el ambicioso plan para erradicar la malaria de todos los confines de la República y ya está en proceso de las realizaciones definitivas, el acueducto y alcantarillado de las afueras. Y en el ramo de Educación, por primera vez en varios lustros, se ha comenzado la distribución gratuita de textos escolares para los niños pobres de las escuelas primarias. Y dentro de poco, se llevarán a cabo otras obras de envergadura y de trascendencia para la educación nacional.

* * *

No puede caber, dentro de las limitaciones de este artículo, un análisis exhaustivo de la labor llevada a cabo, en todos los órdenes, por la actual administración.

Pero el propósito enunciado el primero de Octubre de 1956 se está cumpliendo, sin vacilaciones, ni retrocesos, en auténtico plan de patria. Y con la más firme intención, de quien sólo aspira como Mandatario y como panameño, a aportar las luces de su inteligencia, el entusiasmo de su juventud y la inquebrantable decisión de un ciudadano austero y de intachable honorabilidad, de conducir a la patria, por senderos de recuperación integral, hacia un sólido resurgimiento de la economía, la industria y la moral de la República.

Hemerídes Panameñas

Por JUAN ANTONIO SUSTO.

OCTUBRE.

DIA 1º

1847.—Existían en el *Estado del Istmo* los siguientes abogados:

Dr. Manuel José Hurtado, recibido en 1807, Vice-Presidente del Tribunal Superior; Dr. Blas Arosemena, recibido en 1812, Presidente del Tribunal Superior; Dr. Juan Arosemena, recibido en 1812, Magistral de la Catedral de Panamá; Dr. Carlos de Icaza, recibido en 1817, Vice-Presidente del Estado; Dr. Nicolás Orozco, recibido en 1830, Ministro Fiscal del Tribunal Superior; Dr. Esteban Febres Cordero, recibido en 1830, estudio cerrado; Dr. Rafael María Vásquez, recibido en 1832, Contador General auxiliar; Dr. Saturnino Castor Ospino, recibido en 1839, Ministro Juez del Tribunal Superior; Dr. José Arosemena, recibido en 1839, Ministro Juez interino del Tribunal Superior; Dr. Manuel Arce, recibido en 1839, Juez Letrado del Primer Circuito y Dr. Justo Arosemena, recibido en 1839, estudio cerrado.

DIA 2

1886.—Falleció en París, Francia, don Domingo Arosemena, escritor panameño, autor del libro "Viaje a Tierra Santa" publicado en 1859.

DIA 3

1881.—El Presidente del Estado Soberano de Panamá, don Dámaso Cervera, nombró en la *Junta de Progreso* Material del Distrito Capital a los señores, General Rafael Aizpuru, don Nicanor de Obarrío, Dr. Carlos Antonio Mendoza y don Agustín Clement, y en la *Junta de Sanidad*, a los doctores Quintín Miranda, Fidel Tejada, Alfredo Nelson, Daniel Quijano Wallis y A. A. Nouel.

DIA 4

1614.—Falleció en la antigua ciudad de Panamá, el Gobernador de Panamá, don Francisco de Valverde y Mercado, fundador de la ciudad de Portobelo.

DIA 5

1885. El Jefe Civil y Militar del Estado de Panamá, General Miguel Montoya, por el decreto número 106, dió personería jurídica a la "Sociedad de Beneficencia de Penonomé", fundada el 1º de Febrero de 1885. (Están los Estatutos).

DIA 6

- 1892.—Por el Acuerdo número 22, el Coasejo Municipal de Panamá, creó la "Biblioteca Colón", hoy convertida en Biblioteca Nacional.

DIA 7

1869. Fue solemnemente consagrado por el Reverendo Obispo de Honolulu, el cementerio de extranjeros de Colón, con el nombre de *Mount Hope*.

DIA 8

- 1872.—El Presidente del Estado Soberano de Panamá, General Gabriel Neira, felicitó a Sir Charles Bright por haber inaugurado el cable submarino entre Colón y Jamaica y acompañó la Resolución expedida en tal sentido por la Asamblea Legislativa de Panamá.

DIA 9

- 1898.—Falleció en esta ciudad don Ricardo Arango, el único panameño que logró gobernar el Departamento de Panamá, por más de cinco años.

DIA 10

- 1925.—Sangrientos sucesos en el Parque de Santa Ana, de esta capital, con motivo de un mitin inquilinario, con un saldo de un muerto y trece heridos.

DIA 11

- 1916.—Se celebraron en Panamá los primeros Juegos florales, cuya Reina fue la señorita Raquel de la Guardia, hoy viuda del Dr. Augusto S. Boyd.

DIA 12

1907. Se acordó la fundación del "Ateneo de Panamá", por los señores Samuel Lewis, Narciso Garay, Alfonso Preciado, Guillermo Andreve, Ricardo J. Alfaro y Ricardo Miró.

DIA 13

- 1800.—Nació en Chepo don Manuel María de Ayala Aroscmena, Secretario del Ayuntamiento de 1821 y firmante del Acta de Independencia de ese año.

DIA 14

1672.—El Consejo de Indias, en Madrid, aprobó la mudanza y defensa de la ciudad de Panamá.

DIA 15

1816. El Rey Fernando VII autorizó a eximir del pago de lanzas y media annata. por dos generaciones, a los panameños que compraran títulos de nobleza.

DIA 16

1852.—El Dr. Pablo Arosemena obtuvo el grado de doctor en jurisprudencia, en el Colegio del Rosario, en Bogotá, a los 16 años.

DIA 17

1597. —Los piratas ingleses tomaron prisionero al Obispo de Panamá, Dr. Antonio Calderón, cuando se dirigía a su nuevo destino en Panamá.

DIA 18

1899.—Estalló en Santander (Colombia) el movimiento revolucionario, que se extendió por todo Colombia y que tuvo fin en el Istmo de Panamá, con el Tratado celebrado a bordo del vapor "Wisconsin".

DIA 19

1903. —Por Decreto número 122. del Gobernador de Panamá, don José Domingo de Obaldía (1845-1910), restableció la Oficina Departamental de Estadística, creada por el Decreto número 334, de 12 Noviembre de 1895, expedido por el Gobernador de Panamá, don Ricardo Arango (1839-1898).

DIA 20

1888.—Por la ley 82, del Congreso de Colombia, se mandó levantar el censo general de población en la República, en el año de 1889. Para su formación debía observarse lo establecido en la ley 1ª de Abril de 1858.

DIA 21

1860. —Murió en esta ciudad don José María Goitia, a quien se debió la introducción de la imprenta en Panamá, en el año de 1820. Fue hábil cajista e impresor.

DIA 22

1910. —Se inauguró oficialmente el Teatro Nacional de Panamá, por la Compañía de Opera Lambardi, con "AIDA".

DIA 23

- 1880.—Falleció en la población de Las Tablas, don José Ricardo Casorla y Palazuelos, panameño, quien se escargó del gobierno del Estado Soberano de Panamá en 1878, quien en Alajuela (Costa Rica) ejerció el noble apostolado del magisterio.

DIA 24

- 1871.—Se estableció en Pesé una Sociedad de Padres de familia católicos, con el fin de fundar una escuela dominical. Su presidente fue el Padre José Valdés y Secretario, don Manuel Balbino Moreno.

DIA 25

- 1925.—Murió en esta ciudad el General Santiago de la Guardia Fábrega, panameño, uno de los jefes del partido conservador, quien ejerció puestos de responsabilidad en tres países: Colombia, Costa Rica y Panamá.

DIA 26

- 1640.—El Obispo de Panamá, Fray Cristóbal Martínez de Salas, falleció en la antigua ciudad de Panamá, siendo enterado en la Catedral.

DIA 27

- 1774.—Nació en esta ciudad el Comandante de Milicias, don José María Chiari y Avila, uno de los fundadores de esta familia es el Istmo.

DIA 28

- 1886.—Por la Ley 34, del Consejo Nacional Legislativo, en Bogotá, se dispuso que se le adjudicara a los herederos del General colombiano don Pedro Alcántara Herrán, 1,563 hectáreas de tierras baldías en la Isla de Coiba.

DIA 29

- 1886.—El Consejo Municipal autorizó al Dr. Manuel Amador Guerrero para que comprara en New York, la verja que debería colocarse en el Parque de la Plaza de la Catedral.

DIA 30

- 1783.—Se fundó en esta ciudad, en el Convento de San Francisco, el Colegio de Propaganda Fide.

DIA 31

- 1925.—Se inauguró el Museo Nacional de Panamá, en la Plaza de Francia, en el local que ahora ocupan los Soldados de la Independencia, por el Dr. Octavio Méndez Pereira, Secretario de Instrucción Pública.

Don Manuel Espinosa Batista

Por JOSE OLLER N.

EL CIUDADANO EN EL HOGAR. --- FASES DE SU VIDA EN LOS NEGOCIOS. --- SUS IDEAS FILOSOFICAS DE MATIZ FILANTROPICO. --- EL POLITICO MESURADO. --- SU COLABORACION EN LA GESTA DE INDEPENDENCIA. --- EL PROCER, FUNDADOR DE LA REPUBLICA.

* * *

Esta figura egregia de la historia de Panamá llena una página de múltiples tonalidades, todas ponderadas como cabe a la forjadura de su personalidad. El hombre en sociedad es lo que trae de su vida en el hogar, donde se forja en las virtudes privadas, basada indudablemente en su bagaje de cultura, que es el reflejo de su asimilación de las corrientes de los tiempos, siempre procedente esa cultura del arraigo anímico en la propensión a las más elevadas manifestaciones humanas. Así vemos a don Manuel Espinosa Batista, ya hombre formado y dedicado a las cotidianas labores en que el deber tuvo la más genuina vigencia. Y le vemos, formado su hogar, en cifra señera del binomio matrimonial con virtuosa y culta dama, doña Elisa Remón, de la buena sociedad panameña. Allí, al calor de su hogar que formó, de fundamento honorable bajo los auspicios del amor y de la comprensión conyugal se constituyó en tronco venerable. Las ramas de ese tronco, dieron gemas de honor en sus hijos y las flores vistosas y perfumadas de gracia y de virtud de sus hijas, que fructificaron con el tiempo enriqueciendo las modalidades del árbol genealógico de su familia para el porvenir.

Nos lo intuimos en el hogar como le vemos después en su vida pública: comedido en sus relaciones de esposo, de padre y de pariente cercano con los familiares y amistades, en el sagrado recinto acogedor de su intimidad rectora ante sus descendientes, henchido ese ambiente de austeridad.

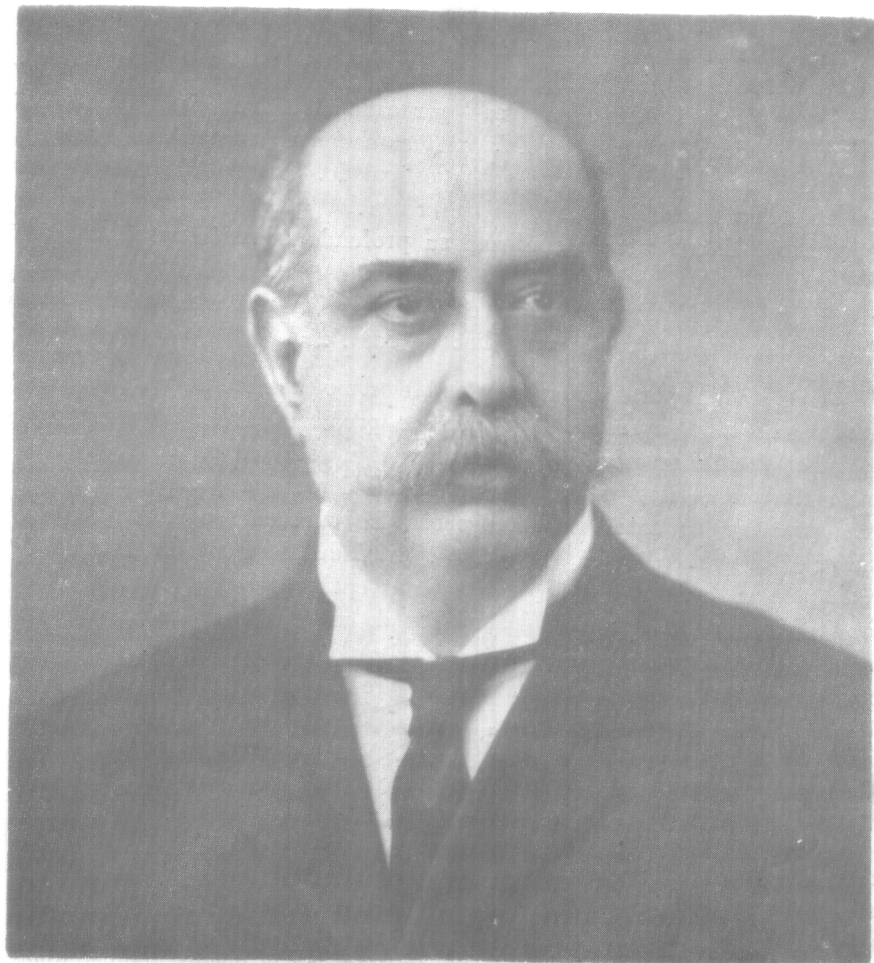
En el desenvolvimiento de sus actividades de hombre de negocios, impera la tónica del equilibrio ético de quien, sin descuidar la protección de sus intereses materiales, se cuida bien de resguardar su nombre para conservarlo nítido y transparente, que es la superior fortuna que gravita dentro de su mundo interior. Su carácter saturado de honestidad es su escudo en las asechanzas de la tentación; y así le vemos en algún pasaje de su vida que se relata por testigos oculares o por otros hombres de negocios con quienes tuvo relaciones en el campo comercial.

Pudimos observarlo de cerca, cuando en su calidad de director de la Compañía de Navegación Nacional — de que fuimos secretario de la junta directiva, — en las deliberaciones exponía sus acertadas opiniones en las incidencias del negocio de transportes marítimos con sus colegas don Próspero Pinel, don Ricardo Arias, don Pablo Pinel y don Juan Antonio Guizado — todos ellos fallecidos — dentro de la más formal camaradería. Era ponderado, parco, en la expresión; y su rostro sereno denotaba las características de un cerebro bien organizado, que inspiraba respeto. Ya a este tiempo don Manuel había superado sus actividades comerciales en el ramo de farmacia. Ya había adquirido, cuando lo tratamos de cerca, toda aquella gama de conocimientos que proporciona la experiencia; y al lado de aquellos caballeros nombrados le prestaba al país, como ellos, muy señalado aporte de servicios en el ramo de la navegación de cabotaje a los intereses generales del país.

* * *

En el aspecto de sus ideas y principios filosóficos y políticos, el señor Espinosa, sin hacer gala de su filiación doctrinaria dentro de las normas de su ideario, fue conservador militante en el partido histórico en los tiempos de Colombia en el Istmo, que se enfrentaba al glorioso partido liberal; pero sus ideas y sus manifestaciones verbales y escritas eran de amplia tolerancia. Llegó a expresar en sencilla sentencia cómo entendía las funciones de los partidos y de los hombres, diciendo: —“Un conservador ama sus principios. Un liberal lucha por sus ideales. Si estos principios y estas luchas se basan en el bien ciudadano, apoyense”.

Acaso su ponderación en este plano de la política fue inspirado, o antes bien, tuvo vigencia en él, con el roce cuasi cotidiano con los demás ciudadanos de su propia escuela política y los del acervo filosófico de las ideas que la impugnaban, al influjo de las enseñanzas veladas por símbolos dentro de la institución masónica a que perteneció desde 1882 en la logia Luz de Oriente No. 39 con personajes como don Félix Ehrman, don José E. Remón, don Juan Antonio Díez, ostentando por el año 1883 la jerarquía de Caballero Kadosch grado 30, en convivencia con don Francisco Ardila, el general Rafael Aizpuru, don Víctor Plisé, el



DON MANUEL ESPINOSA BATISTA

(1857-1919)

de una juiciosa acotación al ser requerido fijándosele una cuota para acto caritativo: —“La Caridad es virtud que todos tenemos que practicar; pero como el tiempo empleado por cada ciudadano para ayudar al prójimo no tiene límites ni se debe marcar con normas según su posición social, me niego a dar lo que se ha estipulado. Querer sobresalir en el terreno de la Caridad acarrea encono entre los que no pueden llegar a superarlos”. Esta sentencia confirma su profunda adhesión masónica, recordando el pasaje del óbolo de la viuda pobre que depositara en ocasión que el Nazareno calificó como la dádiva más rica entre todas las aportadas, en el pasaje evangélico de dar . .

También su porte de cuerpo entero como hombre tolerante sobresale cuando llegó a suscitarse el perenne problema de la enseñanza laica, manifestado por escrito: —“La instrucción religiosa no debe ser conflicto ciudadano. Los extremistas no tienen derecho a pedirle al Estado que modele a su antojo la inteligencia. La educación confesional debe ser cuidado primordial de los padres”. Así indudablemente lo practicó él como jefe de familia. Y ello confirma que en la escuela pública la enseñanza laica, en los *pensums*, debería ser de universal aceptación, ya que no hay enseñanza de matemáticas confesionales, ni sociales, ni políticas, como no hay ciencia budista, católica ni presbiteriana etc.

* * *

Este prohombre panameño participó activamente en las labores y azares de la Junta Revolucionaria del movimiento separatista de 1903 desde el momento en que se consideró perdida la esperanza de arreglo del tratado sobre la vía canalera entre Colombia y los Estados Unidos, que los patriotas istmeños encaminaron sus propósitos hacia la emancipación, culminando esas actividades con la proclamación de la Independencia el 3 de Noviembre de ese año. Su amistad con el doctor Manuel Amador Guerrero y con don José Agustín Arango, alma ambos de esa gesta patriótica con los demás conjurados, y sobre todo su firmeza y su devoción por la causa del bienestar de Panamá, cuna de sus hijos y amado terruño de su esposa, fueron parte a su iniciación en los graves problemas del momento, hasta verse llamado a ocupar puesto de responsabilidad en la Junta Provisional de Gobierno una vez proclamada la República ante la faz del orbe. Su aporte moral y efectivo a la causa fue decisivo y con su presencia en dicha Junta contribuyó a consolidar la situación de hecho de la Independencia junto con los otros miembros de la misma, hasta cuando se le dió posesión solemne al Dr. Manuel Amador Guerrero en calidad de primer presidente de la nueva nación. Fue así como don Manuel Espinosa Batista hizo su entrada al proscenio de la

República como uno de sus esforzados fundadores, probado en los momentos de ansiedades y peligros.

Había nacido en Cartagena, Colombia, el 12 de Septiembre de 1857 y falleció en la ciudad de Panamá el 27 de Noviembre de 1919, rodeado de su familia en desolación, rindiéndosele los honores que la Patria agradecida le consagra a sus buenos hijos. En la plaza de la independencia, frente al palacio municipal y donde se celebró sesión solemne e histórica de Cabildo Abierto del Honorable Consejo Municipal el día 4 de Noviembre de 1903, se levanta un busto del egregio ciudadano don Manuel Espinosa Batista, al lado de los bustos del Dr. Manuel Amador Guerrero, primer Presidente de la República de Panamá, de don José Agustín Arango, de don Federico Boyd, de don Ricardo Arias, del General Nicanor A. de Obarrio, de don Tomás Arias y don Carlos Constantino Arosemena, haciendo de dicha plaza un sagrario patriótico panameño . . . En los días brillantes propios de nuestro clima tropical, o bien nublados y húmedos en los días invernales; en las noches cálidas de verano de cielo brillante donde contemplamos las constelaciones que nos ofrece el trópico de cáncer con su Osa Mayor y la Cruz del Sur a un mismo tiempo; o bien en otras lluviosas y de nemorosas impresiones al influjo de la vegetación exuberante del Istmo, esos bustos, en connubio que representan el esfuerzo de un pueblo por conquistarse su libertad política, nos inspiran el más profundo respeto, para exclamar: Loor a los fundadores de la República! Loor a este egregio ciudadano que se llamó Manuel Espinosa Batista!

Panamá, 12 de Septiembre de 1957.

José Oller Navarro (1882) panameño, ha escrito "Las Minas del Darién"; "Lienzos", 1917; "Sonatinas" (versos) 1927; "Elogio del Dr. Justo Arosemena", 1928 y "Don Guillermo Andreve", 1940.



Discurso de Don Joaquín José Vallarino Jr., con motivo del 1er. centenario del nacimiento de Don Manuel Espinosa Batista

“Es para mi motivo de mucha satisfacción poder agradeceros este gesto que conmemora la memoria de mi abuelo, Manuel Espinosa Batista.

“En momentos como este, la mente se llena de recuerdos; no necesariamente recuerdos directos de la persona cuya memoria honramos, sino también recuerdos de anécdotas que oyéramos de niños, recuerdos de otros seres humanos que formaban parte de su vida, y recuerdos de actos de sus descendientes que se explican, en parte, al conocer sus orígenes y la tradición que les legaron.

“El pensamiento así divaga, pero la palabra debe ser precisa, y entre las muchas razones que existen para que estemos aquí reunidos hoy, conmemorando el centenario de un padre de la patria, a mi se me hace, que quizás la razón más valiosa, es el reto que presenta para nosotros el positivismo que singularizó su vida, o sea su inequívoca aceptación de responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

“Para lograr la Independencia de la República, fué menester contar con hombres acondicionados a asumir los riesgos de la responsabilidad; eran indispensables hombres de una individualidad de tales caracteres que al unirse en un esfuerzo colectivo generaran un vigor excepcional.

“Al encontrarnos hoy en el proceso no menos importante y difícil de conseguir a plenitud para esta patria que ellos nos legaron una nueva independencia económica, el ejemplo de los próceres, es como dije antes, un reto. Un reto porque nos indica que las independencias y las conquistas que hacen al hombre digno de la vida no se consiguen a base de las tendencias niveladoras que están de moda por estos tiempos, ni se consiguen cuando la satisfacción total de nuestra ciudadanía consiste en delegar nuestra responsabilidad en otros, mientras observamos desde lejos y nos constituímos en críticos empedernidos y defensores de falsas utopías, que son producto de la pereza, la debilidad y la cobardía.

“El reto que se nos hace, es a ser individualistas para tener valor colectivo, y a que, en desarrollo de nuestra calidad individual, sepamos asumir nuestra responsabilidad y actuar.

“Esa es la prueba a que estamos siempre sometidos, y esa es la prueba

de que salieron tan airoso los que ahora, formando parte del recuerdo y de la historia, nos retan con su ejemplo.

"En nombre de mi madre, Isabel Espinosa de Vallarino, y de sus hermanas, Carmen Espinosa de Arias, Elisa María Espinosa de Heurtematte y Cecilia Espinosa de Arias y de su hermano, Raúl Espinosa; así como también en nombre de todos los descendientes de Manuel Espinosa B., os doy las más expresivas gracias por este honor que le habéis conferido".

Números favorecidos en la Lotería de Enero a Oct. de 1957

Fecha	Sorteo N°	Primero	Segundo	Tercero
Enero 6	1974	8992	2291	3279
Enero 13	1975	5329	4167	7077
Enero 20	1976	1617	2492	2312
Enero 27	1977	3528	6895	3649
Febrero 3	1978	5726	3631	1395
Febrero 10	1979	0158	0632	5085
Febrero 17	1980	8061	3245	0908
Febrero 24	1981	0141	2249	6692
Marzo 3	1982	1357	8743	8184
Marzo 10	1983	8085	8265	3893
Marzo 17	1984	5385	4992	1440
Marzo 24	1985	4082	0921	5967
Marzo 31	1986	6479	1561	3782
Abril 7	1987	6217	0443	2300
Abril 14	1988	1106	5993	4638
Abril 21	1989	6175	1516	2464
Abril 28	1990	9646	5746	3714
Mayo 5	1991	2384	1579	6262
Mayo 12	1992	2134	8109	5945
Mayo 19	1993	5220	9479	2126
Mayo 26	1994	1216	9460	1040
Junio 2	1995	6006	8343	3743
Junio 9	1996	0046	9028	5613
Junio 16	1997	6511	9674	8015
Junio 23	1998	0296	3863	5085
Junio 30	1999	0990	8203	6137
Julio 7 (Ext.	2000	1153	2098	4084
Julio 14	2001	3324	5154	0431
Julio 21	2002	9360	5565	8087
Julio 28	2003	8192	8814	8949
Agosto 4	2004	9340	0946	0487
Agosto 11	2005	9390	8009	5974
Agosto 18	2006	6737	3224	9980
Agosto 25	2007	2321	2700	0289
Septiembre 19	2008	8302	9090	0655
Septiembre 8	2009	5901	0805	7573
Septiembre 15	2010	6115	4419	6338
Septiembre 22	2011	6694	3507	1325
Septiembre 29	2012	8516	7619	3810
Octubre 6	2013	3765	0127	8361
Octubre 13	2014	1366	4790	2317
Octubre 20	2015	7082	3292	1970

•

La Revista Lotería al

Doctor Carlos Antonio Mendoza

El gran Demócrata y Estadista Panameño en el

Centésimo Primer Aniversario de su

Nacimiento.

•

,

Dr. Carlos A. Mendoza

Por DOMINGO H. TURNER

Toda una generación de jóvenes panameños se hizo a la vida pública bajo la dirección e inspiración del Doctor Carlos Antonio Mendoza. Entre ellos, ninguno tan cercano al finado caudillo como Don Domingo Henrique Turner. Al morir el Doctor Mendoza era Don Domingo director de la VOZ DEL PUEBLO, órgano periodístico de los liberales mendocistas. Desde entonces, ha ocupado el Licenciado Turner altos cargos públicos, siendo actualmente Asesor Jurídico de la Presidencia de la República y uno de los Editores de la Revista LOTERIA.

El valioso trabajo que hoy LOTERIA se honra en reproducir fue leído por el Licenciado Turner en el Parque de Santa Ana, ante la impresionante multitud que allí se congregó el 31 de Octubre de 1956, con el propósito de rendir tributo al Doctor Carlos A. Mendoza en el Primer Centenario de su nacimiento.

Es a la par muy ponderosa y muy grata la tarea que han echado sobre mis débiles hombros los colegas de la Junta Organizadora del homenaje preparado para honrar las excelsas virtudes del doctor Carlos Antonio Mendoza con motivo de cumplirse hoy el centenario de su nacimiento; del doctor Mendoza, quien hace justos cuarenta años abandonó para siempre el escenario de los vivos dejando a amigos y compatriotas en la más completa desolación. Acepto el cometido porque él forma parte de mis responsabilidades de hombre público y es lote de la deuda que tengo contraída con la memoria del insigne conciudadano cuya figura señera protagoniza este acto; de quien, con singular ufanía, me proclamé hijo espiri-

tual y con sus deudos amados, cuyas muestras de generosidad para conmigo y los míos, a todo lo largo de nuestro azaroso existir, no han tenido límites ni reconocido momentos. Y considero que este es, precisamente, el sitio adecuado para que yo rinda a esa eminente personalidad mi tributo emocionado, porque fue la Plaza de Santa Ana el ágora que el doctor Mendoza hizo objeto en todo tiempo de sus amores al cooperar a su construcción, a su exaltación y a su honra y prestigio; ora con sus ardorosas arengas de tribuno apasionado, ora con sus brillantes exposiciones doctrinarias, ora, en fin, con sus lecciones de civismo, impartidas desde aquí al pueblo panameños, que tuvo en el insigne doctor Mendoza al maestro sin segundo de republicanismo y democracia y al conductor inteligente, corajudo y abnegado, que jamás experimentó eclipses de claudicación en sus jornadas, ni sufrió ofuscadore delirios de grandeza en sus combates por el triunfo de la Libertad y la Justicia. Y bien está, igualmente, que sea después de cumplido un lapso suficientemente lato para darle serenidad al juicio y solidez al análisis, cuando hagamos el balance de una actuación pública de más de ocho lustros, consagrados por entero a su Partido, que fue el más avanzado y progresista en su época, y a sus dos Patrias, la grande, de Bolívar y Santander, primero, y la chica, de Justo Arosemena, Tomás Herrera y Mateo Iturralde, después, hasta el instante mismo de su infausto deceso.

* * *

Señores:

Para iniciar este extenso recorrido, séame dado remontar el pensamiento a una época que coincide con los mediados del siglo pasado, cuando en esta muy noble y leal ciudad de Panamá formóse el hogar de don Juan Mendoza y doña Josefa Soto, frutos ambos de notables familias colombianas a la sazón. "De este matrimonio legítimo - expresó don Juan B. Sosa, - nació en Panamá el 31 de Octubre de 1856, Carlos Antonio Mendoza, quien, niño aún, y después de haber demostrado su amor al estudio y la precocidad de su inteligencia en las aulas de primera enseñanza existentes en esta Capital, salió en 1869, a complementar su educación a Bogotá, becado por el Gobierno del Estado, presidido por el General Buenaventura Correo, en el cual actuaba su padre como Secretario General".

La primera idea que surge en la mente del estudioso de la historia de estas vidas ejemplares, es el descubrimiento que se hace de cómo el hijo inspiró su vida en la del padre y fue asimilando la misma doctrina, actuando en las mismas disciplinas y escalando las mismas posiciones, si bien el vástago parece haber tenido más vehemencia en su carácter, ma-



El Licenciado Domingo Henrique Turner en el momento de leer su trabajo sobre la personalidad del Dr. Carlos Antonio Mendoza, con motivo del primer centenario de su nacimiento, en el Parque de Santa Ana, el 31 de Octubre de 1956.

yor intensidad en su acción y más dilatada diligencia en la realización de su obra. En efecto, ambos fueron soldados, cabildantes, diputados, magistrados y hombres de leyes y de pluma, que pusieron en evidencia un talento superior, una probidad inmaculada y un patriotismo de la más fina ley.

El doctor Carlos Antonio Mendoza inició su vida pública aún antes de haber llegado a la mayoría de edad, y la dejó después de cuarenta años de actividad constante, sin peso alguno que gravara su conciencia ni desluciera su actuación, inteligente y honrada, ante la sociedad en cuyo seno vivió. Con honra figuraría el Dr. Mendoza en "Las Vidas Paralelas", de Plutarco, o en otros documentos biográficos de positivo abolengo literario e histórico.

Coincidió el ingreso del Dr. Mendoza a la política con la vigencia de la Regeneración Colombiana de Núñez, que contrariaba las doctrinas bebidas por el doctor Mendoza en los claustros universitarios. Según el Doctor Pablo Arosemena: "Carlos A. Mendoza era liberal por la ley de

la herencia, que después hizo firme en su espíritu el estudio de los partidos, de sus hombres y de sus ideales. Había escuchado la palabra sincera de Murillo, las lecciones filosóficas de Pérez y el verbo luminoso de Rojas Garrido; y halló que el liberalismo, esencialmente cristiano, era la verdad política, y formó en sus filas desde muy joven, sin vacilaciones ni reservas”.

Por lo indicado, el doctor Mendoza tuvo que combatir casi toda su vida, en la paz y en la guerra, en los campos de la oposición. Fue, pues, en la escuela de la adversidad en donde se templó su carácter y tomó vuelos y pulimentó su inteligencia.

El doctor Mendoza habla en sus escritos de tres fechas nefastas para la Causa de la República de Colombia, cuando Panamá formó parte de ella: 1860, 1876 y 1885. Dijo de ésta que los años marcados por tales cifras representan tres desastrosas revoluciones desatadas en la Patria de Nariño, por aquellos tiempos en que las pasiones, en guerra con los principios, causaban los más pavorosos efectos.

En 1880, el doctor Mendoza, unido a los liberales de su tiempo, luchó contra el centralismo “regenerador”, enfrentándose a una ley de elecciones que, según él, dejaba reducido a la nada el derecho más sagrado del ciudadano. Hombre a hombre con el doctor Mendoza, los hombres pensadores, valerosos e independientes de esa época se lanzaron a hacer la guerra al Gobierno, y dieron en tierra con él, después de ruidosos combates, en los cuales se derramó mucha sangre generosa. Fue producto de esta acción de armas la Constitución de Río Negro, calificada de utópica o inoperante, por los postulados generosos y altruistas que campearon en ella.

Cosa diferente sucedió en 1876: Los conservadores o reaccionarios de entonces se lanzaron a una revolución descabellada, “exhibiendo como única bandera el estandarte de Pío Nono”, según expresara el mismo doctor Arosemena, citado antes, y fue vencido.

En 1886, resultó lo inaudito. Una Convención, que representaba la viva expresión del pueblo, fue diezmada por las bayonetas del Gobierno Nacional, que presidía don Rafael Núñez, quien, así como legó páginas literarias de gran estro poético, las dejó políticas, muy deprimentes y sombrías. Triunfó en aquella jornada la iniquidad nuñista. Dice de ésta el doctor Mendoza: “Levantaron el cadalso (los que desde arriba fueron causa de la Revolución), autorizando a naciones extranjeras a tomar parte en nuestra doméstica contienda; arruinaron y sitiaron a familias enteras, encarcelaron a los que les cupo en suerte **no ser desterrados**, y a éstos se les recomendaba, en el suelo extranjero a donde iban, como famosos criminales a quienes había que vigilar cuidadosamente, ¡Hasta allí llegó la

crueledad de nuestros enemigos, los mismos que se llaman, por sarcasmo, imitadores de la religión de Cristo, y blasonan de que practican la virtud y tienen por norma la justicia!"

Lo cierto es que la opinión universal repudió el Régimen conculcador del Tigre del Cabrero, y dió a los revolucionarios de abajo, si no la victoria material, sí la moral, que sirve siempre a aquéllos de acicate para persistir en la lucha y, como Espartero, no envainar la espada, sino después de hacerla brillar al sol, esplendorosa y triunfadora.

Un hito, más o menos dilatado, y vemos de nuevo al doctor Mendoza, ya asentado en la tierra de su nacimiento, preparando con el doctor Belisario Porras, que para entonces, más que su amigo, era su hermano, el "minuto vengador". A principios de 1898, aquél le escribía a éste, "El Gobierno está dizque preparado para aplastar cualquier revolución. Por todas partes ve conspiraciones. Espera una invasión por Bocas del Toro. En fin, vivimos como en un campamento, oyendo las nocturnas voces de alerta de los centinelas. Pero, el espíritu público se mantiene despierto, y la indignación que ha traído consigo la burla del sufragio, anuncia el minuto vengador".

A principios de 1900, ayudado por la munificencia de José de los Santos Zelaya, Presidente de Nicaragua, y en su carácter de Jefe Supremo de la Revolución en el Departamento de Panamá, el doctor Porras irrumpe con un ejército bien equipado, por la costa oriental de Punta Burica, en la frontera con Costa Rica, trayendo como Secretario de Gobierno al doctor Mendoza y de Hacienda al doctor Eusebio A. Morales. En tal carácter le tocó a aquél redactar un Manifiesto, firmado por sus compañeros de lucha, en que comunicaron su regreso a la Patria al llamado de sus amigos y jefes nacionales, que los excitaban a hacer todo género de esfuerzos y sacrificios, y siguiendo los dictados de sus propios corazones. Este bien preparado movimiento reivindicador fracasó tiempo después, a las propias puertas de la capital, en el desastroso combate del Puente de Calidonia; y al doctor Mendoza, por delegación del Jefe de Operaciones, General Emiliano J. Herrera, y a nombre de los jefes revolucionarios, le tocó pactar la capitulación con el General Carlos Albán, Jefe Civil y Militar del Gobierno conservador en el Istmo.

No terminaron aquí los afanes revolucionarios del doctor Mendoza. Siendo Jefe Supremo de la Revolución del Cauca y Panamá, el General Benjamin Herrera, y del Departamento, el doctor Belisario Porras, al doctor Mendoza le correspondió actuar como Secretario General de éste, cargo que renunció, después de ocurrido un incidente desagradable entre ambos jefes, por fidelidad al segundo.

Terminada la Guerra de los Mil Días con los Tratados de Neerlandia

y del Wisconsin, volvió el doctor Mendoza a la vida privada, pero no al reposo.

* * *

El Político, señores, en particular el político revolucionario, producto es de su pluma y de su espada. Hasca ahora, hemos dicho algo relacionado con la actividad de tipo guerrero del doctor Mendoza, y para que el cuadro sea más completo, conviene subrayar su tarea incesante de periodista de combate, que, quizás, fue la más constante y apasionada de su vida. Amó el lápiz, las cuartillas y la tinta de imprenta, como si fueran, y lo son, adornos imprescindibles para hermoear el cuerpo de esa diama elegante y rubicunda que es la Prensa. Obra suya fue, antes de la República, fundar o animar con su consejo ilustrado y sus producciones candentes, órganos periodísticos que respondieron a cabalidad a las necesidades de la época en que se desenvolvieron. Tales fueron, en su orden: "La Idea", "El Deber", "El Ciudadano", "El Criterio" y "El Lápiz".

Después de la separación, fue de los que contribuyeron a fundar y colaboraron asiduamente en el "Diario de Panamá", vocero autorizado del Partido Liberal en los primeros días de la República. Luego, en 1916, fundó "La Voz del Pueblo", a cuyo frente tuvo a bien colocar al dicente como Director, pero cuyo foco de irradiación constante fue siempre el maestro de periodistas, de políticos y de caballeros que, sin duda, fue el doctor Carlos Antonio Mendoza.

Sus producciones periodísticas constituirían obra de muchos volúmenes, y ya, a su tiempo, el biógrafo completo del doctor Mendoza las recogerá; pero he tenido a la vista una, "Colombia y el Istmo", que vale la pena comentar por encima, porque en ella apuntaba, con sagaz visión de político y estadista, las causas que precipitarían muy pronto la separación del Istmo de Panamá de Colombia, y las que al mismo Prócer, luego, le correspondería verter, *mutatis mutandi*, en el acta de independencia. El siguiente párrafo da toda la medida del artículo:

"El Istmo ha dado su sangre y su dinero para las revoluciones que en el País (Colombia) han tenido lugar: ora en el sentido liberal, ora en el conservador. El Istmo ha dado su territorio para que se extienda sobre él el primer ferrocarril colombiano; da su territorio para que se excave el Canal interoceánico; no fueron istmeños los que dijeron que si Colombia es conocida en el Exterior, a Panamá, más que a nadie, se le debe esa distinción. Al ingresar en la asociación colombiana, y cuando continuó formando parte de la Nueva Granada, el Istmo aceptó la responsabilidad proporcional en una deuda que no había contribuido a formar; ha dado sus caudales al Tesoro general; ha sido, y es aún, en su condición de hijo menor, el que más esperanzas encierra para el porvenir. No se



En nombre de la República, el Excelentísimo Señor Presidente, Don Ernesto de la Guardia Jr., rinde homenaje al insigne Patricio, Dr. Carlos Antonio Mendoza, ante su busto en el Parque de Santa Ana, el 31 de Octubre de 1956.

lome a vanagloria, pero la prenda más preciosa, el joyel más valioso de las riquezas colombianas, es este Istmo, tan poco apreciado por sus hermanos del resto de la República”.

Es este un pliego de cargos, que más adelante, en el cuerpo del artículo, el doctor Mendoza se encarga de ampliar y profundizar.

Maestro de periodistas dije, y es lo cierto. Quien os habla tuvo el privilegio de ser su modesto discípulo en esta brillante faz del pensamiento. Recuerdo, con emocionante gratitud, que fue el gallardo doctor Mendoza quien dirigió mis primeros pasos a este respecto, suministrándome esqueletos de artículos, gacetillas, etc., que yo rellenaba y luego conducía ufano a la imprenta de los periódicos cuya savia y cuya luz él les suministraba copiosamente.

* * *

Todo lo que dejo expuesto, señores, y mucho más, que tomaría un mundo de espacio y tiempo referir, fue el doctor Mendoza como periodista y revolucionario. Abramos seguidamente el capítulo más interesante de toda su meritoria existencia: el de estadista y político.

La política le vino al doctor Mendoza por herencia y por estudio, como irresistible vocación de su alma ardorosa y como convicción profunda, alquitarada en la escuela y el vivac. Su formación al comienzo de su vida, en Bogotá, en medio del calor y brillo de las jornadas de los “gólgotas” colombianos, e inmediatamente después, en Panamá, al lado de sus inmediatos predecesores: Correoso, Aizpuru y Benjamín Ruiz, de su misma estirpe criolla, y para no ir más lejos, en su propio hogar, de don Juan Mendoza, su padre, fue de raíz política, y no del sereno tipo filosófico, sino del candente jaez revolucionario. Luego de haber hecho de la doctrina liberal carne y nervio de su cuerpo, se dió a forjar al caudillo que las circunstancias demandaban y la mística que el ambiente exigía, y no tardó en hallar materia prima para su obra en la impetuosidad y el arrojo, la vocación y el estudio, de su propio condiscípulo y compatriota, el que fuera después insigne doctor Belisario Porras. Sus cartas para él, cuando estaba todavía en la Altiplanicie colombiana, redondeando su educación en los colegios, y más tarde, cuando rumiaba ya el pan del ostracismo o preparaba los medios para hacer saltar la dictadura ilustrada de Núñez, en Centroamérica, ejemplo son de talento y perspicacia, que no deslucen en una comparación con la política de los griegos y romanos de la antigüedad.

Cuando en 1897, ya en sazón, el Liberalismo istmeño lo hizo su delegado a la Convención Nacional, que tuvo su asiento en Bogotá y se reunió para reorganizar las huestes del histórico Partido, no digamos dispensas, sino casi despavoridas, por los duros golpes de la Regeneración

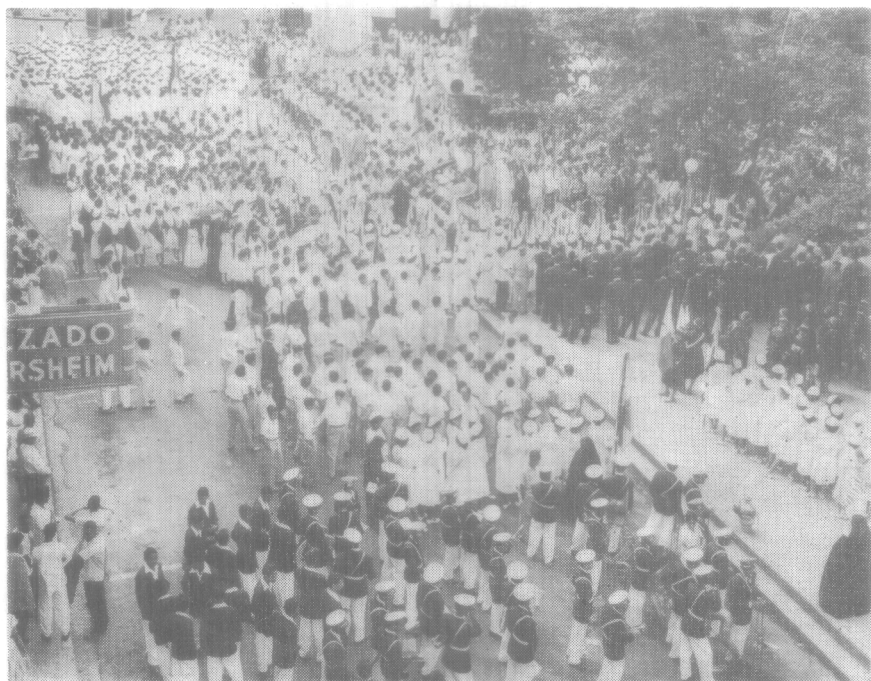
le escribía el Dr. Mendoza al doctor Porras, quien se hallaba conspirando ya en El Salvador, de la siguiente guisa:

“La Convención me hizo su secretario, y ya comprenderás que los trabajos y las infinitas, continuas e inexcusables atenciones de los amigos y copartidarios, no me dan vagar”.

Esta elección del doctor Mendoza, para llevar el peso máximo de las labores de la Convención, entre las más conspicuas ilustraciones juveniles de esa era renacentista de Colombia, fue un signo inequívoco del valor inapreciable que le daban a la inteligencia y consagración del distinguido hombre público sus copartidarios de todos los Departamentos en que se dividía entonces la República de Colombia.

Más tarde, ya en 1900, maduras las operaciones de invasión al Istmo, desde Corinto, Nicaragua, volvía a escribirle:

“La lectura de tus últimas cartas me ha inspirado de nuevo la esperanza de que podremos contribuir en algo a la restauración de la Repú-



Vista parcial de la impresionante multitud que se congregó en el Parque de Santa Ana (31 de Oct. de 1956) con el fin de testimoniar su admiración hacia el auténtico paladín de la democracia, en el Parque de Santa Ana.

blica en esta tierra. Los planes que maduras tienen la plena aprobación de nuestro Partido, y de realizarlos, hallarán una justa compensación. ¡No veo cómo podrían sobrevenir complicaciones internacionales, en que sólo soñarán espíritus meticulosos, que están amañados con la intolerable situación que priva sobre nosotros desde hace quince años! Cualquiera que sea el resultado de tus patrióticas gestiones, nuestra gratitud será siempre para el noble Presidente de Nicaragua’.

Es de advertir cómo estos hombres siempre hablaron en términos de Partido y de bienestar general, nunca de malsanos aprovechamientos personales, que rebajan el espíritu y dan pábulo a la exaltación de las funciones subalternas de la materia.

El doctor Mendoza fue un asíduo vigilante y animador de la unidad de su partido y ya en plena campaña revoluciosaria, escribía a La Chorrera, en donde acampaban las fuerzas liberales comandadas por don Domingo y su hijo don Temístocles Díz, a su amigo, el doctor Julio Ycaza, lo que sigue, referente a una potencial escisión entre las filas restauradoras:

“Conocida la verdad de los hechos y la anormalidad de sus consecuencias, pasados los primeros momentos del extravío, y como con el deber no se transige, volviendo al buen camino desaparecerán los fundados temores que algunos tienen de que sean estériles los propósitos con que se ha reanudado la lucha. El reconocimiento de la autoridad de los jefes de la Revolución y el de los nombramientos hechos por ellos, disipará esos temores, traerá la unidad que debemos buscar como fin salvador y, borrando las huellas de la divergencia lamentable, volverán a reinar entre los liberales del Istmo, la concordia y armonía de que se dió tan hermoso ejemplo el año pasado...”

Es así, volviendo una y otra vez por los fueros de la reflexión, como se obtienen para una causa justa la unidad y disciplina que conducen directamente a su victoria.

Siguiendo el curso de la vida política del doctor Mendoza, ya bajo la República, lo vemos, en su carácter de Ministro de Justicia de la Junta Provisional de Gobierno, nuevo Cavour, estableciendo relaciones cordiales pero no confusas, entre la Iglesia y el Estado. Dice así en su comunicación de Estado a Monseñor Javier Junguito, jefe de la Iglesia Católica en Panamá:

“Como una de las atribuciones inherentes al Ministerio que se me ha confiado me apresuro a llevar a conocimiento de Su Señoría Ilustrísima el hecho en referencia (de que el Departamento de Panamá se ha transformado en República) y a protestarle, en nombre de la Junta y en el mío propio, las seguridades de que la transformación política efectuada en nada menoscabará, ni siquiera entibiara, los vínculos de cordial amis-

tad predominantes entre las dos entidades con anterioridad a aquel fausto suceso: antes bien, abrigó la persuasión de que ellos serán, si cabe, más estrechos aún".

¡Dechado de amplitud y tolerancia!

Próximo a extinguirse el mandato del primer Presidente de la República, doctor Manuel Amador Guerrero, se inició la campaña eleccionaria para escoger su sucesor. La opinión pública se dividió en dos bandos: uno, apoyado, en cierto modo, por el Gobierno, que representaba don Ricardo Arias, miembro de la Junta Revolucionaria separatista, y otro, en oposición, a cuya cabeza figuraba don José Domingo de Obaldía, último Gobernador del Departamento, antes de la República, y quien en el Congreso colombiano defendió los fueros panameños, con motivo de la discusión del Tratado Herrán-Hay. El Partido Liberal, dirigido por el doctor Mendoza, decidió la elección a favor del señor De Obaldía. La Asamblea Nacional nombró al doctor Mendoza Segundo Designado, y a ese título, y con motivo de los infortunados decesos sucesivos de don José Agustín Arango, primer Designado, y del señor De Obaldía, Presidente titular, ocupó la Presidencia de la República, el 1º de Marzo de 1910.

Su corto Gobierno fue acremente combatido por los "jóvenes turcos" de ese tiempo, bajo la inspiración del magnífico patricio general Santiago de la Guardia, sin base alguna, como no fuese la pasión partidista y de clase social, para hacerlo. En su defensa dijo el doctor Eusebio A. Morales:

"Llamado a ejercer la Presidencia de la República por el inesperado fallecimiento del señor De Obaldía, Mendoza ocupó y desempeñó el puesto con dignidad y con tino. El corto periodo de su Gobierno fue objeto de los más indignos e injustos ataques por parte de aspirantes a empleos, chasqueados en sus esperanzas y descubiertos en sus intrigas; pero, cuando llegue la hora de hacer comparaciones, se verá que aquella efímera administración tuvo más orden, más honradez, más seriedad y más respeto por la Constitución y las Leyes, que la que desde el 5 de Octubre de 1910 para acá ha pretendido tener el monopolio de la pureza, de la honradez y de la legalidad.

A Mendoza se le ha hecho el cargo de haber subordinado todos sus actos como Presidente, al propósito de hacerse reelegir por la Asamblea Nacional de 1910. Conocedores como somos de los pensamientos íntimos de Mendoza, podemos afirmar que él no ejerció ningún acto, ni escribió una sola carta, que tuviera por objeto recomendar su candidatura o solicitar el apoyo de nadie. La candidatura de Mendoza nació espontánea y libremente es el seno del Partido Liberal y tuvo el apoyo unánime de ese Partido.

Para sostenerla no hubo apoyo oficial, ni remoción de empleados pú-

blicos. Las elecciones para Diputados se verificaron en plena normalidad y, si algún partido político se hubiera sentido atropellado en sus derechos o perturbado en sus labores, fácil le hubiera sido solicitar y obtener la intervención americana para garantía absoluta de una elección libre. Mendoza no tenía la menor necesidad de ejecutar la más leve imposición para ser elegido. Su popularidad era inmensa y jamás ha declinado ni declinará, porque se funda en condiciones personales que no son comunes y que no terminan sino con la muerte.

En la situación provocada por la intriga del doctor Marsh, Mendoza probó el temple de su alma. Retiró su candidatura teniendo en sus manos la elección de Primer Designado, y lo hizo sin dolor, por considerar que, renunciando a una aspiración que nadie puede tachar de ilegítima, salvaba a su Patria de un peligro probable. Los que estamos al corriente de los sucesos, sabemos que todavía el día en que se verificó la elección de Designados, Mendoza habría podido ser reelegido, por tener una mayoría en la Asamblea Nacional, y hasta la última hora rehusó, perentoriamente, que su nombre figurara entre los candidatos⁷⁷.

Estos son los hechos; a la distancia de cerca de medio siglo de cumplidos, la Historia impartirá su veredicto justiciero.

Algo más de un año después de estos acacimientos, se renovó la lucha por la sucesión del Poder Público. Altas y bajas de don Pablo Arosemena, entonces Presidente de la República, por escogimiento de la Asamblea de esa época, dieron como resultado la candidatura oficial de don Pedro Díaz, de progenie esclarecida por sus virtudes, y liberal de claros timbres, y la popular, del doctor Belisario Porras, el hermano político siamés del doctor Mendoza. Puso éste, como de costumbre, a favor de su condiscípulo, compañero de armas y de vicisitudes políticas, toda esa popularidad de la que hablara el doctor Morales, y que solo se acaba con la muerte, porque se funda en condiciones personales que no son comunes a todos los seres. Durante la campaña, que, sin duda, fue una de las más ardorosas de que da cuenta la historia republicana, el doctor Mendoza actuó como Presidente del Directorio Nacional del Partido Liberal, con cuyo cargo murió cuatro años después. Demás está decir que su concurso al triunfo de la candidatura del doctor Porras, fue, si no decisivo, como en el caso del señor De Obaldía, si preponderante y necesario. Fueron estas intervenciones del doctor Mendoza en la política activa del País las que le dieron derecho al título de "hacedor de Presidentes de Panamá" con que lo saludó la Prensa norteamericana, cuando, en unión del doctor Morales, a la sazón Ministro Plenipotenciario en Washington, en 1913, hizo un recorrido de estudio y recreo por muchas regiones industriales de aquel gran coloso americano.



El ciudadano Presidente de la República y el Dr. Carlos Ernesto Mendoza, encabezan la grandiosa peregrinación a la tumba del ex-Presidente Mendoza. Vista tomada frente a la Escuela Carlos A. Mendoza, el 31 de Octubre de 1956.

Exaltado a la primera Magistratura de la Nación el Doctor Porras, el Doctor Mendoza hizo pública declaración de que se retiraba a la vida privada definitivamente. La Juventud Liberal se levantó, casi airada, contra esa decisión del caudillo popular, y a sus manifestaciones de protesta, el noble adalid contestó así:

“Hace cinco años, cuando el Partido a que he tenido la honra de haber pertenecido, al que pertenezco y al que perteneceré, tomó la resolución de afrontar la difícil situación que se presentaba, y empenó la lucha sosteniendo la candidatura de un eximio conservador; y cuando aliados, conservadores y liberales, luchamos para obtener el triunfo del señor De Obaldía, puede decirse que en ese entonces, en ese momento, sonó la primera campanada que anunció a Panamá el triunfo del Derecho y de la Democracia. Siguió un período de tinieblas, que no quiero rememorar; pero no se hicieron esperar mucho los días de halagüeñas esperanzas, y surgió la candidatura del doctor Porras, que fue aclamada por las cuatro quintas partes de los habitantes del País. Tal resultado puede considerarse co-

mo el abrazo fraternal panameño, en obsequio de la Patria representada por el doctor Porras, abrazo que hace honor no sólo a los que en él se estrecharon, sino a la República entera.

Los hechos han comprobado nuestras esperanzas de entonces, y bien podemos afirmar que el Gobierno del doctor Porras ha correspondido a los deseos de quienes, movidos por sentimiento patrióticos, cooperamos a su exaltación al Poder.

Y no podía suceder de otra manera, por cuanto los colaboradores con que cuenta son hombres de amplias miras y de probado patriotismo.

No tengo por qué desconfiar de que el elemento joven preste a este Gobierno su apoyo decidido. Quien dice juventud, dice abnegación, dice fuerza, dice pujanza, no es posible que esa potencialidad falte a un Gobierno probo y respetuoso de los derechos y de la justicia. Me atrevo a creer que al emitir este deseo, interpreto los anhelos de la juventud conservadora y de la juventud liberal de la Nación".

En esta emergencia, el doctor Mendoza formuló, sin embargo, una reserva, y fue la de que, si alguna vez él consideraba en peligro las instituciones democráticas, y su presencia en la liza era demandada por sus sostenedores, él no renunciaría a reintegrarse en la lucha y a poner al servicio de aquéllas todo el acervo de sus energías y de su experiencia. Y así fue.

Como antes dije. Mendoza y Porras eran como hermanos siameses de la política, se completaban maravillosamente: el uno, agudo y perspicaz, pleno de vibración y soltura; sereno, lesonero y combativo, el otro; los dos el verbo y la acción en marcha. La casi fraternidad de Porras y Mendoza duró cerca de cuarenta años de los sesenta que vivió el último. Tan es cierto esto que digo, que el día 5 de Agosto de 1912, cuando, ya electo Presidente de la República aquel eximio ciudadano, se disponía a partir para Costa Rica para preparar su discurso inaugural, le dirigió esta carta a su:

"Querido Carlos: Valiéndome de tu cariño por mí y de tu inteligencia fecunda, por la experiencia de largos años, te suplico me indiques con toda confianza lo que, a tu juicio, creas debo considerar en mi discurso inaugural. Esto lo hago con el objeto de ilustrar mi criterio con el tuyo y tenerlo muy presente al confeccionar mi discurso durante mi permanencia en Costa Rica..."

La respuesta no se hizo esperar; horas después el doctor Mendoza le contestaba así a su "Querido amigo: Paréceme que debes tener como mira principal en tu discurso del 1º de Octubre la sobriedad del estilo y la ausencia de toda alusión a tu pasado y a las penas que te han hecho sufrir los que te pretendieron infamar. Después, para el resto del discurso, ter-

minada la introducción, escoge en el programa que aprobó el Partido en Aguadulce, los puntos más salientes y de fácil realización en la primera parte de tu Gobierno, para concretar tus esfuerzos. Creo será muy feliz ocasión la de hablarles a tus conciudadanos de la necesidad de buscar en el trabajo la solución, que no se hallará en el desempeño de los empleos públicos, sino en la dedicación a labores individuales privadas: son hechos y no palabras los que el País está esperando con ansias; y estoy persuadido de que tú darás satisfacción a los anhelos de tus compatriotas".

He ahí retratado de cuerpo entero al verdadero artífice de la política, al austero forjador de caracteres y al consumado maestro en el arte de robarse los corazones y ganarse la buena disposición del Pueblo, que fue el doctor Carlos Antonio Mendoza. Nada de virulencia en un documento que requiere altura y majestad; olvido del pasado y perdón para los difamadores; trabajo, y sólo trabajo redentor, para el Pueblo panameño, pasivo de una economía larvada y urgida de desarrollo. Estos son los consejos que el hermano da al hermano en los momentos mismos en que éste se apercibía a tomar en sus manos las riendas del Gobierno, después de enconada y sostenida oposición. ¡Sabia filosofía que hace recordar a los más egregios estadistas de la edad antigua!

¿Se oyeron estos atinados consejos?

Parece que no, porque, dos años más tarde, el doctor Mendoza volvió a la brega política, no obstante haber dicho el 1º de Agosto de 1912 a la Juventud Liberal panameña, que exigía su permanencia en la vida pública, para que oficiara de Catón, el censor, en la obra de gobierno por iniciarse:

"El Pueblo panameño que tan generoso y magnífico ha sido conmigo, mis amigos políticos, mis hermanos de lucha, los compañeros de la brega que hemos sostenido para ver alborear en Panamá el imperio del Derecho y el reinado de la Libertad, no han de negar al luchador que tiene la honra de hablarlos, el descanso que implora, el reposo que demanda, definitivo, si las circunstancias continuaran siendo propicias: temporal, si en cualquier instante de gravedad en la vida nacional, la Patria, la Causa, el Partido o la amistad política me exigieren volver a la arena".

En efecto, el doctor Mendoza no creyó, breves años después, que la Administración de su hermano, el doctor Porras, era propicia al reinado del Derecho y la Justicia, y volvió a la ardiente lucha por restaurar su imperio, en una de las oposiciones más violentas que conoce la Historia panameña. Ya lo dije antes: ¡el doctor Mendoza murió dejando redactados todos los documentos fundamentales que discutió la Convención Nacional del Partido Liberal, de cuyo Directorio Nacional era Presidente, en la ciudad de David, en el mes de Febrero del año dieciseis! ¡Murió como vi-

vió: peleando, cara al sol, por la Libertad política, que fue su credo hecho carne y nervio de su intenso vivir!

* * *

Algo he expresado del doctor Mendoza, soldado, periodista y político. Trazaremos ahora, con las palabras mismas del doctor Mendoza, su figura como hombre de Gobierno. Son páginas extraídas de su Mensaje a la Asamblea Nacional, dando cuenta de su gestión administrativa:

LEY DE ELECCIONES. Dijo el doctor Mendoza: "Estimo que la Ley sobre elecciones populares necesita de reformas sustanciales, que faciliten y aseguren, con la mayor perfección, la efectividad del sufragio universal. Cuando los pueblos se percaten de que es con la censura de una Prensa razonable como se hace saludable oposición a los errores de los gobernantes y de que, en los países libres, son los comicios el más alto jurado, por medio del cual se deciden o ponen en vía de solucionarse de un modo pacífico las más graves cuestiones que interesan al bienestar común, entonces aminorarán los elementos morbosos que suelen perturbar la marcha de las sociedades políticas; especialmente en su período de incipiente formación, la vida nacional transcurre fácil y progresiva, y dado es contemplar el hermoso espectáculo del imperio de la ley, del orden y de la libertad".

CODIGOS NACIONALES. Expresó el doctor Mendoza: "Los Códigos vigentes todavía, son un conjunto informe de ideas atrasadas, incongruencias y reformas que embarazan y muchas veces impiden se dé a cada cual lo que es suyo. Es llegado el tiempo de que se acometa en serio la obra de poner la legislación civil, comercial, penal y de procedimientos de la República al nivel de los adelantos de las ciencias sociales y políticas..."

RELACIONES EXTERIORES. "No es simplemente por dar prueba de cultura por lo que se crean y mantienen las representaciones diplomáticas. La vida moderna trae para los pueblos compromisos internacionales que no deben eludirse sin poner en peligro intereses de valía. Con la mira de que el Ejecutivo se halle en cualquier caso en posibilidad de satisfacer cumplidamente sus deberes de cortesía y de interés público, que comporta el reconocimiento de la existencia del Estado por las otras Naciones, la Constitución y las Leyes dejan amplitud para que incumba exclusivamente al Presidente de la República la creación de Legaciones y Consulados y para que nombre agentes que en el Exterior representen el decoro, la dignidad y los intereses del País".

PRESUPUESTOS. "De lo expuesto paso ahora a informaros sobre los Presupuestos, y comienzo por sentar que ellos no son otra cosa que la

fijación de los ingresos y de los gastos por parte del Poder Legislativo, el que, como órgano de la comunidad, es el que con anticipación decide sobre cuáles son las necesidades que precisan ser satisfechas. Pertenecen principalmente al Derecho Constitucional las cuestiones que se refieren a la preparación de los Presupuestos, correspondiendo a la ciencia de la Hacienda la ordenación y demás condiciones naturales de ellos. Son, por otro lado, los Presupuestos, un mandato, "derecho siempre violado y jamás borrado de los corazones", que el Poder Legislativo da al Ejecutivo, para determinar las necesidades colectivas que requieren satisfacción: divídense en dos clases, una llamada presupuesto jurídico o de competencia, que comprende lo que hay el derecho a recaudar y lo que hay el deber de pagar, y la otra clase, definida como Presupuesto de Caja y que se refiere a las cantidades recaudadas y pagadas efectivamente durante un determinado período fiscal. De los dos sistemas, el primero es el que se usa en Francia y se asemeja al que se sigue en Panamá; el segundo, es el de Inglaterra. En todo caso deben contener los Presupuestos los cálculos de todas las entradas y salidas, para que se conozcan, ya sean fijas, cuando se trata de erogaciones que no pueden ser excedidas, como las de los sueldos, ya sean variables, cuando no es posible someterlas a una exacta fijación: y tales cálculos son los que, como dice un economista, "dan a conocer realmente la presión tributaria soportada por los ciudadanos, el montante total de los gastos dedicados a cada uno de los servicios, y proporcionan la manera de juzgar la capacidad técnica de la Administración".

La Educación, la Hacienda Pública y el Fomento Económico consumen las tres cuartas partes del Mensaje, pletórico de ideas remozadas y de incommovible solidez científica, escrito con donosura de estilo y brillo conceptual.

* * *

Tal la prueba irrefutable de las dotes de estadista que adornaban al doctor Mendoza, y que no pudo llevar a la práctica debido a la brevedad de su período de gobierno. Correspóndeme ahora, para finalizar, trazar con claridad y concisión los rasgos característicos de esa personalidad céntrica en los fastos de la Historia Patria: la vida de Carlos Antonio Mendoza ofrece a las generaciones contemporáneas una lección perenne de cómo se debe pelear por la entronización de un ideal, de una doctrina, de un cuerpo de principios redentores del género humano y propiciatorios del bien general, con sacrificio del propio y entrega de un fanal de luces para alumbrar las escabrosas vías del devenir social.

En los siguientes párrafos en que se duele de la enfermedad que ponía en peligro, en el exilio, la vida del connotado "gólgota" Santiago Pérez, ex-Presidente de Colombia y Director del Partido Liberal hasta el año

de 1893. escribió su fe política o testamento a favor de la Juventud Liberal de la época:

“En el doctor Pérez encuentra la Juventud Liberal el noble tipo de una generación que por desgracia va desapareciendo ya, y que ha dejado en los anales de la Patria una huella imborrable. De esa generación en la cual aparecieron Manuel Murillo, Miguel Samper, Salvador Camacho Roldán, Justo Arosemena, Felipe Zapata, José M. Rojas Garrido, Pablo Arosemena, Aquileo Parra y tantos otros, ha sido el doctor Pérez la figura más noble, como dice Edmundo Gosse, en la última de sus obras, comparando a Shakespeare con los demás escritores de su época: el poeta era grande, no en relación con los pequeños, sino que era el pico más elevado de un vasto grupo de montañas. Así, el doctor Pérez ha sido en la generación de que hablamos, el más eminente entre aquellas grandezas intelectuales.

Esa generación de hombres ilustres, comprendió la política como servicio noble, en favor de la Patria. no como escala para alcanzar honores, ni mucho menos como industria para alcanzar riquezas. Tomar parte en la política era para él poner la inteligencia y la energía al servicio de sus intereses, y por eso se les vió bajar de puestos encumbrados, pobres como a ellos habían subido, y a veces en la indigencia, como el doctor Murillo; Presidente de la República en dos ocasiones.

La Juventud Liberal debe recibir como herencia los ideales que la generación de la cual ha sido exponente el doctor Santiago Pérez, dejó sin realizar, debe empuñar esa limpia bandera y llevarla triunfante y pura por toda la República”.

El doctor Mendoza se batió como bueno por la Democracia política, y dejó discípulos que hicieron y hacen lo mismo por ésta y por la Democracia económica y social, bajo cuyo signo vivimos. La política del doctor Mendoza tiene todavía seguidores, que van de Carlos Antonio Mendoza a Francisco Arias Paredes y de Francisco Arias Paredes a Ernesto de la Guardia, hijo, en una rectilíneidad precisa, sólo que atendiendo al dictado de los tiempos.

Renovación, señores, renovación, de hombres y de prácticas, de métodos de vida y de trabajo por la salud de la Patria.

Renovación, quería el doctor Mendoza, cuando expresaba que la Juventud es pujanza y bizarría, fuerza y generosidad, pensamiento y corazón. Renovación, quiso Don Pancho Arias, cuando a la cabeza de un puñado de intelectuales y patriotas dirigió un movimiento para adecentar la política nacional y llevar la ciencia al Gobierno del Estado. Renovación, desarrolla Ernesto de la Guardia, hijo, desde las cimas del Poder, participando así, de manera efectiva, en estos actos consagratórios que la Nación agraja

decida le tributa al doctor Mendoza, humilde hijo del Pueblo, como le gustaba llamarse en voz alta, e insigne soldado de la Patria, en quien se encarnaban las cualidades que distinguen al cristal de roca: ¡firmeza y luz!

Jóvenes de mi Patria, muchachada "rotaria" de Santa Ana: Recojamos los testamentos del doctor Carlos Antonio Mendoza y de don Francisco Arias Paredes, de los cuales será pulcro albacea el actual Presidente de la República, señor De la Guardia, seguros de que haremos de la nuestra una nacionalidad robusta, de hombres idealistas, libres, justos, trabajadores y demócratas progresivos. Sería este el homenaje de mayor valor que el joven Pueblo panameño rendiría al más descollante prohombre de su tiempo: el doctor Carlos Antonio Mendoza.

* * *

MOTIVOS DE LOTERIA

Todo en tí me impresiona

"El amor y el interés, comen
juntos en un plato..."

Copla Popular.

*Todo en tí me impresiona, y todo en tí me inspira:
desde tu boca roja que parece una flor,
hasta tu talle frágil que parece una lira
todavía no pulsada por el dios del Amor.*

*Por tí mi poesía tiene causa y delira
y tiene explicaciones la vida y el color;
y en el mundo del sueño el corazón suspira
y alumbra con tus ojos la noche del dolor.*

*Y si a escoger me ponen, en un aciago día,
entre tú, que eres cielo, dulzura y poesía,
y de la Lotería el premio superior;*

*yo no vacilaría... cual pescador de truchas,
y en voz baja diría: "Pues mujeres hay muchas",
y así me quedaría con el Premio Mayor.*

La Iglesia de Santa Ana

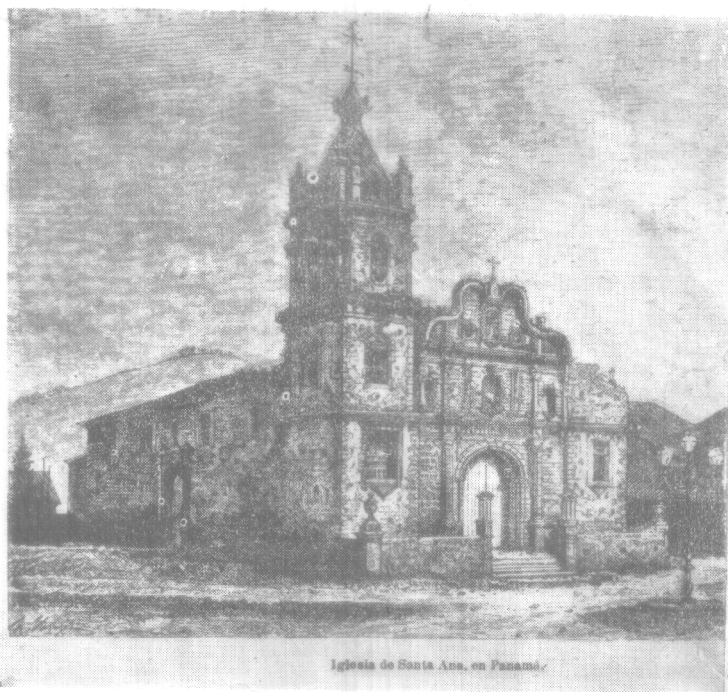
Por JUAN ANTONIO SUSTO
(Panameño)

(Con motivo del segundo centenario de la iniciación de su construcción 1757 — 12 de Octubre — 1957)

El Mariscal de Campo don Manuel de Montiano, Gobernador de Panamá, asistía en el mes de Julio de 1751, como lo hacía todos los años, a la novena que en la Iglesia de Nuestra Señora de Santa Ana se celebraba en honor de la Santa Matrona y durante sus visitas pudo cerciorarse del estado ruinoso del templo. Tal fue la impresión que esto le causó, que a los pocos días después de terminados los actos religiosos, convocó a una Junta pública, la cual tuvo lugar en la propia Iglesia, con asistencia del propio Gobernador Montiano, del Obispo Luna y Victoria, del Cabildo Secular, de los Oficiales del Batallón de la Plaza, de los Tenientes de Cura de la citada parroquia, Juan Joseph de Goycoechea y Joseph Bonifacio Barrientos, del Secretario del Obispado y de gran cantidad de santaneros. Expuestos los motivos de la reunión por el Gobernador de Montiano y explicada por el Obispo Luna y Victoria la gran caridad que la obra entrañaba, se dió comienzo, con general asentimiento, a la colecta para la construcción de la Iglesia.

Grande fue el efecto que produjo entre el vecindario la noticia y con inusitado entusiasmo se principió abrir de una vez los cimientos de la Iglesia para hacerlos de piedra. Se apeló a los arbitrios de rifas que suministraba el Licenciado Joseph Bonifacio Barrientos, ayudado por don Isidro Ignacio de Alba, quien dirigió la construcción. El Obispo Luna y Victoria, con ese rasgo que le era peculiar, dió ladrillos, tablas para el andamiaje, peones para el servicio, y como si todo esto fuese poco, asistía en persona durante las horas de labor para animar a los operarios con su presencia. El ejemplo del Obispo santanero despertó el ánimo del vecindario, a tal punto que todos, absolutamente todos, se prestaron bondadosamente a cargar piedras, maderas, etc. Cada cual prestaba su decidido apoyo a la obra: el Licenciado Joseph Celedonio de la Torre cortaba las maderas, el Canónigo Joseph Salado daba 400 ladrillos, el Capitán Domingo Negreiros 200.

Pero a quien se debió el progreso de los trabajos fue al Licenciado Joseph Bonifacio Barrientos, quien desde el comienzo emprendió su fábrica



Iglesia de Santa Ana en el siglo XIX.

de cal y canto, empleando los 3.154 pesos un real que entraron en su poder, en calidad de colectas, más las deudas que contrajo de 3.126 pesos. Lo hecho por el Licenciado Barrientos en la construcción fue avaluado por los peritos en 19.853 pesos por la albañilería y 1.398 pesos por carpintería, de suerte que los 14.970 pesos 7 reales que hay de diferencia en las cantidades de limosnas y deudas, se debieron a su desprendimiento ejemplar. Según la propia confesión del Licenciado Barrientos, perdió su salud, sus bienes y rentas y “hasta mi honor y mi reputación mancillada”, en aquella cristiana empresa.

La enfermedad de Barrientos —parálisis en las piernas desde 1754 a 1758— y la carencia de recursos, debido a la falta de comercio y a los incendios que padeció la ciudad, fueron los motivos esenciales para suspender todas las obras.

Con fecha 2 de Septiembre de 1754 los vecinos del prestigioso barrio de Santa Ana, señores Juan Joseph Casís, Maestro Victoriano Martínez, Francisco Camero, Leandro Ponce de León, Maestro Juan Joseph Garibaldo,

Sebastián Núñez de Velasco, Manuel Ignacio de Sosa, Joseph Gervasio de la Puente, Domingo Correo Catalán y Salvador Luque Mármol se dirigieron a S.M. el Rey manifestándole que como el templo era en su totalidad de madera, y amenaza constante ruina, con grave peligro de desplomarse, acordaron con el Cura Barrientos (que lo era desde 1736.) a costa de limosnas principiar la readificación. Que ya habían conseguido ver cubierta de piedra la sillería de su portada, casi la mitad de la obra de la torre y cavado todos los cimientos. Finalizaban su memorial pidiendo al Rey ayuda de costa para terminar la Iglesia.

Esta representación de los santaneros fue remitida con la Real Cédula de 28 de Octubre de 1756 al Gobernador de Panamá, a fin de que éste informara a la Corona. Desde esta ciudad de Panamá y con fecha 2 de Junio de 1758, el Gobernador don Manuel de Montiano hizo la historia de la actuación de los que hasta entonces habían intervenido y terminaba diciendo a Su Majestad que para dar remate al templo faltaban 32.687 pesos; de ellos 20.180 para albañilería y los 11.886 para carpintería, y que escaseadas las limosnas por la pobreza que padecía el vecindario de Santa Ana, se había hecho cargo de seguir los trabajos el acaudalado comerciante, el Capitán de Milicias don Matheo de Izaguirre (más tarde Conde de Santa Ana, en reconocimiento a sus méritos por la piadosa obra), quien la comenzó el 12 de Octubre de 1757. El Gobernador de Montiano consideraba excesiva esa cantidad para que la desembolsara un particular y pedía al Rey que disminuyese esa suma a Izaguirre y que Su Majestad dispensase una ayuda de costa.

No sabemos si la ayuda fue concedida. Creemos que no. Pero lo cierto es que el viernes 20 de Enero de 1764, fue inaugurada solemnemente la Santa Iglesia de Nuestra Señora de Santa Ana gracias a don Matheo de Izaguirre.

EL FESTIVAL FOLKLORICO DE LA MEJORANA

Por *MANUEL F. ZARATE.*

Preocupada la Revista de la Lotería Nacional por lo más señero y esencial de lo que a la nacionalidad y a la patria concierne, ha querido recoger en sus páginas un eco claro sobre el suceso ya tradicional que viene celebrándose anualmente en la población de Guararé, con el nombre de Festival de la Mejorana. Y es a solicitud honrosa de su Director que correspondemos al redactar las notas que siguen, dedicadas más que todo al lector extranjero, poco familiarizado con nuestras costumbres; y complacidos, por el hecho de dejar constancia, en una publicación tan circunspecta, del esfuerzo que con el concurso de muchos compatriotas, venimos realizando en pro del cultivo de la tradición popular parameña.

Se ha dicho y se repite a diario que cuando los grupos humanos que constituyen una nación pierden sus tradiciones y sus bellas costumbres populares, y sobre todo cuando las sustituyen por otras de tipo exótico y reñidas con el temperamento y modalidad individual, el grupo, y con él parte de la Nación misma, se hallan en peligro de descastamiento, en riesgo de entrega espiritual, que es la peor de las entregas. La tradición popular, que incluye el folklore, es una herencia, un patrimonio tan enraizado en la vida misma de la nacionalidad, que renunciar a ellos significa renegar casi de la vida como pueblo auténtico y definido. Por supuesto, los pueblos progresan normalmente, evolucionan, entran en el orden y en el torbellino de la civilización y por lo tanto se hacen receptores de las más variadas ideas, influencias y contagios de modalidades extranjeras y cosmopolitas. En el fondo de toda psicología subsiste el morbo de lo novedoso, de lo extravagante. De otra parte, los agentes de la educación: escuela, prensa, radio, Universidad, iglesia, tienen entre sus propósitos la erradicación de los resabios o aberraciones tribales que en los pueblos ignaros son verdaderas rémoras para el progreso. Y ocurre con frecuencia que se confunde lo bueno con lo perjudicial y se eliminan juntos, con propósito y hasta con buena fe. De aquí que todo conspire contra la bella tradición popular. De manera particular, se hallan amenazadas las formas de divertirse colectivamente, como son las danzas, cantares y música. Tan visible y dañino es el peligro, que las cla-

ses cultas y el Estado, en los países más avanzados, auspician y fomentan festividades periódicas típicamente populares, en las cuales, auténticos o aficionados cultivadores de los géneros folklóricos, se entregan durante unos días a la exhibición y al goce de tales reacciones. Con esas celebraciones se rinde homenaje a las viejas costumbres delicadas, se mantiene vivo el culto de ellas, se solaza el alma con la vuelta al pasado y se abreva en aquellas fuentes el vigor y la autenticidad necesarios para seguir haciendo frente al exotismo cotidiano que nos asedia en el farfalleo de la actual civilización.

Pero es el caso, penoso por cierto, que entre nosotros poco se ha meditado sobre esta clase de contingencias. Y en un país tan expuesto a las corrientes descastizantes, y dueño, sin embargo, de una rica tradición, muy poco se hace por conservar y cultivar ese legado. Decimos que se hace poco, lo cual no niega que se hace algo. Y dentro de eso pequeño algo figura, como lo más importante, el Festival de la Mejorana, de Guararé.

Sabiendo es que los pueblos o agrupaciones semi-urbanas o rurales de la República celebran las festividades de sus santos Patronos. El esquema de esas celebraciones fue siempre el mismo: una fase religiosa, que incluía el novenario, la víspera con Salve y procesiones y la misa solemne el día del Santo. Seguía luego una parte profana, en la que se destacaban los bailes y las corridas de toros. El cuadro de la fiesta en los pueblos de la región central que se conoce con el nombre histórico de Azuero tuvo siempre algo muy particular y atractivo, que era la mejorana, la cual consiste en ejecuciones instrumentales sobre la pequeña guitarra rústica que lleva el mismo nombre, los bailes zapateados y los cantos en competencia que con ella se acompañan. Además, figuraban en estos pueblos de manera prominente los bailes con orquestas nativas compuestas de acordeón o de violín (primitivamente el rabel de factura campesina), el tambor, la guáchara o güiro y el triángulo metálico. Abundaban también los bailes de tambor y cantos coreados o tamboritos. Guararé, en la provincia de Los Santos, era sitio de los más conspicuos en tales celebraciones. El hecho, ya hoy caduco, de que tenía un puerto con gran movimiento de cabotaje, y que lo visitaban veleros que iban de otras partes de la costa del Pacífico, llevando numerosos viajeros, hacía que su fiesta patronal de Las Mercedes, en la última semana de Septiembre, fuese de lo más concurrida y vistosa. Pero en la década del 20 al 30 se construyeron y llegaron allí las carreteras. Toda la región sintió y resintió el trauma de las nuevas y más densas formas del transporte. Los veleros y moto-veleros fueron sustituidos por el automóvil. Con éste llegaron muchos otros artefactos; llegaron también gentes nuevas, ideas

nuevas, formas diferentes de divertirse y de trabajar, en fin, rasgos y costumbres que iban a trastornar el plácido discurrir de la vida tradicional de la región. Y ocurrió entonces que el pueblo sencillo, que sólo sabía divertirse con sus mejoranas y sus instrumentos tradicionales, fue deslumbrado por las ortofónicas amplificadas, por los discos henchidos de ritmos extranjeros, y en las festividades periódicas, por las orquestas "de viento", llevadas de la Capital. Y cesó entonces de oírse los tambores, las mejoranas y los rabeles, que huyeron de las plazas y las enramadas. Amedrentados y ruborosos huyeron también las "salomas" y los "arrucaos", los bailes zapateados y los "pindines", y con ellos se ausentaron las vestimentas y las prendas que eran necesario atuendo para tales diversiones. De esta suerte, la cornucopia de la civilización, al vaciar su heteróclita "cultura" en los predios de la sencilla vida campesina, ahogó las formas prístinas e ingenuas, bellas y tradicionales de recreación que le eran características. Y lo peor fue que aquella especie de catástrofe se operaba sin que de ella tuviese nadie clara percepción y menos todavía consciencia del peligro que ella entrañaba. No puedo aquí omitir mis recuerdos personales al respecto. Era yo estudiante en Europa por ese tiempo, y nostálgico siempre del rincón lugareño en que nací, escribía a mis paisanos y les inquiría por las cosas del lugar, especialmente sobre las diversiones campesinas que me habían sido muy caras y que allá lejos



Una de las numerosas carretas durante el desfile típico.

rememoraba. Cuando me escribían e informaban que ya esas cosas eran recuerdos de días pasados, que todo cambiaba a gran prisa y que el pueblo prefería lo novedoso y exótico, me dolía aquello, y ya desde entonces me prometía hacer algún día lo que veía a menudo hacerse en Europa: instaurar los festivales del recuerdo, los certámenes tradicionales organizados, erigir el culto del pasado como anclaje salvador de la fisonomía nacional. Así fue como, a mi regreso, inicié un largo aunque modesto programa de actividades para revivir y exaltar las formas tradicionales de nuestras recreaciones populares. Y asistiendo a las festividades patronales de mi pueblo, ya descoloridas y sofisticadas, y añorando con viejos amigos las antiguas usanzas, dispusimos un día, allá por el año 49, revivir las fiestas a la moda tradicional. Considerando, sin embargo, que para superar la ola de exotismo vigente había que apelar a medios efectivos, dispusimos organizar las fiestas en forma de verdaderos festivales. Habría que rodearlo de un vasto y variado programa, con los elementos tradicionales propios de la región, aún cuando ellos no fueran usuales en la fiesta patronal. En otras palabras, decidimos reunir en una sola festividad los elementos propios del Carnaval, del San Juan, del Corpus, de la fiesta patronal, y aún agregar algún elemento decorativo juiciosamente ubicado en el ambiente y con la esencia regional. Era conveniente imprimir al espectáculo, a más del sentido recreativo, un fuerte matiz cultural, a fin de que él trascendiese al plano de las ideas de región, de patria, de nación. Sería preciso atraer a él la escuela, la intelectualidad del país, la Universidad misma. Pero habría que utilizarlo para despertar en el campesino una conciencia y una convicción sobre la belleza universal de su música y de sus cantos, de sus danzas y vestidos, de sus sanas y viejas costumbres. Para ello se haría una sabia propaganda a fin de atraer al elemento culto, al turista y aún al extranjero, los cuales, debidamente guiados e ilustrados, de seguro sabrían apreciar el suceso y expresar su admiración por él y por el creador y ejecutante vernáculo. Así despertaríamos en el hombre del campo el orgullo de ser campesino, el goce de su valer, la conciencia de su rico patrimonio espiritual. Debo decir que mis primeros entusiasmos parecieron a muchos poco menos que un sueño. Los razonamientos iniciales, expuestos a las gentes sencillas de mi pueblo, fueron recibidos con no disimulado escepticismo. Recuerdo que para discutir en público la primera vez, mis proposiciones, me llevé de la Capital tres cultos amigos que deberían cooperar con sus voces sinceras a sembrar el entusiasmo entre los guaraneños. Fueron ellos don Bonifacio Pereira, el Dr. Baltasar Isaza (profesores) y el animoso y gentil amigo don Juan Ehrman. Y así se lanzó la idea del Festival de la Mejorana, que desde un principio tuvo los más felices



"Grandiablos". Danzadores de Guararé.

augurios. Vino después la tarea laboriosa de la realización y las dificultades consiguientes. Se presentó la cuestión candente: dinero. Y otras muchas. Pero todo fue resuelto y vencido. La prensa y la radio en todo el país captaron desde el primer instante la altura y el significado del festival y le dieron una publicidad que yo no esperaba. El Departamento oficial del Turismo dió un auxilio. El de Bellas Artes cooperó con el material impreso. El comercio regional se mostró generoso. Los pueblos de la región de Azuero vibraron de entusiasmo y ofrecieron la cooperación de los ejecutantes y visitantes. Todo nos fue propicio, y el primer festival, celebrado en Septiembre de 1949, se verificó con un éxito que superó nuestros cálculos. Desde entonces, año tras año, con mayores o menores peripecias, a veces en condiciones angustiosas, hemos logrado dar remate feliz a los festivales. Años hubo en que el Estado rehusó dar su auxilio, en que el Comercio se sintió molesto por la solicitud de contribución, en que las otras colectas se redujeron y entonces el peculio privado y estrecho de los organizadores tuvo que enjugar serios déficit; pero el festival se hizo siempre, sin que los espectadores se diesen cata de los sabores que servían de subsuelo.

A fines del año 1955 un Diputado de la Asamblea Nacional, don Arcelio Pérez, guarareño por cierto, presentó un proyecto de ley que luego se convirtió en la Ley 91 de 1955, por la cual se declara que el Fes-

tival de la Mejorana es una festividad nacional de la tradición panameña y se le asigna un auxilio anual de mil balboas. Ahora esa partida figura en los presupuestos del Estado y se asegura así una base para las realizaciones del festival guarareño. Debe explicarse que el presupuesto para esta celebración, que comprende unos cinco días, y a pesar de que se limita solo a delegaciones provenientes de la región circunvecina de Azuero, monta a la suma de unos tres mil balboas. Desde el comienzo nos dimos cuenta los organizadores, que los campesinos participantes en el certamen no son gentes de recursos que les permitan movilizarse y permanecer varios días en Guararé. Pensamos también que el éxito de la fiesta dependería de la seguridad que pudiéramos dar a los concursantes sobre alojamiento, mantención y atenciones personales, muestras de simpatía y oportunidades para que disfrutasen de recreo holgado y franca hospitalidad. Por eso se dispuso que el Festival debía correr generosamente con todos los gastos personales de los participantes desde salir hasta volver a sus hogares. Se dispuso también, hasta donde sea posible, contribuir en parte para los gastos de indumentaria y preparación en el caso de grupos como los de las danzas y otros similares. Habría que atender también a los gastos de un reinado para el Festival, la construcción de estrados para las exhibiciones, la decoración de carretas para el desfile, adornos de calles y plazas, atención de algunos invitados especiales, elaboración de pergaminos para premiar concursantes, misiones personales a los pueblos de la región, propaganda y muchos otros detalles. Como se ve, solo mediante una buena organización y una juiciosa administración de los fondos hemos podido salir airoso dentro de las limitaciones impuestas.

El nombre de Festival de la Mejorana no dice todo lo que contiene y todo lo que pretende el certamen de Guararé. La Mejorana es, ciertamente, el aspecto más saliente del Festival. Los grupos de cantadores de las provincias de Los Santos y Herrera y los tocadores y bailadores de Ocú constituyen el plato fuerte de tales números del programa. Entran también, aunque en menor cantidad, ejecutantes de cierta parte de la provincia de Veraguas y otra de la provincia de Coclé. Pero la verdadera razón para haber tomado como enseña el nombre de la mejorana es el hecho de que tal diversión reviste en toda la comarca el valor de un deleite ritual, quizás la distracción más difundida y enraizada en la vida y en la psicología colectivas. Se le tiene como lo más delicado, ingenioso y expresivo, lo más difícil también y en fin, lo más bello. Se le considera, y no existe duda alguna de ello que es un elemento exclusivamente originario de la región, y tiene allí realmente el valor de un símbolo. Pero, lo repetimos, el certamen de Guararé no es solo de Mejorana.

Como decíamos antes, allí se presentan casi todas las manifestaciones del folklore regional, como las danzas de diablos, de parrampanes, montezumas, pajarillas, tunas, tamboritos etc., y además se representan hechos y costumbres, como las "luchas" y juegos, lances de esgrima campesina, juntas, peonadas, escenas sociales, cabalgatas y muchas otras demostraciones. La apoteosis del Festival se verifica como el último número del programa "oficial", y consiste en el desfile típico. Unas treinta carretas, nativas, tiradas por escogidas parejas de bueyes, debidamente decoradas con motivos de la región, desfilan llevando una preciosa carga de damitas bellamente empolleras, al son de alegres conjuntos musicales y vocales. Preside el cortejo la carreta real y acompañan también numerosas comparsas a pie, como los grupos ya mencionados y además equipos artesanales, profesionales, escolares, etc., todos con vistosas indumentarias

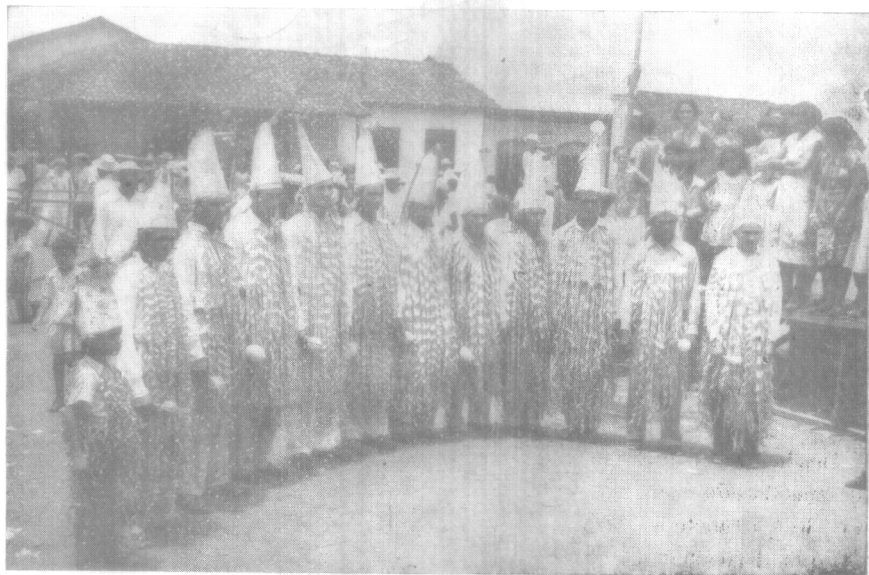


"La Muerte del Cangrejo". Grupo de danzadores.

y bailando sus danzas particulares. En conjunto, el desfile es realmente un himno a la alegría diáfana del campo y a sus enraizados habitantes.

Pero la fiesta no termina con el desfile. Después de éste, y ya fuera de programa, los regocijos populares continúan: bailes típicos (no hay ni un solo baile de gala), cantaderas en porfía, "gritaderas", tunas imprevisitas, corridas de toros, etc., actividades en las cuales todos los visitantes tienen el derecho de participar a sus anchas. En esos días, naturalmente, abundan la buhonería, las ventas de vituallas, y con todo ello, la muchedumbre venida de los más apartados rincones del país, constituye un espectáculo realmente brillante y simpático. Bueno es anotar aquí, como hecho saliente, que durante todos estos festivales, el consumo de licor ha sido relativamente moderado y que la conducta de las muchedumbres de visitantes y participantes ha sido siempre digna de la más encomiable corrección. Las riñas, pendencias y hasta las muertes que solían ocurrir en las fiestas de antaño, han sido proscritas. Tales resultados se cargan a la influencia cultural de los espectáculos y a la actitud hospitalaria y sumamente culta de anfitriones y concurrentes.

El Festival de Guararé, con todo y ser hoy una lograda realización, es sobre todo una idea. Es un proyecto que pretende desarrollarse y cubrir un campo mucho más vasto, según el pensamiento de sus organizadores. Se aspira a que en el futuro, mediante mayores recursos, pueda reunirse allí lo más saliente y bello del folklore nacional. Se espera un día poder llevar a Guararé delegaciones de todas las provincias y de todos los grupos étnicos, incluyendo los grupos de color y las minorías indígenas auténticas. Se proyecta verificar paralelamente exposiciones y ferias de artesanía popular. Ya se ha iniciado y se pretende ensanchar la participación de las escuelas primarias, secundarias y universitarias. Se piensa que el gran certamen sea aprovechado por gentes de estudio y artistas cultos a fin de que sea él un motivo no solo de recreación sino de investigación sociológica y científica. Queremos que se le considere un día como la Meca de la tradición panameña, considerada ésta desde el punto de vista de la cultura tradicional a la vez que de la recreación genuinamente panameña. Es un hecho que el Festival constituye hoy un motivo generador para que, durante su preparación y verificación, toda la prensa, la radio, los centros culturales, las agencias turísticas y el pueblo todo en el país, se ocupen en primer plano del tema nativo, de la idea de lo panameño, del contenido cultural autóctono. La gran masa de campesinos participantes y espectadores se ha hecho ya consciente y se siente orgullosa de su patrimonio espiritual representado en la tradición y en el fervor y destreza con que lo cultiva. Lo que ya se ha logrado y lo que se espera, prueba que se trata, realmente, de una idea maravillosa

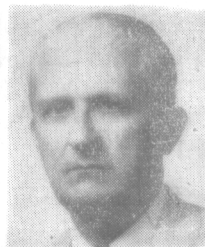


Grupo de "La Pajarilla". Danza Sagrada, oriunda de San José, Las Tablas.

que puede y debe llegar lejos y hondo en el afianzamiento de la personalidad de la nación, en la formación de una consciencia de la auténtica panameñidad.

* * *

Manuel F. Zárate, panameño. Maestro de Enseñanza Primaria, Instituto Nacional; Ing. Químico, Instituto de Química, Universidad de París; Post-graduado, Instituto Pasteur, París; Ex-Director de Laboratorios Químicos del Estado; Ex-Superintendente del Hospital Santo Tomás; Profesor de Química de la Universidad, desde su fundación en 1935.



A más de la labor profesional y de enseñanza, de publicidad y divulgación científica (asistiendo a congresos y otras reuniones internacionales), ha laborado extensamente en la investigación y difusión del conocimiento y cultivo de las tradiciones nacionales. Ha publicado numerosos trabajos y ensayos sobre folklore. En colaboración con su esposa, la profesora Dora de Zárate, es autor de la obra "La Décima y la Copla en Panamá", y pronto a aparecer se haya "Breviario de Folklore". Se le debe la idea del gran festival folklórico de la Mejorana, a que se refiere el presente artículo.

La Zona Libre de Colón

• SU ORIGEN

• DESARROLLO

Por

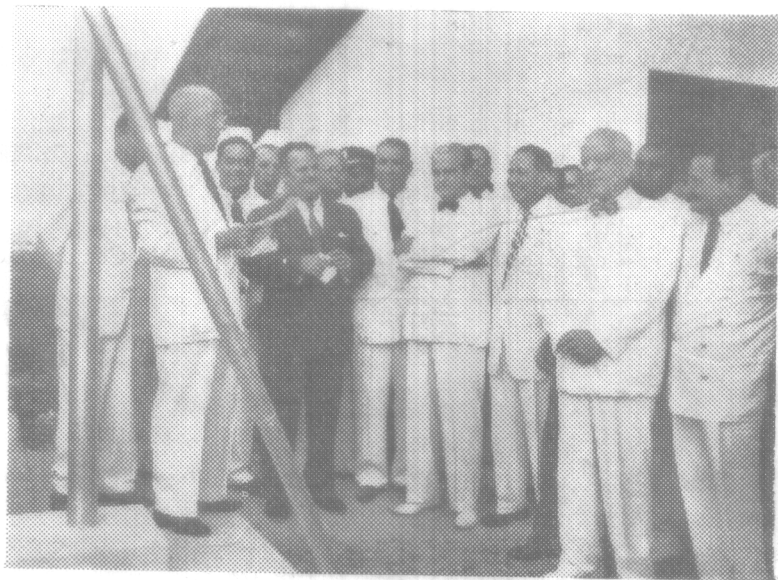
• LA RAZON DE SU EXISTENCIA *EDUARDO LANUZA.*

Desde los tiempos de la conquista española, el Istmo de Panamá ha sido considerado como el centro comercial de las Américas. Las grandes ferias de Portobelo y el constante tránsito, a través de Panamá, de los tesoros que despachaban los conquistadores hacia la Madre Patria, fueron, talvéz, las razones principales para que ya, desde hace más de cuatrocientos años, el Istmo adquiriera la justa reputación de centro ideal de distribución comercial.

Naturalmente la situación geográfica del Istmo, unida a la circunstancia de que en él se presenta la distancia más corta entre los dos grandes océanos, fué, ya aquella lejana época, factor determinante en su preponderancia como centro de intercambio comercial. Siglos más tarde sirvió como factor decisivo para la construcción del Canal de Panamá.

La apertura del Canal de Panamá en Agosto de 1914, trajo como consecuencia una revisión fundamental de los sistemas de distribución e intercambio comercial que habían tenido vigencia hasta la fecha. Donde el trasbordo de carga era una medida imperativa antes del Canal de Panamá, debido a que la mercancía, por fuerza, debió trasladarse por tierra a través del Istmo, pasó a ser una medida de conveniencia tan pronto como los barcos, por razón del Canal, pudieran hacer la travesía de Océano a Océano.

Sería querer tatar el sol con las manos negar que la manipulación de carga a través del Istmo, para redespacho a otros destinos era una fuente importante de trabajo para nuestros nacionales, que poco a poco iba desapareciendo mientras más y más barcos hacían las travesías directas desde los centros abastecedores a los centros de consumo. En beneficio de nuestras clases trabajadoras era necesario crear el clima de conveniencia que necesitaban los despachadores para que sus mercaderías fueran distribuidas desde el Istmo de Panamá.



Inauguración Oficial de la actual área segregada de la Zona Libre de Colón el primero de Septiembre de 1953 por el Presidente José A. Remón Cantera q.e.p.d.). Hace uso de la palabra el señor Ducruet (q.e.p.d.).

.... Pero si el Canal de Pasamá trajo para nuestra economía el efecto mencionado, también provocó otra reacción saludable que bien aprovechada pudiera llegar a ser la solución de muchos de nuestros problemas. La gran afluencia de barcos de todos los puertos del orbe, con destino a los últimos rincones de la tierra, puso más carga de nosotros todos los mercados del mundo y nos colocó, con mayor razón ahora, en situación de reclamar para Panamá la condición de eslabón entre los centros abastecedores y los mercados de consumo. En otras palabras, creó para Panamá un considerable "Hinterland" comercial.

Conjugábamos así, aquí en nuestro Istmo, las premisas fundamentales que hacen exitosa una Area de Comercio Internacional Libre. Así lo comprendieron nuestros hombres públicos y ya desde los años 1924 y 1925 se nota una inquietud hacia el aprovechamiento de las condiciones anotadas, en beneficio de nuestra economía.

Pero si en Panamá recién nos dábamos cuenta de estas ventajas hasta entonces desaprovechadas, nuestros vecinos de la Zona del Canal, ni cortos ni perezosos, ponían en función el engranaje del "Hold for Orders" que

era ni más ni menos, con algunas modificaciones, la aplicación de los principios de las Areas de Comercio Internacional Libre. Justo es reconocer que por gestiones de nuestros gobiernos, el "Hold for Orders" fué clausurado posteriormente por considerar que era lesivo a nuestros intereses económicos.

No obstante todo esto, no fué sino hasta 1943 o 1944 cuando Don Enrique A. Jiménez, a la sazón Embajador de Panamá en Washington hizo uso de todos los recursos a su alcance, para hacer estudios serios y pulsar las posibilidades de establecer una Zona de Comercio Internacional Libre en Panamá. Para ello contó con la cooperación del Depto. de Comercio de



Don MANUEL EVERARDO DUQUE,
Gerente de la Zona Libre de Colón.



A pocos días de haber tomado posesión de su cargo como Ministro de Hacienda y Tesoro, el señor Rubén Darío Carles hijo, en compañía del Contralor General de la República don Roberto Heurtemate y el Sub-Contralor don Eduardo McCollough, asistieron a una reunión de la Junta Directiva de la Zona Libre de Colón, en Octubre de 1956.

los E.E. U.U., en la persona de Don Thomas E. Lyons, por aquel entonces encargado de la Jefatura de las Areas de Comercio Exterior del gran país del Norte.

Quisieron las circunstancias que dos años más tarde el señor Jiménez llegara a la Presidencia de la República de Panamá, desde donde tuvo la oportunidad de llevar a la realidad los planes preparados durante su permanencia en Washington. Invitó entonces, en el año 1946, al señor Lyons a venir a Panamá y estudiar sobre el terreno las posibilidades, ya en plan serio y definido, de establecer en Panamá una Zona de Comercio Internacional Libre. El Informe del señor Lyons, resultado de sus estudios, es talvez el documento más importante en la creación de la Zona Libre de Colón; en él, después de documentadas consideraciones, se recomendó el establecimiento de la Zona Libre en la ciudad de Colón.

La ley orgánica correspondiente no se hizo esperar. Con el asesoramiento de la Cámara de Comercio de Colón y del Dr. Galileo Solís se redactó un proyecto de instrumento Legal que más tarde, al ser aprobado, pasó a ser el Decreto Ley No. 18 de 17 de Junio de 1948.



Don Ernesto de la Guardia Jr. asiste a importante reunión en la Zona Libre de Colón, donde el Gerente Sr. M. Everardo Duque le expone puntos de vital importancia para la institución. 14 de Octubre de 1955.

Comenzó así a tomar forma la **estructuración de la Zona Libre de Colón**, organismo que con el tiempo, y la **debida cooperación**, habrá de convertirse en timbre de orgullo para nuestro país.

Cumplida la etapa de su creación, era necesario enfrentarse con bríos, a la más difícil de su desarrollo.

Talvez sea necesario aquí hacer un paréntesis para hacer ligeras explicaciones de carácter general.

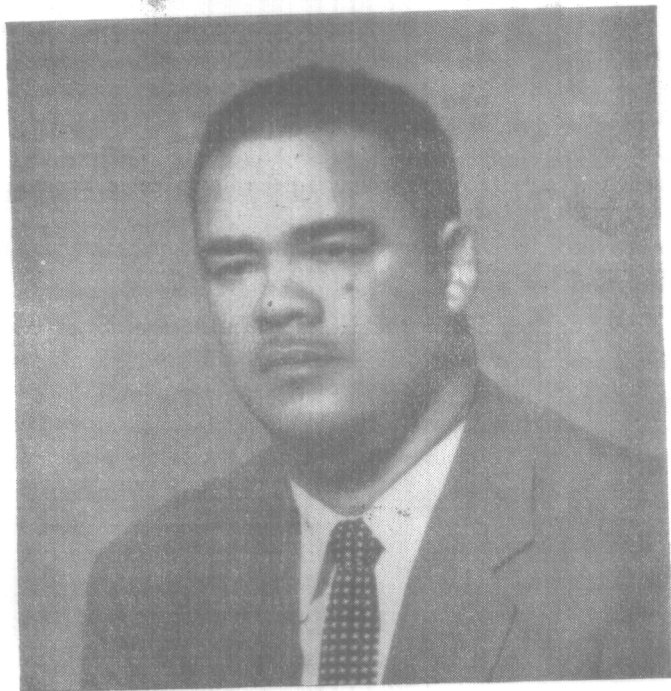
La Zona Libre de Colón, al igual que cualquier organismo cuyas operaciones tengan incidencia internacional, es un plan de largo alcance. Sus reglamentos deben contemplar una gran variedad de legislaciones y condiciones de carácter comercial, vigentes tanto en los centros de distribución como en los mercados de consumo, para poder compaginarlos con nuestras leyes, teniendo muy en cuenta, al mismo tiempo, los principios universales que rigen el Comercio Exterior.

Paralelamente, las instalaciones iniciadas de un proyecto de tanta envergadura y de tan ambiciosa meta, significaban necesariamente erogaciones considerables que mal podían intentarse con el modesto capital de B/. 150.000 que la Ley Orgánica señalaba.

Las anteriores circunstancias produjeron, como es natural, efectos retardarios en la fase inicial del desarrollo de la Zona Libre de Colón. Había, por razones obvias, que preparar una reglamentación de condiciones atractivas para los posibles inversionistas y, al mismo tiempo, interesar a nuestro gobierno para que, mediante medidas presupuestarias, hicieran disponibles las partidas indispensables para empezar operaciones.

Mientras tanto, el congreso de los Estados Unidos de Norteamérica, al hacer modificaciones en su legislación impositiva, abrió un camino de conveniencia a la operación física de capitales americanos en la América Latina. El llamado "Western Hemisphere Trade Act" ofrecía ventajas en lo referente al pago del impuesto sobre la renta a las firmas norteamericanas que hicieran comercio internacional con los países de América, siempre y cuando el volumen mayoritario de su distribución se hiciera fuera de los E.E. U.U., pero en un país del Hemisferio Occidental.

Por coincidir la creación de la Zona Libre de Colón con la legislación norteamericana a que se refiere el párrafo anterior, hubo inmediatamente un número de solicitudes, de firmas norteamericanas, para acogerse a las ventajas que señalaba la legislación de la Zona Libre de Colón, pero en-



Don EDUARDO LANUZA,
Sub-Gerente de la Zona Libre de Colón.



Acto de la inauguración de una placa de bronce con la efigie del General José A. Remón C., en la fachada principal del edificio de la Zona Libre de Colón, por el Excmo. Sr. Presidente de la República Don Ernesto de la Guardia Jr. el 5 de Noviembre de 1956. Esta placa fue obsequiada por Luis M. Charris, gran amigo del inolvidable Presidente Mártir.

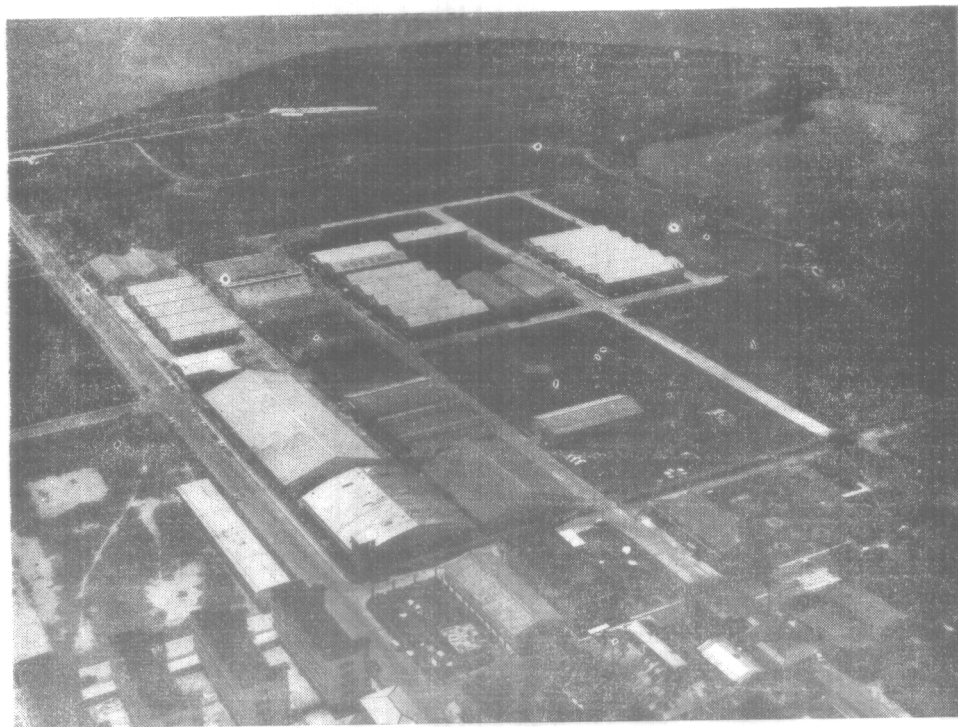
contraron la circunstancia de que todavía dicha institución no había comenzado operaciones.

Había, sin embargo, que aprovechar estas circunstancias en beneficio de la economía nacional y para ello se aprobó la "Ley de Zonitas" que permitía, mediante contratos, la extensión de los privilegios señalados en la ley de la Zona Libre de Colón, a operaciones de distribución internacional que se instalaran en la ciudad de Colón, bajo adecuada vigilancia fiscal. Esta Ley, la No. 27 de Diciembre de 1950, hizo posible la instalación de varias firmas norteamericanas de reconocido renombre mundial, como la Gillette, Coca-Cola, Parke-Davis, Pfizer y Goodyear. Conviene mencionar aquí que la "Ley Zonitas" mantendría vigencia únicamente hasta que la Zona Libre de Colón iniciara operaciones físicas en el área previamente indicada para ello.

En Octubre de 1952 ascendió a la primera magistratura de la Nación

el General José A. Remón Cantera (Q.E.P.D.) y llevaba, entre sus preocupaciones principales, un bien intencionado interés en la recuperación económica de la República y como es natural, entre sus planes acupaba lugar preferente la iniciación de operaciones y desarrollo futuro de la Zona Libre de Colón. Durante su corta gestión presidencial, interrumpida en mala hora para la Patria, se dió a esta Institución Autónoma del Estado un ritmo tal de aceleración, que hizo posible su inauguración oficial en Septiembre 1º de 1954 y un desarrollo halagador que ha continuado hasta la fecha, gracias a que las Administraciones de Don Ricardo Arias E. primero y de Don Ernesto de la Guardia Jr., después han captado las posibilidades de nuestra área de Comercio Intrenacional Libre, como factor de redención económica y han continuado ofreciéndole un apoyo saludable.

Hoy, al cumplirse cuatro años de su inauguración oficial, la Zona Libre de Colón, ha dejado de ser una promesa para convertirse en una halagadera realidad y aun cuando instituciones de esta índole nunca dejan de crecer y desarrollarse, las proyecciones de la Zona Libre ya pueden vislumbrarse.



Vista aérea de la Zona Libre de Colón.



**Oficinas de la Inspección de Aduana, del Avaluador y de Encomiendas
Postales de la Zona Libre de Colón.**

Hace poco tiempo, como compete hacerlo a toda institución celosa de sus manejos, la Zona Libre de Colón, tomó un inventario de sus operaciones. El resultado fue halagador por sobre los cálculos más optimistas. Helo aquí:

1.—Hay en propiedades, dentro del área segregada, una suma que se aproxima a los dos millones de Balboas, de los cuales cerca del 50% corresponde a edificios propios de la Institución.

2.—Los inventarios promedio de mercancías almacenados dentro del área de Comercio Internacional Libre ascienden a cerca de B/. 10,000,000 de Balboas. El valor de las propiedades y de las mercancías almacenadas han hecho de la Zona Libre de Colón, la cuenta de Seguros más importantes del país.

3.—Hay cerca de 500 personas trabajando en planillas permanentes dentro de la Zona Libre de Colón. Los trabajadores eventuales ascienden a otro tanto.

4.—En escasos cuatro años de operaciones se han manejado dentro de la Zona Libre de Colón un total de 139 millones de kilos de mercancía con un valor total de 246 millones de Balboas. Este movimiento ha provocado las siguientes reacciones:

- a) El control desde la Zona Libre de Colón de los mercados de la Zona del Canal y de los barcos en tránsito por el Canal que antes era controlado íntegramente por los Comisariatos Zoneítas.
- b) La reducción considerable de las tarifas de carga aérea desde la Zona Libre de Colón. Conviene dejar constancia aquí que gracias al volumen de carga generado desde la Zona Libre, al aeropuerto de Tocumen es considerado hoy día como el origen de carga aérea más importante de la América Latina, ocupando el 9º lugar en la clasificación Mundial.
- c) La posibilidad, en estudio en estos momentos, de que se considere una rebaja apreciable en las tarifas de flete marítimo sobre la carga que origine en la Zona Libre de Colón.

Apesar de todo esto, la Zona Libre de Colón tiene sus enemigos, como también los tiene toda causa buena y justa. No queremos aquí entrar a discutir si hay o no razón para que se le ataque en la forma injusta en que se ha hecho en ocasiones, preferimos que las cifras estadísticas hablen en lugar nuestro.

De todas maneras hay que destacar una vez más que la Zona Libre de Colón es ya una realidad nacional y que su continuado éxito significa beneficios adicionales para la comunidad, razón de sobra para que todos los panameños de buena voluntad le brinden su cooperación y apoyo.



Edificios 4 y 5 de la Zona Libre de Colón.

LA LUCHA CONTRA EL CRIMEN.

La Matanza de Panamá

Por JOSEPH MILLARD

Versión de Ramon Cotta, hijo.

Su Excelencia Urrutia Añino, Gobernador de la Provincia de Panamá en el Año de Gracia de 1853, se desplomó en su asiento, dejando escapar un lamento de horror. Bajo la ligera capa de sudor, su rostro trigueño tenía el color de cenizas mojadas. Sus ojos saltones se fijaron en la pequeña delegación de norteamericanos situada frente a él.

—¡Madre de Dios! —susurró—. ¿Tienen completa conciencia de lo que proponen, señores? Se le daría a un solo hombre poder absoluto de vida y muerte sobre millares de mis gentes. Ustedes le entregarían un revólver a ese hombre y lo soltarían en Panamá para que matase a quien se le antojase, sin pruebas, sin juicios, y sin que ni siquiera rindiese cuenta de sus hazañas.

—Parece que esa es la única forma que hay —dijo el vocero de la delegación—. Hemos probado otras tácticas sin resultado alguno. Si la idea de un matador lo horroriza a usted. ¿Por qué no se horroriza ante los centenares de delincuentes y asesinos, la escoria de la Tierra, que transitan por el Camino de Cruces, entre Panamá y Porto Bello, cebándose en los

Don José María Urrutia Añino,
Gobernador de la Provincia de
Panamá de 1854 a 1855.



norteamericanos que regresan de las minas de oro de California? A diario se encuentran cadáveres a lo largo del camino. Su gobierno le cobra a cada persona dos dólares como "protección" en su viaje a través del Istmo de Panamá. ¿Qué protección se consigue? Hace meses que no se captura a ningún bandido.

—Pero, señores —protestó débilmente el Gobernador— tratamos de hacer lo mejor que podemos, pero los bandidos son tan numerosos y tan fieros, que...

—Exactamente, ustedes no pueden derrotarlos, pero nosotros sí. El año próximo saldrán veinte millones de dólares de California e intentamos encargarnos de que ni un solo centavo de ese dinero sea robado en Panamá. Un grupo de naciones encabezadas por los Estados Unidos, Inglaterra y Dinamarca, envió una protesta formal a su gobierno en el pasado mes de Enero. Esos países solo consiguieron sendas respuestas corteses y nada más. Ahora resolveremos el asunto de nuestra manera, —y añadió ominosamente—. Preferimos hacerlo con su consentimiento.

El Gobernador se enjugó el sudor que le bañaba el rostro, con manos temblorosas: —¿Ya han seleccionado al hombre?

—Sí. —respondió el vocero—. Usted no sabrá quién es. Sólo nosotros lo sabremos. El podrá contar con dinero abundante y con absoluta libertad para actuar. Los foragidos son perros rabiosos. El los destruirá como se destruye a los perros rabiosos, hasta que los que queden vivos

huyan aterrorizados y no regresen a Panamá. La mayoría de los delinquentes son de otros países, pero si algún panameño colabora con ellos sufrirá la misma condena. No sufrirá ningún inocente, pero ningún culpable podrá escapar. Cuando sea terminado el trabajo, se marchará del país. Ahora nos despedimos de usted, Excelencia.

La delegación se inclinó y se marchó. Uno de los más raros y terribles mecanismos de la justicia había comenzado a funcionar. Nada podría detenerlo ya antes de que terminase de recorrer su ensangrentada senda.

La carrera hacia los yacimientos de oro de California, en el año 1849, lo había echado a andar. Había tres rutas principales para llegar a California. La que cruzaba los Grandes Llanos y las montañas del Oeste norteamericano, era la más directa, pero lenta y resultaba la más peligrosa. Los pieles rojas, las bestias salvajes y las furias de la Naturaleza, causaban enormes estragos en los convoyes de carretas que se arrasaban con lentitud hacia el Oeste. Además, el viaje resultaba demasiado lento. En el corazón de todo argonauta yacía el temor de que los yacimientos de oro pudieran quedar exhaustos antes de que llegase para tomar su parte de las riquezas.

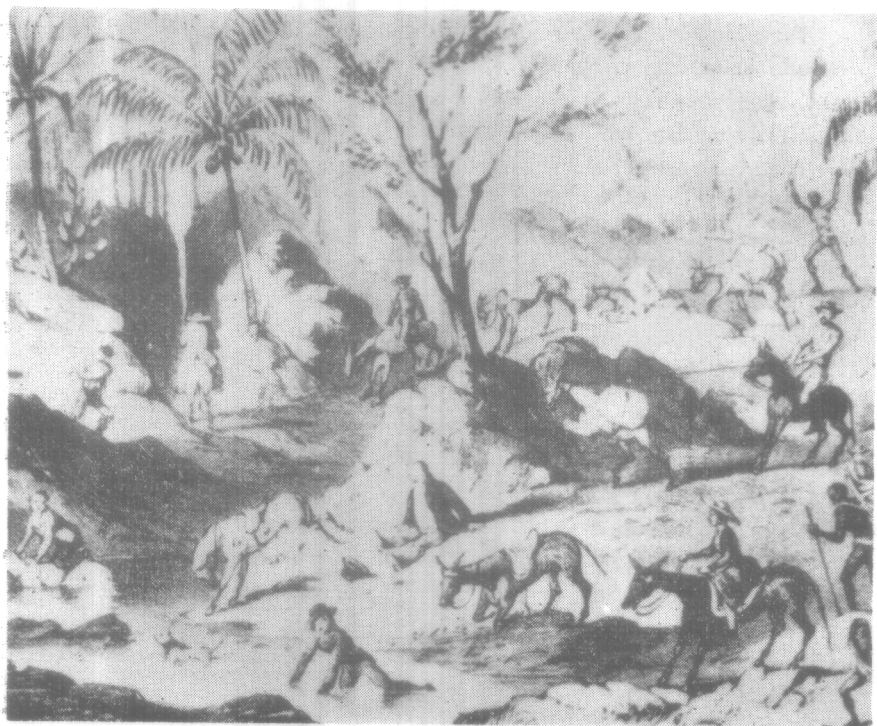
El viaje por mar a través del Estrecho de Magallanes resultaba aún más lento y casi tan peligroso y el costo del pasaje era demasiado alto para la mayoría de los aventureros. El viaje más rápido consistía en viajar por mar hasta Porto Bello, Panamá, en la desembocadura del río Chagres, luego atravesar el estrecho istmo en canoa y a pie, para abordar nuevamente otro buque en la costa panameña del Pacífico. Al principio solamente los nativos robaban a los viajeros y esto podía ser controlado con relativa facilidad. Posteriormente llegaron al territorio los salvajes asesinos de una docena de países, que formaron bandas y construyeron guaridas a lo largo del Camino de Cruces. Casi diariamente era asaltada y robada alguna caravana conduciendo oro y sus guardianes y conductores, asesinados. Tanto el miedo como el soborno, contribuían a evitar que el débil ejército de Panamá realizase una acción determinante. Para un pequeño grupo de norteamericanos, esta situación solamente dejaba una alternativa y ésta, aunque era terrible, fue puesta en ejecución inmediatamente.

Los pasajeros que viajaban en aquel barco, sintieron perder a Rannels en Panamá. El se había convertido con facilidad en el joven más popular durante el viaje debido a su invariable buen humor y vivacidad, su suave voz de tejano y sus modales tranquilos. Abiertamente mostraban preocupación porque un joven de su edad fuese a desembarcar en una ciudad tan turbulenta. Ran pesaba unas 135 libras, tenía cabellos rubios

y ojos azules, además de poseer mejillas sonrosadas como las de un adolescente. Lucía tener unos dieciocho años, aunque en realidad estaba a punto de cumplir los veintitrés.

Ran soportó sus consejos con gran cortesía. Se mostraba algo embarazado cuando los hombres rudos que viajaban en el buque se burlaban amigablemente del revólver que ocultaba debajo de la chaqueta, preguntándole si realmente alguna vez lo había disparado. Creían firmemente que Ran era un joven sediento de aventuras y que usaba revólver para sentirse grande e importante. Por razones de su propia incumbencia, él se restringía de decirle a nadie que había pasado varios años como miembro de los Vigilantes de Tejas y también silenciaba que su habilidad con el revólver lo había convertido en una especie de leyenda, aún entre aquellos hombres que constituían una fuerza legendaria que luchaba en favor de la justicia.

En Panamá, Ran se deshizo de sus compañeros de viaje y en secreto se entrevistó con la misma delegación de norteamericanos que le ha-



...y así sufrían los accidentes del camino de Cruces, en el Istmo de Panamá, los buscadores de oro, rumbo a la anhelada California...

bía dado el ultimátum al Gobernador. Ellos, también, quedaron asombrados por la apariencia del hombre que habían contratado por su reputación, pero mientras hablaban comenzaron a darse cuenta de la dureza que había detrás de sus modales suaves. Ran tenía habilidad para ganarse amigos e inspirar confianza.

—El peor tramo del camino —le dijeron— es el que está entre Panamá a Aspinwall, lugar donde se construye el ferrocarril. Cuando esa línea sea terminada a través del istmo, las cosas serán a la vez mejores y peores. Millares de viajeros pasarán sanos y salvo en el tren, pero en las selvas que éste tendrá que atravesar será un convoy entero que lleve a bordo algún rico cargamento de oro.

Yo me encargaré de eso —respondió Ran— puede ser que me lleve algún tiempo organizarme, pero ustedes pagan para obtener resultados positivos y yo haré todo lo que pueda para que los consigan.

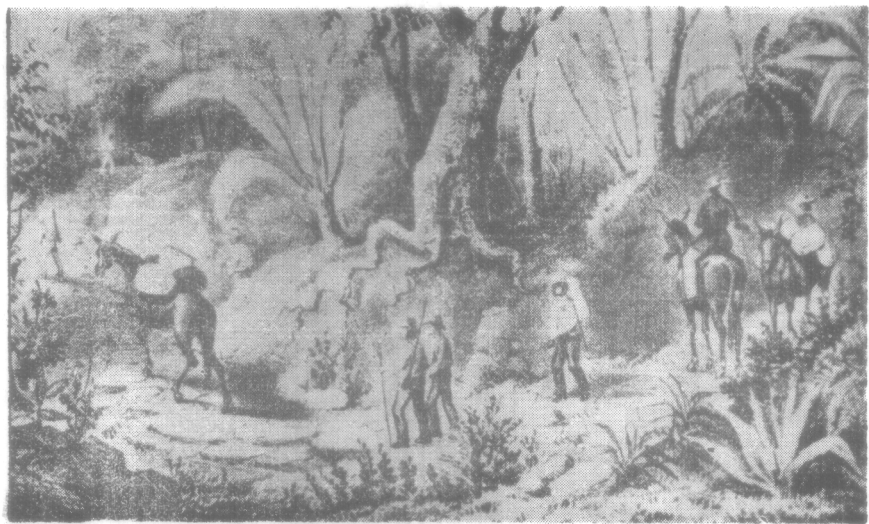
Hágalo a su modo. Gaste todo el dinero que necesite. Utilice los medios que estime conveniente. Tiene completa libertad de acción y lo respaldaremos totalmente, haga lo que haga.

Ran abandonó la reunión y durante casi tres meses pareció estar ocupado solamente en perder el tiempo en las cantinas y en distraer la vista con los paisajes que había a lo largo del camino que cruzaba por las selvas que éste tendrá que atravesar será un convoy entero que lleva presto a pagar la bebida y a escuchar relatos. Se convirtió en figura tan familiar en los barrios bajos, como en los bares, cantinas y elegantes salones de los mejores hoteles, como el Aspinwall. Hasta recorría libremente el hediondo Barrio de Santa Ana. Gradualmente logró ser aceptado en todas partes como un agradable e inofensivo muchacho en busca de aventuras y lo suficientemente despreocupado como para codearse con el peor elemento.

Naturalmente, Ran Runnels hizo cierto número de amistades en todas las esferas sociales. Muchas de éstas eran jamaicanos que frecuentemente lo llevaban en excursiones largas. Otros de sus amigos eran mestizos. También conoció a norteamericanos, vaqueros de Tejas y pistoleros del Oeste que habían ido en busca de nuevas aventuras.

La gente se hubiera asombrado si hubiera sabido la clase de conversación que el sonriente Runnels sostenía con aquellos hombres. Una vez que hubiera estudiado detenidamente a un individuo determinado, haciéndole preguntas al parecer casuales. Ran preparaba un viaje, o cualquier otra excusa, a fin de poder hablarle francamente.

—Hay una organización secreta que está en gestación: Los Guardianes del Istmo. Su finalidad es eliminar el banditaje y los asesinatos a lo largo del Camino de Cruces. Hemos pensado que usted pudiera ser



Con resignación, con estoicismo único, pasaban a través del Istmo de Panamá, a pie o en mulas, los hombres que iban tras las huellas de Sutter, rumbo a la California...

un miembro de la organización. Si se nos une, el salario será lo suficientemente alto para evitar que pueda caer en alguna tentación, pero si nos traiciona, no vivirá lo suficiente para recoger el dinero de Judas.

La mayoría se anexaba a los Guardianes. En un puñado de oportunidades, Ran encontró motivos para dudar del primer juicio que había hecho de un hombre. Como éste estaba ya en posesión de un peligroso secreto, sólo le quedaba una alternativa. Dos hombres daban un corto paseo por la selva y solamente regresaba uno. Ran era de modales suaves, pero implacable cuando tenía a su cargo una tarea que cumplir.

Con el tiempo tuvo a cerca de cien miembros de su nómina generosa, hombres en quienes podía confiar plenamente.

Por las noches ellos le informaban de sus actividades. Los negros circulaban por todas partes en los barrios de color, escuchando rumores, cumpliendo órdenes y facilitando los contactos. Los forajidos tenían aliados en todas las esferas sociales, quienes les proporcionaban las noticias concernientes a los embarques de oro y ayudaban a prepararles la trampa a las víctimas. Gradualmente, en la mente de Ran se fue dibujando el proyecto de una inmensa operación. Los mestizos informaban sobre las actividades entre sus iguales y los norteamericanos, reportaban acerca de las clases más elevadas.

—Asegúrense completamente. —Ran les decía una y otra vez.— No

me traigan suposiciones. Cuando demos el golpe, no habrá oportunidad de corregir un error.

Mientras tanto, proseguían los robos y los asesinatos. La delegación aguardaba con paciente confianza. Entonces, una noche oscura y tormentosa, toda la organización secreta se reunió para recibir órdenes y luego se fraccionó en pequeños grupos. La gran batida estaba en marcha.

En un sucio callejón del Barrio de Santa Ana, un pequeño mestizo escuchó que alguien tocaba a la puerta de su vivienda. Se asomó para ver qué nuevo proyecto criminal necesitaba sus servicios. Seis sombras brotaron de la oscuridad de la noche y una mano callosa ahogó su grito de alarma. En silencio total sus manos fueron atadas a sus espaldas. Entonces, retorciéndose y gimiendo de terror, fue levantado en peso y llevado en la oscuridad. En otras calles y callejones, otros grupos similares llevaban su cargamento humano.

En el Camino de Cruces, bandas de forajidos de una docena de nacionalidades, escucharon silbidos misteriosos que brotaban de la oscuridad de la noche, y salieron apresuradamente de sus guaridas para encontrarse con lo que creían que sería un mensajero con la noticia de un nuevo embarque de oro. No hubo tiroteo y casi ningún grito. Las figuras silenciosas simplemente se les abalanzaban, los ataban y amordazaban, y se los llevaban.

En Panamá, el propio Ran Runnels encabezó un grupo que penetró en una de las mansiones más elegantes de la ciudad. Como duendes entraron en las silenciosas alcobas de donde emergieron con siluetas envueltas en ricas sedas y brocados. En ningún momento ni en ninguna parte se produjo alarma. Los secuestros fueron realizados con suprema habilidad en todos los casos.

Finalmente los grupos comenzaron a reunirse a la sombra de la vieja muralla de la ciudad. Aquí otros hombres estaban emplazando silenciosamente una armazón de madera encima de la muralla. Cuando terminaron el trabajo, se marcharon a sus hogares.

A la mañana siguiente, la ciudad de Panamá quedó sorprendida ante una horrible escena. Colgando de una inmensa horca que había encima de la muralla, treinta y siete cadáveres se balanceaban a impulsos de la brisa matutina. Algunos eran chacales de los barrios bajos; otros, los más feroces asesinos que infectaban el Camino de Cruces. Muchos pertenecían a los principales círculos sociales. Pero todos eran hombres a quienes Ran Runnels les había probado, fuera de toda duda, su participación en los asaltos y asesinatos que se realizaban en el Camino.

Toda Panamá se estremeció en una ola de terror. Ran recorrió las cantinas y antiguos lugares de reunión, hallándolos casi vacíos. Los pocos

hombres que allí había, hablaban asustados en voz baja, tratando de adivinar quién podría haber cometido tan terrible hazaña. Ni una palabra había sido publicada, ni una advertencia había sido hecha, pero todos sabían exactamente el motivo por el cual todos aquellos cuerpos colgaban de las horcas.

Al llegar la noche, hubo un éxodo generalizado de asesinos y pandilleros, que huían aterrorizados de sus guaridas en los barrios bajos. A lo largo del Camino de Cruces los antiguos campamentos de foragidos estaban vacíos. Las caravanas de mulas llevando oro, se movían ahora a través del Istmo sin hallar siquiera la menor insinuación de amenaza.



... así venían al Istmo, individuos de la más baja extracción social, asiduos concurrentes de garitos y tabernas, dueños de todos los vicios, y capaces de los actos más reprobables..

La delegación felicitó a Ran por el trabajo que él había realizado tan secretamente tan bien:

—Fue hecho a la perfección. El secreto que envuelve al asunto los tiene aterrorizados. La guerra abierta sólo hubiera hallado una oposición armada. De este modo, sólo los culpables han sufrido.

Temo que la cosa no haya terminado aquí —respondió Ran con voz suave.— Muchos han huído, pero otros solamente están escondidos y muchos más habrán de venir. Una lección no será suficiente. Pronto se convencerán de que la amenaza ha terminado y comenzarán a tornarse osados nuevamente. Me quedará por aquí durante algún tiempo.

Hubo dos meses de tranquilidad. Gradualmente el miedo expiró y los delinquentes comenzaron a salir de sus escondites. Unos pocos robos ocurrieron sin aparente castigo y casi de la noche a la mañana, los espías de Runnels comenzaron a informarle sobre una nueva organización criminal mayor y más asesina que la otra.

Ran asintió: —Entonces ha llegado el momento de dar otro golpe. Creo que ya es hora que lo demos. Seremos más implacables para asegurarnos de que terminaremos aquí el asunto.

Los grupos que se reunieron a la sombra de la muralla aquella segunda noche de terror, llevaban esta vez tres o cuatro víctimas, hasta que lucía que la mitad de la ciudad de Panamá estaba allí. Ran revisó los prisioneros, estudiándolos cuidadosamente. Aquí y allá movía la cabeza afirmativamente y señalaba con el índice. El prisionero era sacado inmediatamente de la fila y conducido hasta la horca que descansaba sobre la muralla. El resto de los prisioneros fue llevado hasta un lugar desde el cual podía ver la ejecución en masa. En aquella oportunidad, más de cincuenta cuerpos humanos se retorcían y balanceaban, colgados de las sogas.

Cuando la matanza terminó, Ran se encaró con los pálidos y aterrorizados sobrevivientes:

—Tienen de plazo hasta el amanecer para irse de Panamá. Cualquiera que sea visto aquí mañana, o quien de ustedes se atreva a regresar, será ahorcado inmediatamente sin juicio previo ni tardanza alguna. ¿Está claro eso?

Dió una señal para que libertaran a los prisioneros y éstos huyeron a toda carrera hacia la libertad. Cuando llegó el día, un cuidadoso registro en todos los escondites y guaridas hizo saber que ningún miembro de la banda quedaba en Panamá. Algunos estaban en la bahía, tratando desesperadamente de obtener pasaje para California. Otros huían horrorizados hacia Porto Bello, en la otra costa. Otros, unos cuantos, sencillamente huyeron a la selva y no fueron vistos más.



...los individuos que atravesaban el territorio del Istmo de Panamá, en su mayor parte, pertenecían a las clases más degradadas de la sociedad, pues casi todos eran groseros y brutalmente amenazadores, que vivían ebrios...

Solamente un hombre se atrevió a desafiar el edicto y regresó a Panamá. Era Jim Holmes, un apuesto y simpático norteamericano poseedor de los modales de un caballero y de la moralidad de un lobo hambriento. Aquella mañana Jim tomó un barco que iba a California y a los pocos meses estaba cumpliendo en la cárcel de San Quintín cadena perpétua por asesinato y robo de mineros de oro. Pero Jim tenía una mente astuta y no tenía la intención de languidecer en la prisión de nadie.

Pronto estableció contacto e hizo llegar un recado al Gobernador de California, el borracho de cervezas y malversador Bigler:

—Antes de venir a California me iba bien en el Camino de Cruces —decía el mensaje enviado.— Me iba tan bien, que tuve que dejar \$200,000 oro enterrados en un lugar de la selva que sólo yo podré encontrar. Si usted me deja salir para rescatarlos, le entregaré la mitad y le prometo que jamás regresaré a California.

Al poco tiempo Bigler había firmado un perdón y Jim estaba viajando hacia Panamá. No obstante, iba acompañado constantemente por un rudo guardaespaldas enviado por el Gobernador para asegurarse de que no lo traicionaría. Una vez a bordo del buque, Jim se convirtió en el hombre más popular entre los pasajeros y constantemente era agasajado.

Cuando llegaron a Panamá, el guardaespaldas ya había comenzado a confiar demasiado. Cuando descendían juntos a tierra, Jim se volvió sorpresivamente esgrimiendo un revólver.

—No se ocupe, amigo —le dijo a su custodio.— No se va a quedar en Panamá. Va a regresar en ese mismo barco para decirle a su estúpido hijo de perra que alquiló sus servicios, que vuelvo a mis negocios en el Camino de Cruces. La próxima vez que cruce por Panamá en uno de sus viajes a Nueva York, lo estaré esperando para pagarle el tiempo que me mantuvo en la prisión.

El enfurecido guardián no tuvo más remedio que aceptar. Jim se desvaneció en el bajo mundo de Panamá y poco después comenzaron a ser vistos numerosos cadáveres degollados a lo largo del Camino de Cruces. Por espacio de algún tiempo nadie lo molestó.

Entonces, una mañana, Jim alzó la vista para ver a Ran Runnels parado al borde del claro de la selva, sonriendo ampliamente.

—Te hice una advertencia, Jim. Siento mucho que no hayas creído necesario acordarte de ella.

—¡Maldito! —rugió Jim, simulando una terrible furia para ocultar el súbito escalofrío que lo había recorrido. — Nadie puede decirle a Jim Holmes donde tiene que ir o dónde no puede ir.

Su revólver estaba junto a la manta, a una pulgada de su mano. Ran permaneció tranquilamente de pie, dejando caer descuidadamente las manos vacías. Jim recogió el revólver. Hubo una pequeña conexión y una detonación. Ni la mano de Jim ni su revólver volverían a ser lo que habían sido.

Ran hizo un molinete con su revólver de seis tiros, moviendo tristemente la cabeza.

—No voy a matarte, Jim. Eso sería demasiado fácil. No puedo per-

mitir que nadie desafíe mis órdenes, de modo que voy a dar un escarmiento ejemplar contigo.

El juicio de Jim Holmes en Panamá fue el primer indicio que la gente tuvo de que Ran Runnels era el terror invisible que había atacado con tanta furia. Ya no era necesario guardar más el secreto. El testimonio de Ran hizo posible que Jim Holmes fuese castigado con la peor sentencia de todas: cadena perpetua en las brutales minas de Columbia. Nunca más hombre alguno habría de atreverse a desafiar una orden de Ran Runnels. Y nunca más las pandillas de asesinos habrían de infectar el Camino de Cruces.

Ran había cumplido su promesa pero a pesar de ello permanecía en Panamá. Se había enamorado del país y su gente, pero de manera más personal, se había enamorado de la hermosa sobrina del gobernador Añino. El rápido y eficiente cumplimiento de su terrible tarea había impresionado tanto al Gobernador, que éste aceptó a Runnels para que formase parte de la familia y el matrimonio constituyó una fiesta de gala en Panamá.



...Tenía cabellos rubios y ojos azules... Lucía tener unos dieciocho años, aunque en realidad estaba a punto de cumplir veintitrés.

Para Ran Runnels hubo otro momento terrible de explosiva violencia. Desde hacía tiempo habían surgido problemas entre los españoles y las hordas de arrogantes y ruidosos norteamericanos que cruzaban por su pacífico territorio. El 6 de Abril de 1856, la tensión existente había estallado en la forma de una matanza de espantosas proporciones.

Comenzó con un incidente insignificante. El buen tiempo había atraído a numerosos buques en ambos puertos, los cuales transportaban a personas que iban o venían de los yacimientos de oro. Aquel día en particular, se calculaba que más de 3.000 personas estaban en Panamá haciendo los trámites para trasladarse de un puerto al otro. Por el momento, la ruptura de un tren mantenía inmovilizadas y centenares de pasajeros se agrupaban en la primitiva estación ferroviaria.

Un buscador de oro irlandés, cogió uno de los melones de agua que un nativo estaba vendiendo y como estaba medio borracho y con ánimos de buscar pleitos, se negó a pagarlo. El vendedor trató de recuperar su mercancía y el irlandés lo derribó de un golpe. El vendedor extrajo un cuchillo y algunos norteamericanos acudieron en ayuda de su compañero de viaje. Varios nativos se dispusieron a proteger a su compatriota y comenzó una violenta reyerta.

El desorden público atrajo a una muchedumbre al escenario de la riña y alguien comenzó a gritar "¡Matemos a los filibusteros!" Los cuchillos relampaguearon al sol y se escucharon varias detonaciones. Los hombres, mujeres y niños que aguardaban al tren, se vieron cogidos en medio de la ola de violencia. El derramamiento de sangre aún no se había generalizado, pero la muchedumbre estaba perdiendo rápidamente todo control.

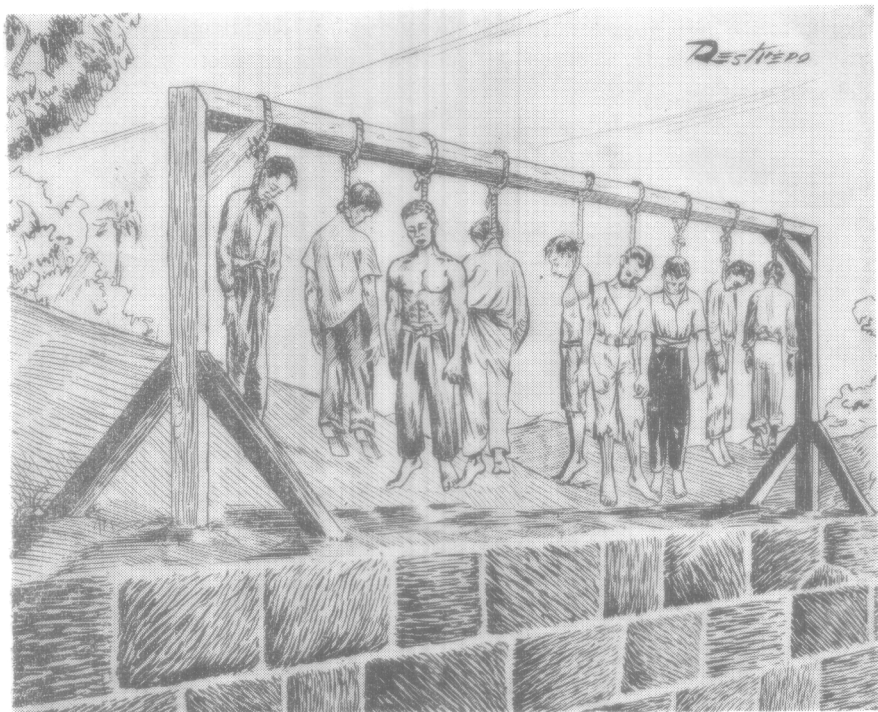
Súbitamente los nativos vociferantes abrieron una brecha en sus filas para que una silueta delgada pudiese pasar. Nadie lo molestó y muchos se apartaron atemorizados a pesar de que aquel hombre caminaba con calma, sereno y con las manos vacías. Una voz partió del grupo de viajeros:

—¡Ran Runnels! —Se trataba del mayor Horace Bell, un viejo amigo y ex-compañero de la época en que Ran estaba con los Vigilantes de Tejas.

Ran le estrechó la mano y manifestó suavemente:

- El infierno está a punto de soltarse, Mayor. Si no conseguimos llevar a estos norteamericanos a lugar más seguro, habrá un derramamiento de sangre inocente. Prepárese para extraer rápidamente el revólver y sígame.

Se volvió sobre sus pasos y caminó directamente hacia un hombre gigantesco que parecía ser el líder de la muchedumbre. Sonriendo agradablemente, Ran dijo:



Colgando en una inmensa horca que había encima de la muralla.

—Don Diego, es necesario que su gente se aparte un poco para poder sacar de aquí a la mía, lejos de este problema. ¿Será amable y les pedirá que nos abran paso?

El Mayor Bell nunca pudo saber exactamente cómo sucedió, pero de buenas a primera Ran estaba apretándole con su revólver la boca del estómago al gigantesco individuo y su mano izquierda lo sujetaba firmemente por el cuello de la camisa. Por un instante pareció que el individuo iba a hacer resistencia. Entonces la furia que había en sus ojos se apagó y pronunció una orden en español. Lentamente, de mala gana, la muchedumbre se apartó.

—Esto sólo ha sido el inicio de la violencia —Ran les dijo a los norteamericanos.— Se ha estado gestando desde hace demasiado tiempo para que vaya a terminarse ahora sin derramamiento de sangre. Síguenme hasta un lugar desde el cual podremos defendernos.

En aquel momento llegó el Gobernador a la cabeza de sus tropas. Ante la amenaza de sus mosquetes y bayonetas, la muchedumbre enardecida abrió una brecha mayor. Algunos norteamericanos avanzaron pa-

ra unirse a Ran y al Mayor Bell. Muchos otros decidieron quedarse en la estación ferroviaria, seguros de que las tropas los protegerían hasta que el tren partiese.

—Temo por ustedes —les dijo Runnels.— Ustedes son quienes tienen que adoptar una decisión, pero yo les aconsejaría que viniesen conmigo.

Mientras conducía a su grupo de norteamericanos por las calles, a sus espaldas comenzaron a escucharse disparos y gritos. Varios grupos que llegaban corriendo para unirse a la muchedumbre, abrieron fuego sobre los fugitivos. Ran y el Mayor Bell abrieron fuego, derribando a algunos atacantes mientras corrían. En el Hotel Aspinwall se unieron a otros norteamericanos y pusieron barricadas en las puertas para resistir un sitio que duró toda la noche.

Hubo muertos y muchos heridos, pero su número fue exiguo en comparación con el de los que cayeron en la estación del tren y en las calles. Cuando los amotinados, libres del terror que les imponía la presencia de Runnels, atacaron a los norteamericanos, la confusión se generalizó. Aquellos norteamericanos que tenían armas, abrieron fuego y accidentalmente hirieron a algunos soldados. Esto fue suficiente para eliminar toda restricción. Las tropas se unieron a los amotinados y comenzaron a tirar contra los norteamericanos.

Los viajeros que sobrevivieron se refugiaron en la estación del tren, cuyas débiles paredes eran atravesadas fácilmente por las balas. A las tres de la madrugada, cuando los últimos defensores hubieron caído muertos o gravemente heridos, la muchedumbre penetró en el edificio y la matanza fue horrible. Cerca de trescientas personas murieron y varios millares recibieron heridas antes de que la ola de violencia se aplacara.

En el hotel, Ran peleó durante toda la noche y su temible puntería hizo posible que la mayoría de las personas que se refugiaron allí pudiesen salvar la vida. Al llegar la mañana el tiroteo había terminado. El revólver de Ran había actuado por última vez para eliminar el odio y la violencia.

Posteriormente sirvió de auxiliar en una indagación realizada por el cónsul norteamericano y ayudó a presentarle al gobierno reclamaciones ascendentes a \$450,000 oro, que la turba había robado. Cuando las cosas quedaron resueltas, guardó su revólver y finalmente llevó a su joven esposa a Nicaragua, pues había sido nombrado cónsul de San Juan del Sur.

No se sabe cuántos hombres fueron muertos por el revólver de Ran Runnels o a causa de las órdenes dadas por él. Ran nunca mencionó si llevaba la cuenta y jamás pareció ser molestado por su conciencia.

Durante un corto período había sido contratado para eliminar a un grupo de bandidos y asesinos. Había hecho ese trabajo silenciosamente, con eficiencia y en forma completa. Cuando esa tarea hubo terminado, realizó su trabajo como diplomático con la misma eficiencia. El suave matador procedente de Tejas no se mostraba ni alegre ni triste, por no tener que matar a nadie más.

BOHEMIA

Revista Semanal ilustrada fundada en 1908

La Habana, Septiembre 11 de 1957.

Dr. Carlos E. Mendoza

Apartado No. 21

Panamá, R. de P.

Estimado Dr. Mendoza:

Es verdadero motivo de satisfacción para nosotros, autorizarlo a reproducir en su prestigiosa Revista "LOTERIA", el artículo del señor Joseph Millard (versión de Ramón Cotta Jr.) publicado en Bohemia — edición de Agosto 25.

Sin otro particular, aprovecho la ooprtnunidad para hacerle llegar un afectuoso saludo, y quedar muy atto. y S.S.

(Fdo.) MIGUEL ANGEL QUEVEDO

Director

RAN RUNNELS EN LA RUTA DE "EL DORADO"

Por ERNESTO J. CASTILLERO R.

I — EL ISTMO EN 1854.

La revista cubana BOHEMIA del 25 del último Agosto publicó, traducido del inglés, un artículo un poco truculento titulado "LA MATANZA DE PANAMA", en que su autor Joseph Millard, apoderándose de un personaje que tuvo cierta actuación notoria en el Istmo a mediados del siglo pasado, nos lo presenta ahora como prototipo del hombre aventurero, mercenario y carente de piedad, que fue, tal cual sale retratado en el artículo aludido, deshonor de la sociedad de su época más que su benefactor como lo estimaron sus contemporáneos.

Ya otro autor, Peter Bourne, en su libro "EL CAMINO DEL ORO" (Zig-Zag, Santiago de Chile, 1954), hizo cosa semejante ofreciéndonos una narración novelada de las hazañas de Runnels en el Istmo.

Según estos escritores, Ran Runnels, que ostentaba el grado de Coronel, pertenecía a los "Texas Rangers", un cuerpo de caballería organizado para vigilar la región de Texas, en los Estados Unidos, y había sido traído expreso a Panamá, bajo contrato, por el ingeniero jefe de la construcción del Ferrocarril transistmico, Coronel George McMaster Totten. Como tales afirmaciones se apartan bastante de realidad, aprovechamos con gusto las páginas de la revista LOTERIA para dar a conocer, con base de documentos insospechables, la genuina historia de los acontecimientos de Panamá a mediados del siglo pasado, cuando era la ruta de "El Dorado", que protagonizó Runnels con objeto de hacer imperar el orden y la seguridad de tránsito en el camino interoceánico amenazado por cuadrillas de bandoleros que asaltaban a los viajeros y los asesinaban para robarles. Pero procedamos por el principio.

II — DESVENTURAS DE UN GOBERNADOR.

En el año de 1853 la República de la Nueva Granada se dió una nueva Constitución por la cual reconocíase la autonomía de las Provincias. En tal virtud los gobernantes de éstas debían ser elegidos en comicios populares, y en la Provincia de Panamá fue favorecido con la mayoría del sufragio liberal (1342 votos) el caballero natariego don José María Urrutia Añino — quien era Senador de la República —, contra su contendor, el conservador don Bernardo Arce Mata, Gobernador en funciones de Panamá, que fue derrotado, no habiendo recibido más que 916 votos. El elegido gozaba, no cabe duda, de mucha popularidad en el interior, pero los ciudadanos capitalinos, afectos en mayoría al señor Arce Mata, que era de la capital, lo repudiaban por “orejano”, como se diría entonces, y no sólo no le dieron el voto sino que miraron con disgusto su elección para el gobierno y se propusieron manifestarle ostensiblemente su desafecto.

El nuevo mandatario debía encargarse del poder el 1º de Enero de 1854, y la primera manifestación de repudio que los políticos adversos de la capital le hicieron, fue darle una serenata de latas. En efecto, la noche del 18 de Octubre de 1853 se reunió en la Plaza de Catedral un numeroso grupo de manifestantes que empezó el escándalo tocando latas, disparando voladores y quemando cohetes ante la casa del señor Urrutia Añino, Gobernador electo, que había llegado a Panamá para concurrir,

Ingeniero George McMaster Totten, Superintendente del Ferrocarril de Panamá, iniciador de la Junta de Vigilancia y de la Policía de Runnels.



como Diputado que era, a las sesiones de la Asamblea Legislativa. Los inquilinos de la casa que ocupaba la familia Urrutia respondieron a la bulliciosa demostración derramando a su vez agua desde los balcones sobre los manifestantes, arrojándoles cajones y los pots con tierra de los sembrados. Como la cosa se estaba poniendo seria y en esa especie de guerra tomaron parte, no solo la familia del caballero objeto de la cerrada, sino todos los habitantes de la casa, que era la de don Mariano Arosemena, alguien propuso a los alborotadores marchar hasta la residencia del candidato derrotado, señor Arce Mata, a darle vivas, lo que la gente hizo. Así se evitó una tragedia.

Pero el suceso, que relata con detalles EL PANAMEÑO, fue sintomático. La actitud hostil del pueblo de Panamá, presagiaba una era difícil para el nuevo mandatario, cuyo gobierno iba a iniciarse pronto bajo auspicios nada satisfactorios. Por otro lado, el régimen no ofrecía garantías de ninguna naturaleza. La guerra que se desarrolló en la Nueva Granada en 1854, hizo que el gobierno nacional retirara del Istmo las tropas que lo guarnecían, quedando las Provincias istmeñas sin la garantía de la fuerza pública. Esta posición indefensa fue aprovechada por los maleantes que desataron sobre el país el más alarmante bandolerismo, sobre todo en el camino transístmico y en las ciudades terminales de Panamá y Colón. Eran los tiempos en que la Compañía del Ferrocarril, ansiosos sus directores de dar fin a éste, traían para las obras gentes de todo el mundo sin preocuparse de su condición moral. El paso del oro que se extraía de las ricas minas de California despertaba la ambición de muchos malhechores, quienes consideraban más fácil robarlo a sus poseedores que irlo a buscar tan lejos. El camino de Cruces constituyó el mayor peligro para la seguridad de los viajeros. Partidas de saltadores infestaban la región haciendo más peligrosa cada día aquella ruta inevitable. Con tales hechos el espanto se apoderó del ánimo de los panameños. Se agravaba tan trágica situación que producían los frecuentes asaltos a mano armada con los asesinatos y los robos dentro de la misma ciudad desguarnecida y expuesta a la rapiña de los maleantes que la infestaban igualmente.

El Gobernador Urrutia Añino, confundido, sin medios para remediar dentro de la legalidad el caótico estado de la inseguridad social; con un tesoro público empobrecido; sin poder contar con rentas para subsanar las más perentorias necesidades del gobierno, ni éste disfrutar de crédito en el comercio local, y rodeado de un ambiente de hostilidad marcadamente visible de parte de los ciudadanos de la capital, ya en Junio, seis meses después de haber asumido el poder, dejó entrever su propósito de abandonarlo en un *Manifiesto* que hizo circular en hoja suelta, donde se pronunciaba contra la hostilidad a su persona harto

visible en el ambiente panameño, para cuyos habitantes - declaraba - no debía de haber Gobernador alguno que no fuese nativo de la ciudad. Considerándose impotente para hacer frente al estado de cosas, y para remediar las condiciones precarias del país, donde el desorden imperaba, anunció que dejaría el puesto a que había sido elevado por la voluntad mayoritaria de sus conciudadanos.

Efectivamente, así lo hizo en el mes de Noviembre siguiente, en que pretextando una visita oficial a los pueblos del interior se ausentó de Panamá y se recluyó en la ciudad de su nacimiento, Natá, junto con su familia, abandonando el mando de la provincia, que quedó al garete porque nadie quería hacerse cargo del mismo. La separación prolongada del jefe del Ejecutivo de la sede del gobierno, trajo graves consecuencias para la administración. "Los negocios gubernativos - dice *"La Estrella de Panamá"* del 25 de Enero de 1855 - después de dos meses de ausencia del Gobernador, no se despachan o se despachan a destiempo, el desorden aumenta y la capital permanece sometida a todos los peligros de una verdadera y completa acefalia. Porque es necesario que se sepa que, aunque las disposiciones vigentes previenen que en ausencia del Gobernador por causa de visita, el Jefe político del Cantón capital despache los negocios urgentes y de carácter local, el señor Gobernador se ha dado sus trazas para burlar esas disposiciones, ya declarando incompetente a dicho Jefe político para despachar los negocios que él no quiere que despache, ya ordenando a la Administración de Correos que todos los pliegos de correspondencia que vengan rotulados a la gubernación se le remitan directamente a él"...

Su defección del cargo para que había sido elegido, acabó por dar motivo para un proceso que se le instauró ante el Poder Ejecutivo nacional, y el 19 de Mayo de 1855, según la *"Gaceta Oficial"* de Bogotá de la misma fecha, fue suspendido del ejercicio de sus funciones por Resolución del Presideste de la República, don Manuel María Mallarino, "alegando -- dice Gustavo Arboleda -- para decretar esa suspensión, que el primer magistrado panameño demostraba negligencia en el cumplimiento de sus deberes oficiales, que pasaba el tiempo en Natá con su familia pretextando visita a los pueblos de la provincia, que había dictado providencias que aunque tenían por objeto la seguridad de los presos de las cárceles y la aprehensión de los criminales, no merecían la aprobación del Gobierno nacional". (HISTORIA CONTEMPORANEA DE COLOMBIA por Gustavo Arboleda, Tomo IV, capítulo XXIV). La Corte Suprema de Justicia fijó esa suspensión en tres meses. Urrutia Añino retornó después a Panamá para ocupar una curul como diputado a la Asamblea Legislativa del Estado.

“Añino - dice Simón Maldonado en un interesante folleto que publicó en 1883 bajo el título de “ASUNTOS DE PANAMA” — fue un hombre honrado i mui amigo de la justicia; pero no gozaba de simpatía en la ciudad, i viéndose varias veces desairado, ofendido y ridiculizado, no quiso sufrir más, i con el pretexto de hacer una visita oficial en el interior del Estado, abandonó el puesto i se metió en su casa situada en el interior”.

III - URRUTIA AÑINO Y RAN RUNNELS.

En el año de 1854, cuando la explotación de *El Dorado* California no entró en su apogeo y el traslado del oro desde el Oeste de los Estados Unidos se hizo intenso, todavía el Ferrocarril de Panamá no estaba concluido y la Compañía bregaba con tesonero empeño por darle fin a las obras cuanto antes. Era frecuente que sus trabajadores, atraídos por el sueldo de la fácil adquisición del precioso metal en las ricas minas norteamericanas, abandonasen el trabajo para irse también a California y la terminación del ferrocarril sufriese sensible demora.

Al Istmo de Panamá aflúan periodicamente millares de aventureros desde las cuatro partes del globo, por ser esta ruta la más fácil de cruzar, y en tanto que los unos se dirigían a la costa pacífica de norteamérica para tentar fortuna, los que la habían hecho allá regresaban opulentos, o al menos satisfechos con el oro que habían logrado reunir, para reintegrarse a sus hogares. Estos constituían un sueldo muy apetecido para los vagos y los desalmados que, estacionados en el Istmo por no poder o no querer continuar el largo viaje a *El Dorado*, hallaron más expedito robar a mansalva a los desprevenidos o indifensos mineros que conducían el producto de su economía o su trabajo. El bandolerismo, pues, se enseñoreó de Panamá. El asalto a los viajeros de la ruta interoceánica, el robo en las ciudades de Panamá y Colón, los asesinatos, los atropellos y toda clase de vejámenes fueron cosa corriente por desgracia, de manera que en esa época se sufría una constante zozobra porque la vida se tenía en perenne peligro y los bienes estaban a merced de los audaces malhechores. Era positivamente horrible la existencia en Panamá.

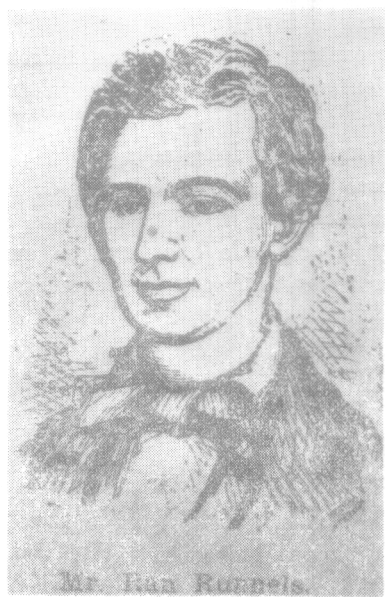
En Colón los extremos llegaron a tal punto que los vecinos extranjeros se reunieron en un mitin y determinaron nombrar un Comité de Vigilancia de siete individuos, que obrando secretamente, hiciesen justicia por sí en protección de sus intereses, y castigasen como pudiesen a los malhechores sin tener en cuenta las leyes del país. Como primera medida este Comité determinó que los comerciantes extranjeros dejaran de

pagar al Erario público toda contribución como represalia contra el Gobierno por la falta de protección a sus propiedades.

El Cónsul de los Estados Unidos en Colón elevó entonces al Gobernador Urrutia una queja formal sobre la intranquilizante condición en que se vivía allí, donde los empleados oficiales habían abandonado sus cargos, renunciando en masa porque no se les pagaban los sueldos y dejando la ciudad en un estado de anarquía alarmante y al arbitrio completo de los delincuentes que la infestaban, e hizo presente que de prolongarse el caótico estado de cosas, él pediría a su gobierno que hiciese desembarcar una fuerza americana para proteger la vida y las propiedades de sus connacionales.

Confesó el Gobernador su impotencia para remediar el mal señalando, imperante por igual en las ciudades de Panamá y Colón, porque no disponía de la fuerza pública suficiente para dar protección a los ciudadanos, ni con dinero para pagar a los empleados de la Provincia.

Fue en estas circunstancias cuando el ingeniero en jefe del Ferrocarril, Coronel Totten, en resguardo de los intereses de su empresa propuso al Gobernador Urrutia Añino organizar por cuenta de ésta una policía especial que estuviera bajo el control de una Junta de Vigilancia formada por un grupo de comerciantes de la plaza, cuya especial y única misión sería restablecer la tranquilidad social en las ciudades de Panamá y Colón, y ofrecer protección y seguridad a los viajeros en el camino de



Fotografía tomada del "Compendio de la "Historia de Panamá", por Arce y Sosa, Tomo II, año 1940, página 472.

Cruces. Esa policía obraría bajo las órdenes inmediatas del Coronel Ran Runnels, con quien colaborarían los señores Carlos Záchrisson y Gabriel Neira.

Sin arredrarse ante el peligro, ni temer a las amenazas de los criminales, Runnels se mostró enérgico y decidido en su peligrosa misión, castigando con mano dura a los delincuentes que se pusieran fuera de la ley, aprisionando a los que alteraran el orden, desterrando a los elementos peligrosos y, por último, ahorcando sin fórmula de juicio a los criminales empedernidos, hasta limpiar las ciudades terminales y los pueblos a lo largo de la vía férrea, de bandidos, con lo cual la seguridad volvió al Istmo y la normalidad se restableció entre sus habitantes. Fue cierto que en los procedimientos drásticos de la policía de Runnels se obró al margen del Código Penal y que fueron aplicadas las más severas sanciones sin recurrir a los tribunales, pero también es verdad que sólo así, actuando con rudeza y rapidez pudo restaurarse el orden y volver al Istmo a la tranquilidad corriente. Por otro lado, ni Ran Runnels ni sus asociados en esta peligrosa empresa procedieron arbitrariamente, sino que obraron con la debida autorización del Gobernador, como lo demuestra la siguiente credencial expedida por este funcionario.

“GOBERNACION DE LA PROVINCIA. Panamá, a 21 de Julio de 1854. “Se concede amplia y bastante autorización a los señores G. M. Totten, H. H. Moore, Gabriel Neira, Ran Runnels y Carlos Záchrisson para que organicen y armen a las personas que merezcan su confianza, a fin de perseguir y capturar a los asesinos, ladrones y demás saltadores que se hallan entre los distritos parroquiales de Calidonia, Cruces y Gorgona y el Ferrocarril, auxiliándose con el Vigilante Mayor de Policía u otros empleados designados por la Gobernación, y procediendo en todo caso y con valor y energía, de modo que los malhechores no puedan escaparse ni aún por medio de la fuga u oponiendo resistencia; y el empleado que haya de auxiliar a los que vayan a aprehender a los indicados delincuentes, se arreglará a los dispuesto en el artículo 51 de la ley 2ª, parte 3ª, tratado 1º de la Recopilación Granadina sobre Policía general. (fdo.). JOSE M. URRUTIA AÑINO”.

La anterior autorización fue confirmada cinco meses más tarde por el Jefe Político local, con funciones de Gobernador interino, como consta en la certificación que se va a leer:

“*El Jefe Político en ausencia del Gobernador.*—Panamá, Diciembre 2 de 1854. En virtud de la autorización concedida por el señor

Gobernador de la Provincia el 20 de Noviembre y en uso de la facultad conferida por la Ordenanza del 19 de Octubre, autorizo al señor Ran Runnels para que con la guardia haga patrullas nocturnas y capture a todas las personas que estén perturbando el orden público o que se encuentren sospechosas a deshoras de la noche por las calles. Esta orden comprenderá las parroquias de San Felipe y Santa Ana. (fdo.) F. A. HURTADO”.

Pocas semanas después de comenzar a actuar la policía de Ran Runnels en el Istmo, ya la prensa de Panamá elogiaba su acción efectiva contra el bandolerismo. El “*Star and Herald*” decía: “Cuando apenas podía darse un paso sin esperar una puñalada; cuando no podía caminar en la ciudad a las 8 de la noche sin resolverse a disputar la vida al primero de mil malhechores que la cruzaban; cuando se cometían cinco y seis robos dentro de la misma población y el gobierno no ofrecía ya ni un resto de esperanza de mejorar la situación de los vecinos, la Compañía del Ferrocarril vino en auxilio de la sociedad con hombres y con dinero”.

Esa fue la obra de Ran Runnels en 1854 que salvó —un poco arbitraria, y tal vez despiadadamente, lo confesamos—, al país del desprestigio; al gobierno local de la vergüenza que revelaba su impotencia; y a la sociedad panameña de la constante zozobra a causa de las tropelías de los bandoleros internacionales que infestaran en esa época al Istmo de Panamá, convertido por el azar en la ruta de “El Dorado”.

El final de la campaña de limpieza del territorio le correspondió a don Carlos Zachrisson, quien cumplió su cometido con eficiencia. Así lo reconoció el Comercio de Panamá, el que como muestra de gratitud por su eficaz labor le obsequió, según información de la prensa, con “un jarro de tipo griego con su hermosa jofaina de plata, artísticamente cincelados, que tenían grabados en idioma inglés esta inscripción: *Presentado a Don Charles Zachrisson por los vecinos y residentes extranjeros en la Ciudad de Panamá, para demostrarle su agradecimiento por la energía que desplegó en el cumplimiento de su difícil deber y los grandes servicios que prestó durante el verano del año de 1854 al mando del cuerpo de Policía que estaba en las montañas del camino entre los dos Océanos con el permiso del Gobernador de la Provincia, para exterminar los muchos bandidos, asesinos, ladrones y gente de mala ley que durante mucho tiempo hicieron impracticable a los viajeros el tránsito por el Istmo*”. A las anteriores piezas fue agregada, también como regalo, una cigarrera de oro.

Don Carlos Zachrisson, sueco de origen, comerciaba en el Istmo con una línea de vapores de la razón social Zachrisson y Nelson.

El artículo de la revista BOHEMIA que ha dado motivo a la presen-

la crónica, atribuye a Runnels una participación, desfavorable para los panameños, en los sucesos del 15 de abril de 1856, conocidos en la historia como "*El caso de la Tajada de Sandía*". Debemos declarar que tal imputación no tiene fundamento, según se desprende de declaraciones suyas para el periódico neoyorquino "*Daily Times*" publicadas el 20 de mayo de 1856, que reprodujo, traduciéndolas del inglés, "*El Tiempo*" de Bogotá de fecha 19 de julio siguiente. "Runnels dice el periódico yanqui- presenció la refriega de Panamá y defiende al pueblo panameño atribuyendo el ataque de los marinos a un sector de negros que constituyen la plebe de Panamá. No todos los negros, dice con énfasis, porque los hubo que dieron protección a los yankis fugitivos. Acusa Runnels al Cónsul americano Ward de pendenciero, borracho y desafecto al pueblo Panamá, por cuyos informes mal intencionados se complicó la situación con el Gobierno americano", etc.

Los detalles de los acontecimientos de 1854 en Panamá, anteriormente bosquejados, los puede conocer el lector consultando los siguientes libros y periódicos: "*Compendio de Historia de Panamá*", por Juan B. Soza y Enrique J. Arce; "*Historia de Panamá*", por Ernesto J. Castillero R., "*Historia Contemporánea de Colombia*", por Gustavo Arboleda; "*La Estrella de Panamá*" y el "*Star and Herald*", "*El Panameño*", "*El Centinela*" y el "*Aspinwall Courier*", este último de la ciudad de Colón.

Panamá, Septiembre de 1957.

LA PERSONALIDAD DE RAN RUNNELS

Por JUAN ANTONIO SUSTO

(Panameño)

Como complemento al trabajo que antecede, del profesor don Ernesto J. Castellero R., vamos a dar a conocer la personalidad de Ran Runnels, a base de la documentación del Archivo Nacional de Panamá, del cual fuimos su Director durante 22 años (1930-1952).

* * *

En la ciudad de Jackson, a orillas del río Pearl, capital del Estado de Mississippi, en los Estados Unidos de América, vino al mundo Ran Runnels, el 23 de Diciembre de 1827. Allí recibió su instrucción primaria y completó su educación en Texas, y es por ello que varios escritores norteamericanos lo consideran nativo de este Estado de la Unión.

Atraído, sin duda, por la gran afluencia de emigrantes hacia la aurífera región de la California, Ran Runnels arribó a nuestro Istmo a los 22 años de edad en 1848 con el propósito, tal vez, de seguir al Oeste de los Estados Unidos. La vía fluvial de Chagres a Gorgona y Cruces, y desde cualquiera de estos puntos a la ciudad de Panamá, y la favorable situación económica floreciente en todo el Istmo en aquel entonces, influyó, sin duda, en su ánimo para determinarse a establecerse en esta tierra. En dos años logró amasar una gran fortuna, ya que el 28 de Noviembre de 1851, compró a su paisano Adrián B. Miller dos hoteles: uno en Cruces y el otro en la Gorgona, por la respetable suma de doce mil pesos (\$12.000) fuertes, y declaró Runnels ser "de este comercio y vecindad" (Notaría Primera, volumen 0172).

Dos años después (23 de Marzo de 1853) Runnels "establecido en la Parroquia de Cruces" según declaró, vendió a S. L. Isaac el "American Hotel", situado en esa población, uno de los que había comprado a Miller. (Notaría Primera, volumen 0189).

Hombre de gran visión comercial, otorgó poder en esta ciudad (17 de Marzo de 1855) a don Antonio Baraya —quien había sido Goberna-



Tumba de Ran Runnels en el cementerio de la ciudad de Rivas,
en Nicaragua.

dor de la Provincia de Azuero en 1850— para “que eleve al Congreso de Colombia una solicitud pidiendo privilegio exclusivo para la navegación de cabotage por vapor en el Pacífico, desde Panamá al confín de Centro América. (Notaría Primera, volúmen 0206).

Varias transacciones comerciales de importancia llevó a cabo en este año de 1855 el señor Runnels, una de ellas fue la compra a doña Manuela López de la “*Huerta de Tallafero*” en las faldas del cerro Ancón, de la ciudad de Panamá, finca que había pertenecido a don Louis Lewis. (Notaría Primera, volúmen 0207).

Pero el acontecimiento que tuvo mayor significación en la vida de Runnels fue su vinculación con dama panameña. En efecto, el 2 de Junio de 1855, en la residencia de Ran Runnels en el Barrio de San Felipe de la ciudad de Panamá, se efectuó su matrimonio civil con la señorita Estefanía Labarriere, natural de Santiago de Veraguas, de 18 años de edad, ante el Juez Parroquial de San Felipe, don Domingo López Linares. Fueron testigos de la boda dos prominentes caballeros de general estimación por su posición social y económica: don Mariano Arosemena (1794-1868), político, periodista y nuestro primer historiador, y don Pedro de Obarrio (1796-1845), Gobernador que había sido de Panamá de 1836 a 1838, propietario e influyente comerciante de la plaza. (Notaría Primera, volúmen 0208).

(En la escritura número 227, folio 604 está la firma de todos los que intervinieron en el acto).

Erróneamente Joseph Millard, en su “Matanza de Panamá”, que publicó en “Bohemia”, de La Habana, de fecha 25 de Agosto de 1957, dice que Runnels contrajo matrimonio con la sobrina del Gobernador de Panamá, don José María Urrutia Añino, cosa que no es cierta, como tampoco lo es la mayoría de sucesos que deja narrados en “La lucha contra el crimen”.

A partir de 1861 se pierde de pista de la vida intensa y febril de Ran Runnels en el Istmo de Panamá, y por la fotografía de su tumba, que publicamos, nos damos cuenta que murió en la ciudad de Rivas, Nicaragua, el 7 de Julio de 1882, a los 54 años de edad. Dicha fotografía fue obsequiada por el distinguido panameño don Manuel María de Icaza Brájimo al historiador don Enrique J. Arce, y éste a su vez, se la regaló antes de morir al Profesor Castillero.

Joseph Millard, en el artículo ya aludido revela que Runnels, “finalmente llevó a su joven esposa a Nicaragua, pues había sido nombrado Cónsul de San Juan del Sur”.

Un Panameño de Excepción

Por R. E. MONTES I. BRADLEY.

(Mexicano)



Bernard Domínguez Alba — tal el nombre y apellido legal del escritor Rogelio Sinán — ha nacido en la Isla de Taboga, situada en la entrada del Canal de Panamá, en la provincia y nación de este mismo nombre, el 25 de abril de 1904.

...Domínguez Alba cursó su bachillerato en el Instituto Nacional panameño y pronto se inició en la carrera literaria, adoptando el seudónimo con que conquistó lectores, ganó críticos y alcanzó notoriedad como creador de excepción, no solamente en su patria, sino en Martiamérica y en muchos países de la propia latinidad.

Incorporado al servicio exterior panameño, fungió como cónsul en varios países y actuó en otros con misiones especiales que, precisamente, por su talento le fueran confiadas.

Estuvo así, en Chile, en Italia, en Francia y en India. Y está ahora en México, ya ascendido al rango diplomático, en su carácter de primer secretario de Embajada, con funciones anexas de agregado cultural.

La permanencia en el extranjero ha sido siempre para Rogelio Si-

nan, no sólo motivo de acuciosidad justificada en un espíritu inquieto como el de él, pretexto para profundizar estudios en institutos tan serios como el Pedagógico Nacional de Chile, la Universidad de Roma y ahora, aquí, la Universidad Nacional Autónoma de México, en cuya Facultad de Filosofía y Letras cursa la maestría de Teatro.

En varias ocasiones regresó Rogelio Sinán a su tierra y todas ellas fueron propicias a su siembra; ora como creador, ora como docente de literatura en el propio Instituto Nacional donde cursara estudios, y donde luego, como maestro, inquietó a su vez el espíritu de sus discípulos, interesándolos por las nuevas preceptivas literarias, por el mejor conocimiento de las respectivas escuelas, y en fin, por todo cuanto significase estar al día con respecto a los movimientos estéticos de la contemporaneidad.

Fue en algunas de estas circunstancias que se publicaron en Panamá, después que se editase en Roma en 1929 su libro de poemas "Onda", "La cucarachita Mandinga" —farsa— que viera la luz en 1937. "Incendio" —poema— en 1944, "Todo un conflicto de sangre" —cuentos— en 1946, "Dos aventuras en el lejano Oriente" —cuentos— y "Plenilunio" —novela— en 1947 y "Semana en la niebla" —poemas— en 1949. De su novela "Plenilunio" se tiró en México, corriendo el año de 1953, la segunda edición. Y aquí mismo, en la capital azteca, se editó su cuento "Los pájaros del sueño" en este año 1957.

Mas, el escritor ofrece a consideración de la crítica y de los lectores, un "curriculum vitae" que no se extingue con los sucesos consignados.

Efectivamente; se ha visto lisonjeado por una designación de su propio gobierno en el año 1941 para organizar y dirigir dentro de la Secretaría de Educación Pública, el Departamento de Bellas Artes, desde cuyo cargo proyectó e inició la publicación de la Biblioteca Selecta que diese a conocer lo mejor de la literatura en prosa de Panamá.

Traducido al inglés, su cuento "A la orilla de las estatuas maduras" que escribiese durante su estancia en la capital francesa corriendo 1932, fue incluido en la Antología del Cuento Latinoamericano editada en Londres al año siguiente, y años más tarde tuvo la fortuna de que otro de sus relatos, el intitulado "Hechizo", fuera escogido por el escritor argentino Eduardo Mallea para una similar crestonomatía, publicada en Buenos Aires por el importante diario "La Nación".

Empero, no se ha escrito todavía, a propósito de las dos mayores satisfacciones experimentadas por Rogelio Sinán en su vida de hombre de letras. Las dos fueron de relevante significación: en 1943 recibió por su citada novela "Plenilunio" el Premio Nacional para prosistas de Panamá, y en 1949, por su poema "Semana Santa en la niebla" el mismo Premio Nacional para poetas.

En muchas historias literarias, en antologías, en selecciones diversas, se le ha debido mencionar a Rogelio Sinán, reseñando su obra, cuando de la literatura panameña se ha tratado. Son incontables y prestigiosos los maestros y los críticos que, asimismo, se han ocupado de ella.

Miembro del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, desde la reunión de su Sexto Congreso, efectuado en México en 1953, Rogelio Sinán ha concurrido ahora, representando a Panamá, a las sesiones del Octavo Congreso que el instituto ha verificado en la Universidad de Puerto Rico, en la propia capital: San Juan y en Río Piedras donde tiene su asiento la Universidad puertorriqueña.

El ensayo "Rutas de la Novela Panameña" que el notable escritor presentó a consideración de sus colegas asistentes a la reunión, en la cuarta sesión de trabajo realizada en el anfiteatro de la mencionada universidad del Caribe, en la mañana del jueves 29 del ppdo. agosto, precisamente en ocasión en que ejercía la presidencia el sobresaliente ensayista mexicano Andrés Iduarte quien también concurrió a la asamblea, representando a su patria conjuntamente con el escritor Francisco Monterde, es un original trabajo con el que mereció el espontáneo sostenido aplauso de los congresistas y del público que prestigió con su asistencia las reuniones del evento.

Rogelio Sinán presenta y explica en él —dentro de la brevedad imposible de superar por razones obvias— perfectamente, cuál es la tragedia panameña por excelencia, especialmente en campos estéticos, y con más precisión en la novela. El enfoque es tan certero cuanto digno de destacarse a la mejor consideración de los estudiosos martiamericanos. Inédito —salvo la lectura por su propio autor, en la asamblea de los maestros de las literaturas iberoamericanas, recordada—, alcanza su difusión que es valioso servicio al mejor conocimiento y valoración de las letras del Nuevo Mundo.

Su publicación por "El Nacional" es muy pertinente, ya que el escritor panameño se destaca entre los cuentistas de Martiamérica e hiciera suya con "La boina roja", una de las recompensas de los Concursos Trimestrales del Cuento —el correspondiente al segundo trimestre de 1954— organizados por este periódico; tras de lo cual conquistase la similar presea otorgada por la Papelera América de Panamá.

Dígame finalmente, que Rogelio Sinán dejará México en fecha no muy distante, ya que trasladado en razón de servicio, a Bogotá, donde fungirá con igual cargo acreditado ante el gobierno de Colombia, sólo espera obtener su grado universitario al término del curso actual, para viajar con destino a aquella república, previa una breve estancia justificada por motivos que huelgan, en su tierra nativa.

Rutas de la Novela Panameña

Por ROGELIO SINAN

(Panameño)

Al referirme a las *rutas de la novela panameña*, no me propongo trazar un panorama de la invención novelesca en Panamá ni mucho menos marcarle rumbos nuevos o itinerarios fijos, puesto que, por razones de espacio y tiempo, lo primero sería un catálogo de nombres, y lo segundo un deslucido atentado contra la estética; deseo sencillamente dibujar, como sobre un imaginario mapa de la República, las rutas cardinales, que, a través de la historia, le han conferido al hecho panameño cierto carácter definitivo y eterno, para así esclarecer la trascendencia que tales rutas tienen para la vida nacional, y a base de ello tratar de establecer cuál de esas rutas deba seguir nuestra novela.

Casi puede decirse que, desde el coloniaje, los actos más notorios de nuestra peripecia vital hallan su origen en el antagonismo existente entre dos rutas que no sólo se oponen por cruzarse entre sí de Norte a Sur y de Oeste a Este según la rosa de los vientos, sino porque definen intereses tan decididamente contradictorios, que nada perderíamos clasificando el cruce de ambas rutas como la encrucijada más significativa de la dinámica panameña.

Si imaginamos la trayectoria de estas opuestas rutas sobre un mapa del Istmo nos será fácil ver que la más larga sigue el sentido de los paralelos y avanza en línea longitudinal sobre el delgado arco geográfico de Panamá, cuya comba da la impresión de un puente por el que hoy sólo pasan, de mala gana, los sueños de Bolívar; la otra ruta, en dirección transversal, lleva el sentido de los meridianos y ha servido de tránsito al comercio mundial, facilitando lo que Angel Rubio llama *la cópula de rutas como función histórica*, desde la época aciaga en que Balboa se adelantó a la romántica, fatídica e ingrata proeza de atravesar aquella faja de tierra.

La ruta de perfil longitudinal equivaldría con el tiempo a nuestro tramo de lo que debe ser la carretera panamericana; aún se halla lejos de parecer una moderna autopista, pero así como está (ligeramente pes-

"punteada en los mapas) significa un esfuerzo de la tenacidad panameña y representa la arteria viva de la Nación, buen motivo para que, por sentirla más nuestra que la otra, sea nuestra ruta preferida; por eso la llamamos, con todo orgullo, *la carretera nacional*.

En cambio, la otra, que va de mar a mar, se desliza sobre una zona de tránsito que cuenta con modernísimos medios de transporte (ferrocarril, canal y carreteras) en los que todo está muy limpiecito, barnizado, "prohibido". Esta ruta, que es como una infernal Babel de lenguas y de mezquinos apetitos, tiene para nosotros un carácter virtualmente extranjero, cicatriz imborrable que duele a veces según soplen los vientos y que se ahonda cada día más y más como esos surcos que en los caminos de herradura deja el paso continuo de las caballerías.

Desde la época heroica del coloniaje esta ruta intermarina ha servido de tránsito al comercio mundial; sus fluctuaciones de esplendor o miseria marcan su engarce o su ruptura con los itinerarios de mayor importancia; de modo que sus épocas de langor económico corresponden a fechas en que el mundo no la utiliza como ruta de tránsito. En tales lapsos depresivos nadie se acuerda de la ruta sino de la Nación. El filólogo Rufino José Cuervo se refirió tal vez a un tumbó de éstos cuando lanzó su lúgubre frase: "El que quiera conocer a Panamá, que venga porque se acaba". Cuando en la ruta ocurren fracasos de trascendencia universal también es lógico que sólo se mencione a la Nación puesto que en ella reside la absoluta soberanía y no en la ruta. En efecto, cuando la Compañía francesa que construía el Canal se declaró en fraudulenta bancarrota el nombre de Panamá llegó a usarse injustamente como sinónimo de escándalo financiero internacional. Lo curioso del caso es que en los momentos de auge nadie recuerda a la Nación sino a la ruta, que, en sus distintas épocas florecientes será rebautizada según la calidad y la abundancia del mineral que la atraviese. Así, cuando en el siglo XVI cruza por ella a lomo de mulas toda la plata del Perú para ser embarcada en los galeones que habrían de conducirla hasta las arcas de la corona española, nuestra ruta se denominará argentinamente *la ruta de la plata*; más adelante, cuando en el siglo XIX pasa por ella el oro de California, se la designará como *la ruta del oro*; y hoy día cruza por ella tal cantidad de maquinaria, ferretería y chatarra, que bien podría apodársela *la ruta del hierro*; pero como en verdad lo que más transita no es un solo metal sino una ininterrumpida corriente de minerales esenciales, lo acertado será rebautizarla con un nombre global y definitivo: la llamaremos *la ruta mineral*.

Su antagonista será para nosotros *la ruta vegetal* porque ella, como



Mapa del Istmo de Panamá del geógrafo y cartógrafo italiano Agustín Codazzi.

arteria nutricia, es claro símbolo de panameñidad, sirve de cauce a los productos agrícolas y es la auténtica ruta del hombre de la tierra cuyo concepto puro, según el *Popol Vuh*, es nada menos que *el hombre de maíz*.

Cada una de estas rutas caracteriza, pues, en cierta forma, los símbolos contrarios de *lo local* y *lo foráneo* siempre en abierta lucha y en eterno conflicto; de tal contradicción al parecer insoluble ha dependido sistemáticamente y seguirá dependiendo el bienestar de la Nación pana-

meña. Este cruce de lanzas entre lo potencial y lo dinámico podría simbolizar, de modo empírico, la persistencia del hombre panameño por vivir aferrado al viejo arado y a sus antiguas tradiciones oponiéndose a un mundo que avanza cabalgando sobre el ineluctable centauro del progreso; pero si analizamos el problema puede ser que hasta lleguemos a aceptar que, si así ocurre, no es porque el hombre de maíz tenga el capricho de mantenerse siempre igual a sí mismo sino porque presiente en torno a sí obscuras fuerzas que tratan de impedirle toda posible evolución.

¿Qué significan y de dónde proceden estas obscuras fuerzas? Definirlas requeriría un estudio más amplio. Lo cierto es que, emitidas por la ruta de tránsito, estas fuerzas, como mudos fantasmas radiactivos, han logrado conquistarse en ciertas células de lo que en adelante llamaremos nuestra pura conciencia vegetal. Su presencia se explica fácilmente siguiendo la metáfora de las rutas, cuya correspondencia antropológica estaría en los dos símbolos de un hombre vegetal por un lado y un hombre mineral por el otro. El primero encarnaría el prototipo de lo genuinamente panameño sobre pura unidad de espacio y tiempo; y el segundo, algo así como una especie de robot crematístico, metalizado, sin el menor sentido de lo castizamente nacional. Ambos tipos viven por lo común agrupados en sus ambientes respectivos rurales o urbanos, pero también conviven en una y otra zona según las conveniencias socio-económicas o según los dictados ya sea de una conciencia vegetal cuyo núcleo sería la pura síntesis de la Patria o de una conciencia mineral absorbente, monopolizadora, autoritaria. Concluiríamos, entonces, que el panameño auténtico sería el hombre nacido de la conciencia vegetal de la tierra, concepto que, como ya hemos dicho, equivaldría al hombre de maíz del *Popol Vuh*.

Planteadas así, de una manera alegórica, puede ser que nos resulte más patente la lucha desigual entre ambas rutas, lucha que va más lejos de la simple metáfora, puesto que en realidad se verifica entre el espíritu mineral y el espíritu vegetal, entre la rueda y la célula, y en fin, entre la máquina y el hombre de maíz. Esta contienda, que pudiera ser tema para un buen drama expresionista, sería para los griegos el eterno conflicto del hombre y su destino.

He aquí que hemos llegado, sin pensarlo, al viejo tema del destino del hombre, que puede dar lugar a que pensemos también en un posible destino de los pueblos, pues aunque se nos tilde de fatalistas tenemos que aceptar que en pocos casos puede aplicarse tan a cabalidad como en el nuestro lo que ha dado en llamarse la *geografía como destino*. No hay para qué dudar de que los dioses del comercio le asignaron a Panamá un destino geográfico. Hacia falta un pasaje para seguir el camino hasta el

Oriente. Panamá era el lugar más indicado. Por allí pasó el mundo. Eso es todo.

Un informe del Instituto Panamericano de Geografía e Historia específica que "Panamá, con o sin canal, por su sola ubicación y conformación geográfica, como sitio de tránsito indispensable, podríamos decir *entre dos mundos*, resulta ser uno de los puntos de mayor valor geopolítico". Cabe ahora preguntarse, ¿qué pasa con el pueblo que vive en esa faja geográfica que es *sitio de tránsito indispensable*? Ya es cosa bien sabida que quien por desventura vive en sitio de tránsito tiene que soportar constantemente toda clase de impertinencias y abusos. Yo, que he vivido en sitio de tránsito, recuerdo que, cuando éramos niños, mi abuela nos decía por las noches: "Duérmanse pronto o tápanse los oídos para que no oigan esas palabras sucias de los borrachos!" Lo cierto es que no sólo las palabras eran lo único sucio que iban dejando los borrachos.

Octavio Méndez Pereira, el lamentado maestro de nuestras letras, sostenía, con su habitual perspicacia, que esa estratégica situación de cruce de caminos entre pueblos y mares ha ido creando en nosotros una *psicología de pueblo de tránsito*.

Más que psicología de pueblo de tránsito, podría pensarse en una psicología de amor al espectáculo callejero, es decir, una psicología de pueblo asomado a su balcón para ver el desfile de un carnaval grotesco cuyas máscaras trágicas pasan al son de tambores con tal frecuencia que, por estar mirándolas, el panameño ha descubierto el interior de su casa.

No se vaya a pensar que el panameño se ha limitado siempre a mirar el espectáculo desde el balcón de su casa; no han faltado de vez en cuando los histriones que, echándose a la calle, han preferido colarse en la comparsa sin percatarse de que a lo sumo sólo se les dejaba representar el papel del coro trágico o hacer dengues de simio. Dicho en otras palabras, de todos los festines, francachelas e inútil despilfarro que el periódico paso de la ambición universal significa, el panameño no ha recogido más que las migajas y los frutos dañados.

Toda la historia de Panamá nos da de veras la impresión de una extraña y heterogénea cabalgata que cruzara a galope sobre el puente de su delgada geografía. Jamás estos jinetes perseguían un ideal limpio de manchas. Sólo corrían tras la quimera del oro; y, desde luego, lo único que les importaba era la ruta; ni siquiera miraban si en esa zona de tránsito moraba un pueblo más o menos consciente de su razón de ser; a lo sumo les podía interesar la existencia de mulas o esclavos que funcionasen como tales para el transporte de la carga. Toda aquella riqueza fácilmente adquirida iba dejando en el Istmo la huella de su origen pe-

caminoso; jugosa parte de ella quedaba allí en burdeles, garitos y otros antros del vicio. No nos debe extrañar que tal ambiente fuese propicio para el crimen. Los surcos de la ruta iban quedando sembrados de esa fatídica simiente y de fantasmas.

Mientras la ruta mineral se transformaba en un pesado mecanismo de ruedas, ¿qué estaba sucediendo con nuestra ruta vegetal? Lo lógico sería imaginar que nuestra arteria nutricia se limitase a su labor redentora de darle vida a las aldeas comunicándolas entre sí y con la urbe; pero hizo lo contrario, pues sirvió de *drenaje* por donde el agua clara de los riachuelos vino a parar al cauce destinado a las aguas contaminadas. La ruta vegetal había servido para que el hombre de maíz viniese **cabalgando** por ella apenas supo que en la zona del tránsito se ganaba el dinero a manos llenas. Toda esa savia viva que es el campesinado se **volcó** ingenuamente sobre la encrucijada de los metales. Hombres, mujeres, niños, atraídos por la loca sirena, abandonaron lo que consideraban su estática tristeza rural para cambiarla por una miserable alegría urbana. En las ciudades de la zona de tránsito estos fantasmas del maíz **van amoldándose** a una vida de afán y de sudor **apiñados** en cuartos malolientes y sucios hasta que, resignados a su suerte, se dejan devorar por la urbe cosmopolita e insaciable. Con el éxodo del hombre de maíz hacia la zona de tránsito lo que en definitiva se produce es una especie de **trasmutación** de los valores humanos ya que de amo y señor de su destino, el campesino pasa a ser un esclavo de ese mismo destino cuyo **férreo engranaje** terminará por triturarlo.

La solución propuesta por el economista Richard F. Behrendt, sin restarle importancia a la función transitista, podría hallarse en una **hábil** combinación de objetivos, es decir, en un balance adecuado entre la **economía doméstica** y el mercado exterior. "Panamá — dice — pertenece a los países que más marcadamente sufren de las desventajas del sistema llamado monocultivo". Nos preguntamos asombrados, ¿a cuál monocultivo se refiere el profesor Behrendt? (Y él, continuando el párrafo, nos dice: "El *monocultivo* de Panamá es el Canal").

Con lo cual regresamos al conflicto de siempre del panameño y su destino que hemos intentado plantear dramatizando el violento antagonismo entre dos rutas. Tratando de indagar si este conflicto debe o no estar presente en nuestra literatura, dejaremos caer una pregunta relativa al enfoque inicial de nuestra charla: ¿Cuál de ambas rutas debe seguir nuestra novela?

Antes de responder a esa cuestión diremos que así como hay ideólogos empeñados en la rara manía de aconsejar como única solución para la vida panameña el fomento exclusivo de lo doméstico haciendo

caso omiso del antes mencionado *monocultivo*, hay también escritores que andan marcándole a la novela panameña itinerarios tan severos y esclavizantes que hasta llegan a darnos la impresión de que fomentan *monocultivos* literarios. Eso ni más ni menos es lo que hacen quienes están tratando de imponer en Panamá la tesis del ruralismo como expresión estética obligatoria y global.

No niego que la idea lleve en su fondo un honestísimo y profundo sentido vegetal, es decir, puro, auténtico, puesto que en realidad lo que pretenden es regresar a un orden en el que antes se hubo experimentado autonomía. Sin embargo, más vale prevenirse contra esta fisiocracia cuya intención de tipo escapista podría parangonarse a la de los aborígenes que para ser independientes prefieren retirarse a sus montañas aun aceptando niveles culturales rudimentarios. Lo opuesto nos parece lo lógico para solucionar nuestros problemas. No el retiro hacia el agro sino más bien la proyección del agro hacia la zona de tránsito para dominarla por los medios científicos que ella misma nos brinda. Ni un hombre de maíz cabalgando sobre la ruta vegetal hacia sus campos abandonados ni un hombre de maíz, lazo en ristre, como un nuevo Quijote, dispuesto a combatir absurdamente contra las máquinas que simbolizan su destino. Más sabio es resolver la disyuntiva mediante la perfecta convivencia de que ambas rutas tienen para nosotros la misión de cordones umbilicales de los cuales el uno nos comunica con las savias eternas de la tierra y el otro con las esencias infinitas del universo. El fiel de la balanza en ese caso pudiera señalarlo el síncretismo de una tercera ruta espiritual que, desprendiéndose de su intersección, se proyectara verticalmente con conciencia de la tragedia que significa el pasado bifurcado.

Según la tesis que se desea sugerir, el ruralismo responde a la *ansiedad creciente del panameño por conocerse a sí mismo*, tesis que nos podría llevar, sin proponérselo, a la demostración de que, como dice Angel Rubio, *la ciudad es el nervio-motor de la nacionalidad panameña en su labor y en su proceso de desarrollo*. "Nunca mejor que en este proceso — agrega — se la ve caminar hacia el fin exacto de la síntesis de la patria, aunque la Patria al nacer aparezca casi casi como una Ciudad-Estado. De todos modos la ciudad irá adelante, cualesquiera que sean la escala y las dimensiones de los hechos, como el protofenómeno de la cultura panameña".

Bien es que el ruralismo busque el conocimiento de esa conciencia vegetal en que hemos hecho radicar la médula de nuestra nacionalidad; lo injusto es que tal tesis quiera imponerse de manera ecuménica en la literatura panameña que, según ella, buscaría en la circunstancia rural la totalidad de sus elementos novelescos. A este propósito nos parece oportuno

tuno recordar que Luis Alberto Sánchez establece un distingo "entre novela de campo rural (con mayor interés en lo descriptivo) y novela agraria (con mayor interés en las intenciones y problemas)". De lo cual concluiríamos que la ansiedad creciente del panameño por conocerse a sí mismo quedaría limitada a lo puramente *descriptivo*, sin mayor interés por los problemas de las zonas rurales que, como es natural, jamás podrán resolverse mientras no se resuelvan los problemas de la zona de tránsito, ya que ella forja el mito de la fatal encrucijada que genera el conflicto entre el panameño y su destino.

Buscar en la circunstancia rural la totalidad de los elementos novelescos nos parece un absurdo aun suponiendo que la vida del agro constituya el fundamento esencial de una nación. En países cuya fatalidad económica les hace depender de una exclusiva fuente de riqueza, las diferentes zonas humanas están subordinadas e influidas por ese único foco de atracción, y se supone que en sus correspondientes niveles, rurales o urbanas, surjan reflejos de ese fatídico fantasma económico; pero ni aun ese tipo de realidad absorbente permitiría fijarle a la novela cauces de enfoque unilateral. La novela, como producto del arte, debe ser libre no sólo en lo que atañe al escogimiento de sus asuntos sino también en todo lo concerniente a su estructura y estilo, lo cual no niega el hecho de que toda novela, como acto puro del espíritu, reflejará, por intuición, realidades de espacio y tiempo que deban serle familiares. La novela panameña que merezca llamarse como tal ha de darnos siluetas, peripecias, caracteres y ambientes que en todo correspondan a particularidades del hecho panameño. No importa que los asuntos sean rurales o urbanos: lo importante es que el fantasma poético — presencia y síntesis de la conciencia local — logre su anhelo de comunión universal.

Lo que necesitamos entonces para encontrarle rutas a la novela panameña no es escribir cartillas o abecedarios para que el hombre de maíz vuelva al campo. Esa no es la misión del novelista. La misión del novelista es heroica, pues tiene que situarse en la fatídica encrucijada donde rugen todos los apetitos y las bajas pasiones y otear desde ese punto la llegada de la intuición poética, porque es del torbellino y de la lucha violenta entre ambas rutas de donde ha de surgir el puro sueño de la definitiva novela panameña — rugido y sangre — que refleje nuestro único y exclusivo conflicto: el conflicto del hombre de maíz y la máquina, es decir, el conflicto del panameño y su destino.

En el 103 aniversario del nacimiento del Prócer

PORFIRIO MELENDEZ

Homenaje de la Escuela "Porfirio Meléndez" de la ciudad de Colón.

El gran movimiento que procuró la Independencia de Panamá, más grande y admirable aun por haberse efectuado sin luchas y sin derramamiento de sangre, tuvo por alma y vida la enérgica y firme voluntad del señor don Manuel Amador Guerrero, Presidente que fue de la República y una de las personalidades que pasarán a la Historia con el dictado de sabio y preeminente.

Pero ni entonces ni ahora podría haber conseguido nada el ilustre político, si no hubiera contado con hombres decididos e inteligentes que exponiendo su libertad y su vida a raíz del movimiento y procediendo con sumo tacto y habilidad gubernamental, le ayudaron en la obra y cooperaron eficazmente a la constitución definitiva de la República panameña. Estos hombres se arriesgaron entonces a los mayores azares y hoy, firmes con su honor y su dignidad, tratan de complementar el movimiento separatista con la labor eficaz de enseñar al pueblo a respetar los principios de la libertad y de la justicia, base única del engrandecimiento de las naciones.

Entre esos hombres debe ser colocado en lugar muy saliente el ardoroso patriota panameño, señor don Porfirio Meléndez, Gobernador de la Provincia de Colón y la personalidad en quien concurren más altas virtudes cívicas y dotes intelectuales más preclaras.

Antes de recabar su independencia la República de Panamá, eran ya particularmente reconocidos y apreciados los méritos de este preclaro patricio, pero al ocurrir al culminante hecho histórico en cuestión y verse la parte activa que en él tomó tan devoto partidario de la libertad, sus prestigios se multiplicaron, envolviéndole desde entonces la aureola de la popularidad.

Desde que ocupó el cargo de Gobernador de Colón, puso en práctica los principios que siempre sustentara y la razón y la justicia comenzaron a reinar desde entonces en aquel departamento.

Hombre de moralidad catoniana y de talento y discreción admirables, nótese en los ramos administrativos de Colón, mejor que en otra

parte las ventajas de estar regida la provincia por un tan dignísimo funcionario.

Sencillo de carácter y ajable de maneras, no le engríen sus triunfos ni sus éxitos, y ahora, como antes, es el caballero correctísimo que atiende a todos y que a todos abre las puertas de su despacho del Gobierno.

En la historia contemporánea de Panamá ocupa, en suma, un puesto meritisimo el Sr. Don Porfirio Meléndez, personalidad a quien presentamos el sincero testimonio de nuestra simpatía.

* * *

Biografía de Don Porfirio Meléndez

Nació Don Porfirio Meléndez en la ciudad de Panamá, 17 de Octubre de 1854. Fueron sus padres Don Angelo Ferrari, oriundo de Turín, Italia y Doña Gertrudis Meléndez, perteneciente a una familia panameña, residente en la capital.

Muy pronto reveló condiciones de sagacidad y desenvoltura que le valieron para ocupar los siguientes puestos bajo el gobierno de Colombia.

1—Miembro Principal del Cabildo del Distrito de Colón.

2—En 1876 Ayudante de la Comandancia de policía. En Octubre de 1880, la Corte Superior del Estado lo designó Procurador del Departamento con funciones en la ciudad de Colón.

Ya por el año 1882 Don Porfirio fue nombrado Alcalde Municipal, luego Suplente del Juez Principal del Departamento de Colón. La prefectura Civil y Militar del Estado lo elige para el cargo de Jefe de Guardia Urbana permaneciendo en este puesto hasta Noviembre de 1887.

Más tarde el electorado le eligió Diputado principal por la Provincia de Colón a la Asamblea Departamental y en la sesión inicial fue elegido Presidente para el primer período reglamentario.

A comienzos de 1901, la Gobernación del Departamento encarga de la Prefectura de la Provincia a Don Porfirio Meléndez, asignándole también las funciones de Intendente Militar.

El fermento separatista iba tomando cuerpo, subterráneamente, en la capital, y su agente en Colón era Don Porfirio Meléndez, quien no ofrecía la mínima sospecha de sus conexiones con los jefes de la conjuración.

El Gobierno panameño queriendo premiar sus esfuerzos, por Decreto No. 15, dictado el 30 de Marzo de 1910 fue designado Agente Confidencial en Misión Especial del Gobierno de la República de Panamá, an-

te el Gobierno de Su Majestad el Rey Alfonso XIII de España. En España se le concedió por este Gobierno La Placa de la Real Academia Hispano-Americana.

Corría el año de 1915, cuando comenzó a ceder aquella naturaleza de acero, y finalmente el 2 de Septiembre de 1915, murió cristianamente aquel hombre extraordinario que rendía la jornada postrera de su vida con el corazón rebozante de satisfacción por los tantos e inapreciables deberes cumplidos para con la Patria.

PORFIRIO MELENDEZ

Por EDUARDO RITTER AISLAN

Cuando nos asomamos a las despejadas extensiones de la historia patria; cuando contemplamos, desde los oteros del presente, los brumosos perfiles del pasado, el nombre de Porfirio Meléndez cobra incommensurables contornos de grandeza.

Porfirio Meléndez fue la personificación del más denodado patriotismo, del más ascendrado civismo y del más puro desprendimiento.

En todos los actos de su vida no hay un solo, hecho, un solo gesto que no revele un corazón hecho de fibras generosas.

Si Colón no tuviese en el anchuroso diámetro de sus glorias históricas mil hechos enaltecedores, le bastaría haber sido la tierra donde nació Porfirio Meléndez para que alimentase un sempiterno orgullo.

El primero a la hora de los sacrificios, el héroe colonense fue siempre el último a la hora de las recompensas. Le bastaba la satisfacción del deber cumplido y el goce íntimo de haberle sido útil a la patria.

Y las virtudes de ese gran señor que fue Porfirio Meléndez se proyectan con grandes luminosidades en esa mujer extraordinaria por la firmeza de su convicciones cívicas que es la señorita Aminta Meléndez.

Hija de prócer, guarda en el aureo cofre de su alma un imponente señorío inimitable. Nacida en Colón, su nombre y su prestigio forman sin embargo parte del patrimonio nacional.

¿Es menester decir algo más sobre una figura de la prestancia histórica de Porfirio Meléndez y una mujer de la ejemplaridad virtuosa de Aminta Meléndez cuando estos dos nombres se pronuncian siempre con un tono que es la más elocuente manifestación de admiración y de respeto?

Panamá, Septiembre de 1955.

El Homenaje de un Pueblo a una Figura Procera

PORFIRIO MELENDEZ

Por LADISLAO SOSA A.

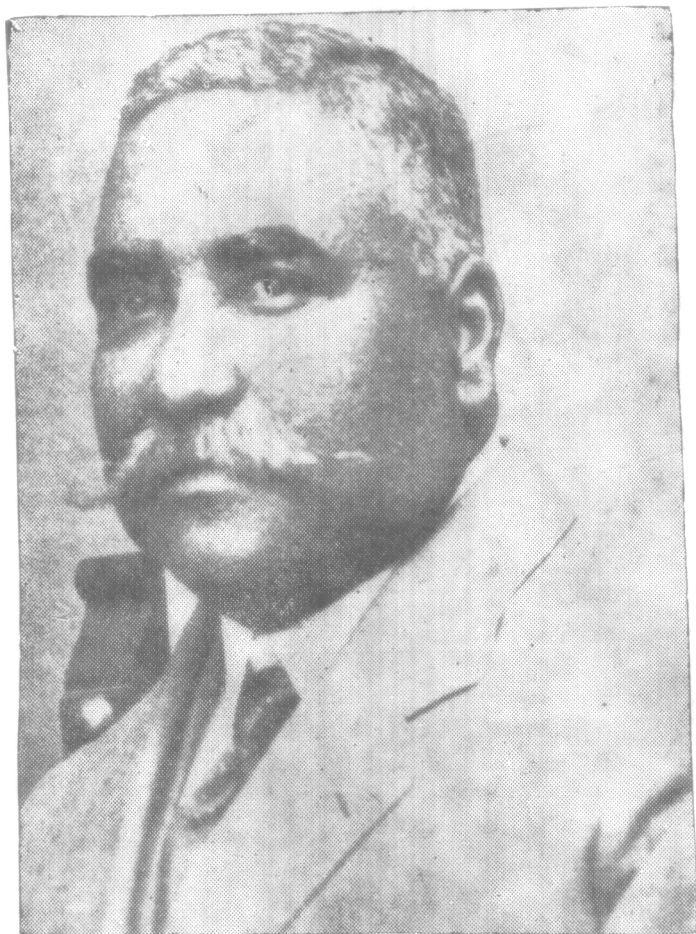
Un pueblo huérfano de hombres ilustres, cuya memoria venerar para seguir sus huellas, podría seguir los equivocados rumbos trazados por políticos inescrupulosos que explotarían su dignidad y corromperían su conciencia.

Es esta fecha que marca en el calendario nacional el Centenario del nacimiento de una figura procera de méritos indiscutibles, la Provincia de Colón, con destacada intervención de las Escuelas y de las agencias sociales que se interesan por el engrandecimiento espiritual y material de estos pueblos, se descubre reverente para rendir tributo de veneración a la memoria del prócer don Porfirio Meléndez, cuyos ejemplos, de patriotismo, de probidad, de perseverancia, de honradez y de laboriosidad, deberían servir de norma para la formación de los ciudadanos que han de velar en el presente y en el porvenir porque se cumplan los gloriosos destinos de la Patria.

Este homenaje cívico que la sociedad colonense dedica hoy a la memoria de uno de sus próceres, no debe tener solamente la trascendencia juzgadora del instante en que se lleva a cabo. Estas manifestaciones de los sentimientos cívicos del pueblo además de sintetizar el reconocimiento por la obra constructiva y de los hechos positivos realizados por ilustres conciudadanos desaparecidos, debería perseguir la alta finalidad de perpetuar el recuerdo de nuestros grandes hombres, para que su luminosa trayectoria sea motivo de inspiración y sirva de ejemplo en la formación de la personalidad de las nuevas generaciones, adquiriendo así la respetuosa veneración de su memoria continuidad con la afirmación del invariable propósito de emular su vida ejemplar.

Que para grandeza y felicidad de la Patria, el homenaje que en esta ocasión se le dedica a la memoria del prócer don Porfirio Meléndez, sea la iniciación de una era de rectificaciones provechosas en la administración de esta Provincia que fue objeto de sus afectos más profundos.

Colón, Octubre de 1954.



Don PORFIRIO MELENDEZ

Centenario de un Prócer

Por ESPLANDIAN

(Tomado de la columna "Simpatías y Diferencias" de Octubre 16 de 1954).

Mañana, 17 de Octubre, se cumple el primer centenario del nacimiento de don Porfirio Meléndez, uno de los fundadores de la República.

La Asamblea Nacional ha hecho bien en declarar el 17 de Octubre

con tal motivo, "Día de Porfirio Meléndez". Es una forma serena de reconocer los servicios de un patriota auténtico.

Nosotros creemos que es deber de todo panameño tratar de reconocer a los fundadores de la República, entenderlos y meditar frecuentemente sobre las circunstancias dentro de las cuales actuaron. "—¿Qué habría hecho yo en su lugar" es pregunta que debemos de hacernos cuando nos sentimos tentados a condenarlos porque no procedieron con todo el acierto que fuera de desearse.

Los próceres eran seres humanos, de conocimientos limitados, levantados muchos de ellos en un medio que ofrecía muy pocas oportunidades para la ilustración. Sin embargo, muchos de ellos superaron todas las limitaciones y adquirieron una cultura y una capacidad de acción de que oportunamente dieron muestras.

Porfirio Meléndez es un caso típico de hombre esforzado. Su madre era panameña. Su padre fue un inmigrante italiano que se reincorporó a su patria huyendo de una de las muchas pestes que hace un siglo azotaban al Istmo. El hijo del italiano se levantó en el Barrio de San Felipe.

Homenaje a Porfirio Meléndez

(Nota Editorial aparecida en el Diario "El País" el de 16 de Octubre de 1954).

Celebra mañana la República el primer centenario del nacimiento del prócer panameño Porfirio Meléndez. La Asamblea Nacional por medio de una Ley aprobada hace dos días (la No. 29 del 14 de Octubre de 1954) se ha unido a este acontecimiento y ha dispuesto que la nación entera lo celebre con devoción patriótica. Además, ha destinado la suma de B/.2,000.00 para sufragar los gastos que ocasione la erección del busto de Porfirio Meléndez ordenada por la Ley 63 de 17 de Diciembre de 1924.

Porfirio Meléndez fue uno de los hombres que con mayor inteligencia y valentía supo actuar en los distintos sucesos que desembocaron en el 2 de Noviembre de 1903 y propiciaron la fundación de la República de Panamá. Su escenario fue Colón, en donde se cumplieron acontecimientos que son ya del dominio de la Historia Patria e influyeron decisivamente en la culminación victoriosa del movimiento emancipador. A la cabeza de un grupo de panameños insignes, todos los cuales han merecido la gratitud y el homenaje de la nación, Porfirio Meléndez se comportó con un

gran valor civil, en los momentos decisivos, y expuso su vida, su tranquilidad y su fortuna para el éxito de la causa separatista, pues él creía que el Istmo por su posición geográfica, por su extensión territorial, por el dinamismo de sus gentes, por sus convicciones políticas y por muchos otros motivos poderosos, estaba llamado a ser una República libre, con alma y personalidad propias, que le diera lustre a América.

En dos revoluciones anteriores en que había tomado parte, se había arruinado y había abrevado la copa de los más amargos sinsabores, pero luego, por el camino del trabajo honrado, había recuperado su fortuna, al tiempo que había revitalizado su fe en sus ideales y convicciones de panameño integérrimo. Y cuando llegó la hora histórica de comprometerse en otro movimiento revolucionario, no vaciló en hacerlo, y entró a él con todo el coraje, la serenidad, la altivez y el optimismo de quien sabía que estaba luchando por una causa justa. La causa de Panamá.

Son, pues, muy merecidos los homenajes que la República tributará mañana y pasado mañana a la memoria de Porfirio Meléndez, un nombre que pertenece a la galería de los varones inmortales que colocaron, a costa de todos los sacrificios, la primera piedra de la nacionalidad.

Pensamiento del Prócer

“Soy el menos apto, el menos valiente de todos los hijos de la República de Panamá. Para nadie es misterio esta condición de mi naturaleza; pero cuando se trata de la suerte de esa República, cuando algún peligro amenaza su grandeza y su prosperidad futura, o cuando es necesario cualquier sacrificio, lo digo a la faz del mundo sin temor de ser desmentido, nadie antes que yo. Mi divisa única es la salvación de la Patria. Mi puesto está en todas partes. Poco importa que caiga sobre mi el ropaje del olvido y aún sienta sobre mi cuerpo las cicatrices de la ingratitud. Mi hogar será entonces mi asilo protector y ninguna recompensa tan dulce como la de gozar en él con mi esposa y con mis hijos las fruiciones inefables que produce en dondequiera el deber cumplido”.

PORFIRIO MELENDEZ.

LA CRECIENTE DE LA CENIZA

Por M. M. ALBA C.

Se han consumado en nuestro país, como en todas partes, a lo largo de la historia geológica, o simplemente mecánica, multitud de fenómenos naturales o artificiales, algunos de los cuales por extraña coincidencia, hemos tenido nosotros el privilegio de presenciar; como la ruptura de la espina dorsal del sistema de montañas que recorre el país de uno a otro de sus extremos, en un intento afortunado de unir de nuevo los dos más grandes mares del planeta; tal como se encontraban hace millones de años. Esto es, antes de que los sismos y otras formas estructurales suspendieran a mayor altura los actuales levantamientos del suelo.

Se han desviado corrientes naturales de agua, y a éste impulso calculado y maravillosamente ejecutado, se formó también en nuestro suelo, uno de los lagos artificiales de agua dulce extensos edificados por el hombre; modificando de nuevo en ésta forma la naturaleza física existente anteriormente al ocultar bajo las aguas, extensas porciones de la superficie expuesta del suelo en beneficio de la especie humana, en amplio espíritu de comprensión y aprovechamiento que todos palpamos y sentimos hondamente.

Otros fenómenos se han producido también en mayor o menor escala en otros sitios y en épocas distintas, dentro de nuestro país, como el resultado de la intervención humana o accidental de la naturaleza, y es a esta última acción obscura de los elementos a los que descamos referirnos en esta ocasión.

El día 2 de febrero de 1910 es una fecha inolvidable para millares de personas en la región central de nuestro país, porque en ella aconteció uno de esos fenómenos que quienes lo presenciamos no hemos olvidado jamás; particularmente si nuestras moradas habituales estaban enclavadas en determinada sección de nuestra campiña interiorana, comprendido entre la sección oriental de la Provincia de Chiriquí, en Veraguas o Coclé, junto a los ríos Tabasará, San Pablo o Santa María, tres de las mayores arterias fluviales de nuestro país, como generalmente todos sabemos.

Aquel suceso inusitado, fundamentalmente permanece todavía en el misterio, como si la naturaleza que le dió vida, que lo hizo acción y movimiento se empeñara en borrarlo de la mente humana, que en este caso específico, claro y evidente está, no tiene posibilidad ni cabida, y el hombre desaprensivo habitualmente, se complace en olvidar justamente algunas cosas que por multitud de causas debiera recordar.

Como de costumbre, por aquel tiempo, la estación seca o veraniega entre nosotros, se había establecido en forma normal y discurría ordenadamente en todo el país, desde los últimos días del año anterior.

Las lluvias habían dejado de regar el suelo desde poco antes de la Navidad, y la brisa norteaña, leve y constante, ponía su frescura en todas partes con el movimiento continuo de las capas inferiores de la atmósfera que discurren sobre el suelo, mientras en las superiores, limpia la bóveda ofrecía su domo azul impecable, sin que ni siquiera una nube interrumpiera con su leve transparencia la limpieza inmaculada que por aquella época caracteriza nuestro cielo.

Algo extraño había sucedido, sin embargo, el día anterior, pero aquello fue en la cordillera, lejos de las mesetas emplazadas junto al mar; allá por los lados de la serranía de Trema, cuya silueta distante apenas se divisa con alguna precisión desde las poblaciones enclavadas junto a la costa en los días muy claros; junto a los sitios donde se cree que nacen los ríos Santa María, Cobre, San Pablo, Vigui y Tabasará, contados éstas corrientes este a oeste.

Era aquello algo impreciso, vago, como si una extraña sombra hubiera surgido de algún sitio misterioso, emplazado ocultamente en aquellos contornos, y siguiendo las altas cumbres de la cordillera y, en lugar de descender al valle, tomara un rumbo contrario y fuera extendiéndose poco a poco, perezosamente pero en forma consistente de cumbre en cumbre por la comba sideral.

Para la mayor parte de las personas habitantes de la región, indios y campesinos casi todos, tal acontecimiento si repararon en él, carecía de sentido. Pasó desapercibido, pues sólo los moradores más distantes, pero contiguos también en cierta forma a la cordillera lo notaron. Y es de creer que tampoco les llamó mucho la atención, pues que solamente transcurridos algunos días, y cuando ya los acontecimientos se habían consumado, se habló del asunto; como si aquellos comentarios fueran creación posterior al suceso; cosa muy común en todas partes cuando ocurre algo extraordinario.

El día en referencia, sin embargo, desde bien temprano con dirección al norte, el cielo se fué tiñendo de un extraño color cobalto, ni espeso ni transparente, que lentamente se fue extendiendo con dirección al sur, em-

pujado en la altura por el viento, como si se empeñara en llegar al mar, luego de contemplarlo a la distancia.

Así transcurrió el día sin más apremios que los normales, ni más afanes que los inmediatos de un día festivo en un pueblo interiorano; sin otra novedad.

Las gentes de los poblados veraguenses contiguos a las vías fluviales de mayor tamaño, siguiendo la tradición cristiana, celebran en diversas formas las fiestas de la Candelaria, bien ajenos a cualquier preocupación.

Poco después, a las 10 p.m. aproximadamente, sin embargo, los habitantes de Souú, población situada a la orilla del río San Pablo, que practican la costumbre de bañarse en el río por la noche, notaron sin gran asombro ni preocupación que "el rey de los ríos" el antiguo Tebarabá, principiaba a crecer sin la intervención de la marca.

Todos pensaron en las "aguas de montaña" que no son otra cosa que grandes lluvias en la cordillera donde están las fuentes del río San Pablo, y coligieron, no sin razón aparente, que ni sería grande la creciente, ni de larga duración tampoco, como generalmente acontece en estos casos.

Grave error fue aquel del cual muchas personas se lamentaron después, cuando ya la tragedia había cumplido su propósito.

No se trataba de aguas de montañas, ni la creciente sería pequeña, pero no se había tomado ninguna precaución, sino por el contrario una de las mayores avenidas del río que los más viejos sonaños recordaban haber visto en sus vidas, y una de las más dañinas también.

Todo aquello y lo que aconteció después, fue normal, inusitado y misterioso.

No hubo lluvias, por lo menos en el sur de la cordillera Central donde están enclavadas las poblaciones más contiguas a las fuentes de estos ríos, y menos aún en la zona de las dunas, junto al mar.

En un comienzo apenas cambió un poco el color de las aguas, pero éstas poco a poco fueron haciéndose más y más oscuras, hasta cuando al cabo parecieron gigantescas cantidades de cenizas diluídas, tan espesas, que en ellas murieron faltos de aire, millones de peces, grandes y pequeños, a lo largo del recorrido que hasta su desembocadura efectúan estos ríos.

Las aguas subieron **lentas pero incansablemente** durante toda la noche, de suerte que la mañana siguiente puso al descubierto un panorama aterrador por su aspecto; pues el elemento y su extraña mezcla rugiente y avasalladora, habían alcanzado un nivel fantástico y cubierto extensas porciones de tierras ribereñas distantes del cañón del río.

En algunos sitios emplazados en las márgenes y aún distantes de ellas, sólo eran visibles las copas de algunos árboles, cuyo follaje tiznados

por aquel extraño color gris que tenían las aguas, marchitos como si aquella inmersión los hubiera tostado, continuaron indicando por algún tiempo, el lugar hasta donde alcanzó su tortura.

Los dueños de terrenos cultivados con pastos artificiales para la ceba de sus ganados en las márgenes de los ríos, fueron los mayormente damnificados, aparte de quienes con sus habitaciones, graneros, animales domésticos y cuanto tenían lo perdieron todo.

Las aguas en su avance destructor y ciego, no sólo arrastraron una gran cantidad de ganados que pastaban en aquellos sitios, sino que al retirarse, grandes extensiones de terreno quedaron soterradas bajo una capa de cenizas que en algunos sitios alcanzó entre uno y cinco metros de espesor.

Mientras tales acontecimientos culminaban a lo largo del río San Pablo, las aguas de los ríos Tabasará y Santa María crecieron al mismo impulso misterioso y terrible, no tanto en el segundo como en el primero de ellos, pero en ambos en menor proporción que el San Pablo, cuyas fuentes fueron mayormente afectadas. Pero en ambos también los daños fueron tremendos, y considerable la altura que alcanzaron las aguas.

Qué convulsión espasmódica de la naturaleza fue la que se operó en aquella forma?

Entre los miles de personas vivas todavía que a mucha distancia del punto donde se produjo este fenómeno presenciarnos este espectáculo en algunos de sus aspectos colaterales, no hay recuerdo de que se produjeran estremecimientos sísmicos de aquellos conque suelen ir acompañados los terremotos en todas partes donde ellos se producen.

Fue más bien, como si la pared cuarteada de un dique se hubiera roto en alguna parte, y algo parecido a lava volcánica no recalentada por el calor interior de la tierra o una tremenda corriente de lodo se hubiera precipitado silenciosa y arrolladoramente al curso de aquellos ríos, para que fuera arrastrada por ellos al mar. La misma que luego continuó fluyendo como una vena abierta por algún tiempo.

Qué fue aquello...?

En qué sitio de la Cordillera Central, en la región veraguense donde nacen estos ríos se originó aquel fenómeno extraño, y en cierto aspecto apacible?

En el caso del río Tabasará, fue éste que nace más al Occidente o su principal afluente el río Viguí que está más al este, mas contiguo al nacimiento de los ríos San Pablo y Santa María, el receptor de esta gran masa líquida que lo obligó a salirse de madre en forma tan extraordinaria, hasta una gran distancia del sitio por donde habitualmente discurre?

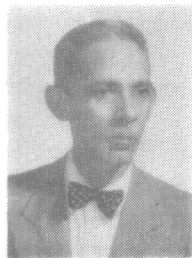
Fue el Santa María cuyas fuentes están relativamente a poca distancia,

con dirección al este de donde están localizadas las fuentes del río San Pablo, quien recibió directamente el empuje u otro de sus afluentes quien lo hizo?

Nunca, hasta donde nosotros estamos enterados, se ha investigado la causa gestora de esta alteración de la naturaleza, evidentemente de carácter geológico, y de allí que nuestras gentes jóvenes la ignoren, y nuestro historial eterno de este tipo moderno, carezca del registro constatado de este capítulo; con cuyo desarrollo apacible, acaso se descargó una tremenda tensión telúrica, que de otra forma, se habría constituido con el tiempo en una catástrofe de grandes proporciones, por efecto de la enorme presión que ella habría continuado ejerciendo sobre el eje central de nuestro sistema orográfico.

La *creciente de la ceniza*, de la cual si hay pruebas, se desconocen todavía las causas, es otro de los misterios de nuestro suelo.

Manuel María Alba Carranza, panameño (1892). Historiador. Entre sus muchas obras figuran: "Paisajes y costumbres de la sierra" 1825; "Urracá" 1928; "Etnología y población histórica de Panamá" 1929; "Cronología de los gobernantes de Panamá.—1510-1932" 1935.



Relación de Méritos y Servicios de un Panameño Ilustre

Don Nicolás Victoria Jaén
(1862-1950)

Honorables Diputados:

Yo, Nicolás Victoria Jaén, panameño, nacido en Aguadulce y vecino de esta ciudad capital, con todo respeto me dirijo a los Legisladores de mi Patria, miembros de la Asamblea Nacional de 1928. Como la Constitución de la República en su artículo 65, inciso 3, señala, entre las funciones de la Asamblea Nacional, la de crear empleos, determinar expresamente las funciones, deberes y atribuciones que les correspondan y fijar los períodos y señalar los sueldos, vengo a pedirlos que expidáis una ley por la cual se me nombre, por diez años o por el tiempo que pueda desempeñar el cargo con capacidad y consagración, Superintendente de los Colegios Oficiales de la República, con atribuciones claras y precisas que me permitan llevar a cabo en ellos una labor eminentemente cultural. Baso esta petición en que voy a cumplir 67 años de edad, de los cuales he dedicado la mayor parte de ellos al magisterio de la enseñanza, al de la prensa y al profesorado, advirtiendo que cuando no he sido ni maestro, ni profesor, ni periodista, siempre me he dedicado a trabajar en pro del adelanto del país.

En efecto: a la edad de 17 años entré a la Escuela Normal de Institutores del Estado Soberano de Panamá, y aunque la práctica de los alumnos maestros entonces se hacía una vez entrados en el tercer año de estudios, a mí, por razones que la natural modestia no me permite exponer, se me puso a enseñar desde el primero, y no como quiera, sino haciendo clases a los alumnos de cuarto y último año de la Escuela Anexa, que equivalía en la organización de aquella época, poco más o menos, al sexto grado de la escuela primaria de hoy.

Una vez graduado maestro de escuela superior, en Febrero de 1882, fui nombrado Director y Maestro de la Escuela de Varones de Santiago de Veraguas, nombramiento que hizo en mí el entonces Presidente de la Dirección General de Instrucción Pública del Estado Soberano de Panamá, don José Antonio Sosa, uno de los caballeros más distinguidos y ho-

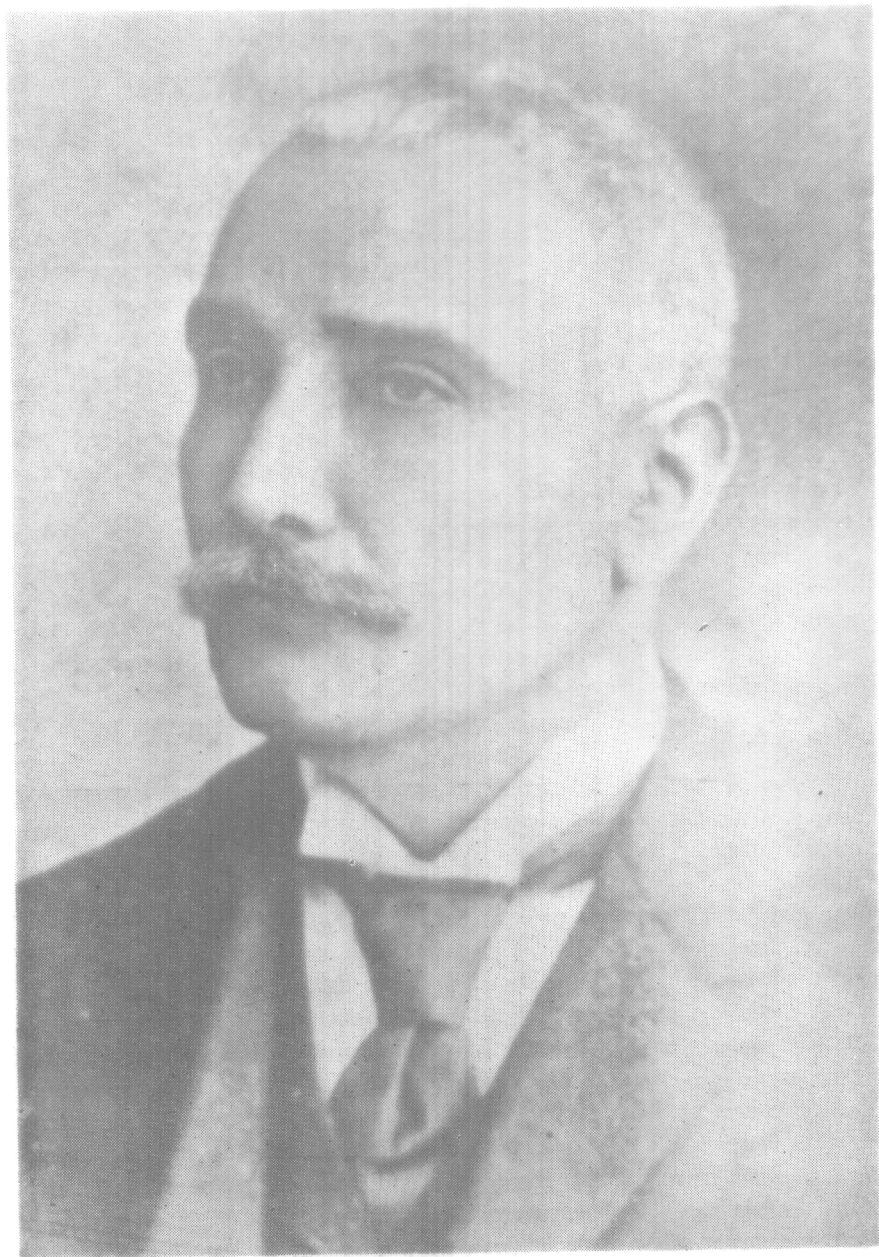
norables de los tantos que servían entonces de ornato a esta sociedad. Al entregarme el señor Sosa el nombramiento referido me dijo, que lo había hecho como premio concedido a mi consagración al estudio, pues, en su concepto, Santiago de Veraguas era entonces la población más importante de las provincias del interior, porque de la sociedad de Santiago pensaba lo que de ella había dicho en documento oficial don Manuel José Hurtado, que sólo era inferior a la de Panamá en cantidad.

En 1888, por motivos de salud, me vi obligado a renunciar la dirección de la escuela mencionada y acepté entonces la Secretaría de la Prefectura de Veraguas, siendo Prefecto primer suplente, del principal, señor don Dionisio Facio, el doctor Calixto A. Fábrega. Continué de secretario del señor Facio al encargarse de nuevo de la Prefectura, a quien algún tiempo después reemplacé, quedando yo por varios años Prefecto Principal de Veraguas. Todo este tiempo establecí clases para jóvenes de alguna edad y alcancé a tener como alumnos, internos los más, un grupo visible de educandos de las provincias vecinas.

Para satisfacer aspiraciones políticas del momento renuncié la Prefectura de Veraguas en 1892 y acepté la de Chiriquí. Una vez en David, siendo Prefecto, abrí un colegio privado que fui ampliando hasta tener, con excepción de los jóvenes Obaldías, a los jóvenes más distinguidos de allí entonces, como los Preciados, los Alvarados, Pino, Anguizola, Lambert, los Halphen, los Delgados, los Molinas, los Benítez etc.

En esta tarea me sorprendió la guerra civil de 1899, por lo que tuve que trasladarme a esta ciudad, donde en plena revolución armada reanudé de nuevo las tareas del Colegio del Istmo, mediante contrato celebrado con los caballeros que habían constituido la Directiva fundadora, años antes, del referido Colegio. Había muerto ya el alma de esa institución don José N. Recuero, y me entendí, para los fines del caso, con don Ricardo Arias, nombrado Presidente por sus colegas, que lo eran don Manuel Espinosa B., don José Gabriel Duque, don Ildefonso Preciado, don Mauricio Lindo, don Manuel José Díez y el doctor Corrales.

Mientras los partidos políticos partían el sol en los campos de batalla en las provincias del interior, el Colegio del Istmo, bajo mi dirección y secundado por muy buenos profesores, impartían enseñanza a un centenar de jóvenes, muchos de ellos hijos de adversarios implacables entre sí. Recuerdo, para honra del país, que don Emiliano Isaza, autor de la gramática que ha tenido más ediciones en América, pasó por Panamá con dirección al Ecuador a donde iba como Ministro de Colombia, y fue a visitar el Colegio del Istmo, donde quedó sorprendido al ver en plena guerra civil un colegio en el cual estaban jóvenes representantes de los apellidos de los principales contendores en armas.



Don Nicolás Victoria Jaén.

(1862-1950)

Terminada la guerra me tocó a mí, como Secretario de Instrucción Pública del Gobernador del Departamento, doctor Mutis Durán, comenzar a organizar de nuevo la enseñanza pública, tarea ardua, más que ardua en aquellos tiempos de total ruina y de intensos odios. En esa tarea, reparadora me encontraba cuando se separó Panamá de Colombia. El 4 de Noviembre de 1903 fui nombrado por la Junta de Gobierno, compuesta por los señores José Agustín Arango, Federico Boyd y Tomás Arias, Secretario de Instrucción Pública, honor que decliné por circunstancias conocidas en todo el país porque las expuse en la contestación que di al nombramiento en referencia. Poco tiempo después, estando en David, vi la lista acordada en esta ciudad para candidatos de Diputados a la Convención Nacional y en ella leí mi nombre como Diputado Principal por la Provincia de Chiriquí.

Una vez en la Convención Nacional se me nombró para que, en asocio de los convencionales señores doctor Julio Icaza y Modesto Rangel, presentara un proyecto orgánico de la instrucción pública. Los dos caballeros citados tuvieron para conmigo la deferencia, que sabré agradecer siempre, de dejarme en libertad para que redactara yo el proyecto aludido, el cual fue firmado por ellos, sometido a la Convención y aprobado con leves modificaciones, resultando de ahí la Ley 11, orgánica de la instrucción (pública nacional.

La Convención Nacional aprobó el nombramiento que en mí hizo el primer Presidente de la República doctor Amador Guerrero, de Gerente del hoy Banco Nacional. Decliné honra tan alta porque mi propósito entonces no era otro que trabajar en el importante ramo de la instrucción pública, lo que sucedió al fin porque fui nombrado Secretario de Instrucción Pública y Justicia en Agosto de 1904.

Lo que hice entonces el país entero lo vió. Recorrí la República de un extremo al otro, visitando los pueblos todos y los corregimientos más importantes. Resultado de esa visita fue la fundación de más de cien escuelas, labor entonces más difícil que sostener hoy seiscientas.

Terminada la primera administración de la República de Panamá, y separado yo de toda intervención en el Gobierno, reanudé de nuevo las funciones lectivas del Colegio del Istmo, las que se podrían llamar tercera época de dicho Colegio. Con una asistencia de más de doscientos alumnos funcionó dos años y suspendió sus tareas porque el mal estado de mi salud no me permitió continuar de Director. Dedicado de lleno desde entonces al periodismo no por eso di de mano a la tarea de educacionista, ya yendo la varias casas de lo más respetable de la capital a hacer clases a muchas señoritas, ya recibiendo en la mía a varios jóvenes, entre ellos a algunos de los que educándose en el extranjero ve-

uían todos los años a pasar las vacaciones con sus respectivas familias.

En 1918 siendo Presidente de la República el doctor Ciro L. Urriola y Secretario de Instrucción Pública el señor Guillermo Andreve, estuvo en mi casa el señor Octavio Méndez Pereira, Subsecretario del Ramo a la sazón, a consultarme, en nombre de aquéllos, si quería aceptar la Dirección de la Escuela Normal de Institutoras. Pedile plazo para resolver, y transcurridos tres días contesté afirmativamente. Al frente de ese establecimiento estuve ocho años. Mi labor allí es historia contemporánea, y para apreciarla debidamente basta saber que cuando me hice cargo de él tenía ochenta alumnas internas, 145 externas, 200 más o menos en la Anexa, y al separarme de su Dirección en 1926 el internado ascendía a cerca de 300 alumnas, a más de 300 externas y la Escuela Anexa tenía 700 niñas. Es decir, cuando me hice cargo de la Escuela Normal había en ella por todo al rededor de 450 alumnas, y cuando me separé ese número había ascendido a más de 1.300.

En los años inmediatamente anteriores a 1918 fui siempre profesor del Instituto Nacional y del Colegio de San José de las señoritas Ucrós.

Si a lo dicho anteriormente se agregan los años que fui Inspector de Instrucción Públicas en las Provincias de Veraguas y Chiriquí, puestos que desempeñé ad-honorem, y la tarea educacionista que entraña el magisterio de la prensa que he ejercido por largo tiempo, no será aventurado afirmar que en mi ya larga vida, la mejor parte de ella, he estado dedicado a dirigir y fomentar la educación de mi patria.

Si esto es así es de justicia reconocer que las postrimerías de mi vida puedo seguir dedicándolas igualmente a una tarea para la cual he tenido y tengo natural vocación y preparación especial. Una prueba de ello es que cuando estuve de Ministro en México en 1921, pasé a Estados Unidos donde me ocupé por varias semanas en New Orleans, en Washington, en New York y otras ciudades a visitar escuelas y Colegios, y siendo Ministro de Panamá en Bogotá, en 1924, y habiendo llegado la misión de profesores alemanes eminentes, traída por el Gobierno de Colombia para organizar y orientar la instrucción pública nacional, solicité permiso al entonces Ministro del Ramo, doctor Corpas, para asistir a las reuniones que iba a tener dicha Misión en asocio de experimentados educacionistas colombianos, permiso que me fue concedido con la galantería que puedo exhibir enseñando las cartas que con ese fin nos cruzamos el doctor Corpas y yo.

Chile, la Argentina y el Uruguay", países donde he estado últimamente de Ministro, he estudiado a fondo, hasta conocerlos bien, los adelantos que la instrucción pública ha alcanzado en ellos, adelantos sorprendentes, sobre todo en la Argentina, donde la Misión del Gobierno es, a ese respecto, función social y no política.

Es un hecho, pues, que de los istmeños soy yo uno de los que más largo tiempo y con verdadera decisión y entusiasmo han dedicado sus energías todas al desarrollo de la instrucción pública y al adelanto cultural de la Nación. Y como hoy me encuentro viejo y pobre, pero contado todavía con fuerzas, aptitudes y capacidades para continuar la tarea que comencé a los 17 años, pido a vosotros, Honorables Diputados, que expidáis una Ley por la cual se cree el empleo que solicito, en el ramo de la instrucción pública, y se me confiera a mí con sueldo suficiente para atender a mis necesidades y a las de mi familia, todo ello en condiciones que no desdoren a un servidor público que en el curso de su ya larga vida, además de servir con fe de apóstol en el ramo de la educación nacional, ha ocupado, con excepción de la Presidencia de la República, los más altos puestos del país.

En diversas ocasiones he sido, como es notorio, escritor político combativo, y en la candente arena política he sido representante fiel de lo que es el partidatismo en estas incipientes y siempre caldeadas repúblicas. Para difundir mis ideas y defender a mis amigos, he sostenido polémicas ardorosas, con todo género de armas, pero siempre sin una villanía que marcar. Mi pluma nunca ha sido ni vendida ni comprada. No estoy arrepentido de haber sido apasionado y vehemente porque aún así el patriotismo guió siempre mis actos todos. Errores he cometido, como es natural, en la general apreciación de los hechos y las intenciones de mis conciudadanos pero en esos errores jamás llegaron a columbrarse proceder indignos. En el Gobierno jamás delinquí, convencido como he estado siempre de que sólo la honradez, la probidad y el desinterés hacen de los empleados públicos leales servidores de los pueblos.

Con relación a mi capacidad para desempeñar patrióticamente el empleo que solicito nadie puede ponerla en duda, toda vez que por la prensa y en la práctica he dejado comprender mi afición a esa clase de estudios y la preparación que he llegado a reunir. De mi afición al estudio puedo dar prueba con la selecta biblioteca que poseo, en la cual el espíritu mejor cultivado encontrará siempre alimento exquisito, biblioteca que representa muchas economías y constituye mi más legítima satisfacción. En ese ambiente, Honorables Diputados, elevo y fortifico mi espíritu y aumento cada día la confianza plena que tengo en los destinos futuros de este país.

Para terminar, ofrezco, además de la supervigilancia que he de ejercer en los colegios oficiales del país, desempeñar en esos mismos colegios la cátedra de Historia de la Civilización, asignatura que vendría a llenar una necesidad ya apremiante en esos colegios.

Panamá, 1928.

EL FUTURO DE LA REPUBLICA FEDERAL DE CENTRO AMERICA

Por el DR. FRANCISCO LINO OSEGUEDA,

Ex-Embajador de El Salvador en Panamá.

Deseo exponer en pocas palabras lo que sería hoy la República Federal de Centro América, de no haberse desintegrado trágicamente. Y también el sitio que este nuevo Estado tiene que ocupar dentro del conjunto de las Repúblicas del Hemisferio, el día en que logremos estructurarlo en su forma federal primitiva o bajo un nuevo status político.

Me apoyaré en datos estadísticos para dar fuerza y para sintetizar mis conceptos. Y procedo en esta forma porque creo, con Cecilio del Valle, "que los números son las cifras del libro grande de la naturaleza; los caracteres en que está escrita la ciencia del mundo político; y que el compás que sirve a la geometría es igualmente el instrumento de la política y la economía civil; que no hay gobierno sabio sin el genio del cálculo, y que no puede haber cálculo sin estadística". Más todavía: "que el gobierno que no conoce las tierras de la nación que rige, ni los frutos que producen, ni los hombres que las pueblan, es un ciego que no ve la casa que habita; un administrador que para no aventurar medidas sin conocimiento, debe ser ocioso por prudencia".

Si los esfuerzos de la ODECA continuaran con su ritmo presente, preparando el terreno para realizaciones políticas definitivas, tendrá que surgir, como ya dije, una nación nueva en este Continente. Cuando eso suceda se cumplirá la anticipación del ilustre colombiano Alberto Lleras Camargo: **HABRA CUATRO REPUBLICAS MENOS EN EL NUEVO MUNDO.** Entonces, dice Lleras, "cambiaría sensiblemente el cuadro de las posiciones relativas de los Estados Americanos".

Esta República, cada día menos hipotética, sería la SEPTIMA en población entre los 22 estados de esta parte del mundo; solamente pasarían adelante, Estados Unidos, Brasil, México, Argentina, Colombia y Canadá. Pero, con su extensión territorial de 517.115 kilómetros cuadrados y una población de cerca de 10.000.000 de habitantes, la Repú-

blica Federal de Centro América tendría una población de 20 habitantes por cada kilómetro cuadrado.

La producción global de este nuevo Estado, en toneladas métricas, lo haría ocupar el CUARTO lugar en el Hemisferio Americano y su comercio exterior en dólares tendría el OCTAVO puesto en exportaciones y el NOVENO en importaciones. Sería también el TERCER productor de café en el Nuevo Mundo, después del Brasil y de Colombia. Ocuparía el CUARTO lugar en la producción de maíz; el PRIMER lugar en la producción de bananos; el NOVENO en la de arroz, y el CUARTO en la de frijoles. Por su riqueza en ganado vacuno, finalmente, se colocaría en el SEPTIMO puesto con cerca de 6.000.000 de cabezas.

Si solamente, agrega Lleras, se mantuviera el nivel de gastos presupuestales que hoy tienen las cinco repúblicas que integrarían el nuevo Estado, éste ocuparía el DECIMO lugar. Pero, sus recursos en oro y cambio exterior le darían un OCTAVO puesto después de Estados Unidos, Canadá, Brasil, Venezuela, Cuba, Argentina, Uruguay y México. Sería, dice el ilustre colombiano, "UNA NACION INTERMEDIA ENTRE LAS MAS GRANDES Y DESARROLLADAS DEL HEMISFERIO, Y LA MAS PEQUEÑA SIGUIENDO POR LAS CIFRAS ESTADISTICAS MUY CERCA DE COLOMBIA".

Tales guarismos, sin embargo, cambiarían substancialmente por el solo hecho de la unidad geográfica y política de la Nueva República. La población, en primer término, ha llegado en algunos Estados, como El Salvador, a un límite muy alto de densidad: más de 100 habitantes por cada kilómetro cuadrado: Nicaragua y Honduras, 9 y 8 respectivamente, y Costa Rica y Guatemala con cifras posiblemente más altas. Tales masas de población, sin barreras que impidieran su desplazamiento natural de las zonas superpobladas a las de coeficiente menor de habitantes, no solamente mejoraría la economía estatal, sino que la población podría aumentar sin que se suscitasen problemas insolubles. El tráfico entre toda la zona aumentaría el volumen de la producción e influiría sobre el monto total de las exportaciones.

Modificados los presupuestos, y aplicados globalmente a las necesidades de todo el Estado, su utilización con sentido unitario daría margen considerable para su empleo en obras materiales de gran alcance y de evidente utilidad pública, tales como caminos, fomento y creación de nuevas industrias que consolidarían la independencia económica de la nueva república, lo mismo que la posibilidad de dar gran impulso a la cultura general, a la salubridad y a la asistencia social.

Para la estructuración de este Estado hipotético, debe iniciarse desde ahora, a través de la ODECA, el estudio de los grupos aborígenes dis-

persos en Centro América, los cuales, hasta donde sé, no han sido debidamente considerados como parte del plan que se ocupa de dicha estructuración. Estos grupos étnicos, importantes en algunos de los países que integrarán la nueva república, llegarán a tener un papel que no debemos subestimar en el porvenir del nuevo Estado. Su contribución como factores de progreso, y en otros aspectos, debe tomarse en cuenta si se desea dar un perfil definitivo a dicho Estado. Es necesario, pues, crear o elaborar el plan mas conveniente a fin de emprender el estudio de las condiciones de vida de nuestra población aborigen; su actual desarrollo cultural y económico; su historia, sus tradiciones y su lengua. Al trabajo de estructuración, en la cumbre debe sumarse el enfoque de la integración racional de estos grupos de población marginados hasta hoy, para que en un tiempo previsible, obedeciendo al mismo o parecido fenómeno de el futuro constituyan en el nuevo Estado factores capaces de influir ventajosamente en la vida de la Nación.

Preocupándome este problema me permití sugerir en 1953, al doctor Reynaldo Galindo Pohl, entonces Ministro de Cultura Popular de El Salvador, que realizáramos un "ensayo piloto" en nuestro país, por ejemplo entre los *izalcos*. Este funcionario acogió la idea con entusiasmo, y si el plan no pudo realizarse seguramente obedeció a causas superiores a su voluntad. Creía entonces, como creo ahora, que era preciso emprender desde luego el estudio de nuestros remanentes aborígenes que, lentamente, van siendo absorbidos y transformados por los grupos de población adyacentes. Mediante este proceso el fenómeno salvadoreño de la incorporación o fusión de tales grupos raciales, a la población criolla, mestiza y extranjera, traerá como consecuencia la extinción de dichos grupos, y por consiguiente, si no actuamos ahora mismo, a la vuelta de un siglo, acaso, ya no dispondremos del material humano que nos puede servir en el presente para conocer nuestro pasado. Con relación a este problema, la moderna antropología nos ha puesto en guardia acerca del probable destino del hombre aborigen en todo el mundo: desaparecerá de todas partes en un tiempo previsible, obedeciendo al mismo o parecido fenómeno de extinción que se opera dentro de los grupos étnicos salvadoreños. Debo subrayar el hecho de que, si bien es cierto que la transformación de nuestros grupos autóctonos nos favorece por muchas razones, siempre será de lamentarse que con su desaparición o evolución, olvidemos sus tradiciones, las pruebas de sus orígenes y su lengua. En Guatemala la situación cambia de aspecto; en la hermana República habitan 1.491.725 aborígenes y aunque distintos regímenes se han ocupado del problema, no puede decirse que haya sido resuelto. En Honduras habitan alrededor de 60.000 aborígenes (*xicaques*, *curarenes*, *sumos*, *mosquitos*, etc.); en Nicaragua tenemos grupos autóctonos representados por los *sumos*, na-

hoas y mosquitos. En Costa Rica - - donde tiende a desaparecer la población indígena — quedan solamente los que habitan la región de Talamanca. Como puede observarse, el fenómeno difiere en cada país por su importancia relativa, pero la ODECA debe contemplarlo en su conjunto y abocarse a su estudio desde ahora. Algunos salvadoreños han trabajado en México en este campo, y Guatemala cuenta con ilustres indigenistas; nosotros mismos contamos con la experiencia de compatriotas residentes en el país, quienes disponen de valiosa información sobre la materia. Nuestro Organismo Regional puede pues, recurrir a ellos para este fin cuando así lo determine.

La población aborígen ha sido motivo de profunda preocupación para algunos países como México y el Perú, en donde, desde hace 35 años, se han invertido sumas importantes del erario con miras a su solución. No puede decirse que la situación precaria de la población indígena se encuentre resuelto en aquellos países, pero tampoco pueden desconocerse los resultados positivos obtenidos incorporando al indio a la vida nacional y mejorando su economía gracias a estudios científicos efectuados en regiones debidamente seleccionadas.

Superadas éstas y otras etapas, los problemas de índole política irán resolviéndose progresivamente. Lo importante es no perder nuestro optimismo si las cosas no consolidan con la rapidez que quisieran los impacientes. Antes, por el contrario, influyamos con el poder de nuestra fe en el porvenir y movilizemos las voluntades de aquellos sectores centroamericanos indiferentes al ideal unionista. Convenzamos a todos de que no es aventurado afirmar que el nuevo Estado si se consolidara - - y tendrá que consolidarse — “NO CONSERVARIA POR MUCHO TIEMPO EL PUESTO RELATIVO QUE LE DA LA SUMA DE LAS ESTADÍSTICAS DE SUS MIEMBROS COMPONENTES (QUE INDICAMOS AL PRINCIPIO), SINO QUE, SUS CIFRAS INDICES DE DESARROLLO AVANZARIAN CONSIDERABLEMENTE”. (Lleras).

Hemos expuesto lo mejor que nos ha sido posible el futuro de un nuevo Estado — la República Federal de Centro América — por cuya integración deben luchar todos los habitantes de nuestras 5 Repúblicas. Panamá, situada dentro de la misma área geográfica, no ha sido mencionada porque quisimos ceñirnos al cuadro realista trazado, no por un centroamericano, sino por un colombiano ilustre: el doctor Alberto Lleras Camargo; cuadro que, por este solo hecho tiene más valor y compromete nuestra simpatía hacia el insigne sudamericano.

Pero la Nación Panameña tiene con Centro América nexos políticos, económicos y culturales que se irán acrecentando con el tiempo, INCLUSO INDEPENDIENTEMENTE DE LA VOLUNTAD DE LOS HOMBRES.

No importa cuan lejano se encuentre ese día. Lo cierto es que la evolución y transformación de los estados, crea para ellos nuevos problemas que les imponen soluciones o decisiones imprevistas; soluciones que de seguro sorprenderían a quienes ven ahora con indiferencia, cuando no con recelo, los intentos por fusionar en una sola entidad política — grande y fuerte — a las 6 Repúblicas del Istmo.

Para tal objetivo, los gobiernos de Centro América han expresado sus sentimientos en un documento histórico: LA CARTA DE SAN SALVADOR. Atentos a la voluntad de sus pueblos, nuestros gobernantes quisieron dejar constancia en dicha Carta, que abrían sus brazos a Panamá. Esperamos que en el futuro algunos cambios, difíciles de predecir por el momento, permitirán a los pueblos pronunciarse sobre la cuestión.

.....

.....

El Ideal Unionista no es a solamente el sueño de unos cuantos ilusos. Son unionistas los hombres que tienen a su cargo la dirección de nuestros Estados. Lo es el Presidente Figueres, de Costa Rica, cuando recomienda la creación de un BANCO CENTROAMERICANO y la acuñación de una moneda única: EL MORAZAN; no es discutible la convicción unionista del Presidente Osorio, de El Salvador, cuando prueba esta convicción con actos positivos, y cuando afirma, una y otra vez, que la grandeza de Centro América reside en las posibilidades de su integración económica, cultural y política. Y el Jefe del Estado de Nicaragua, General Somoza, había comprometido su palabra, afirmando: "QUE RENUNCIARIA A SU MAGISTRATURA SI SE PLANTEASE MAÑANA, PRACTICAMENTE, LA FUSION DE LAS 5 REPUBLICAS". La misma determinación advertimos en los Jefes de los Estados de Guatemala y Honduras; ellos han reiterado también su credo unionista. Se ve, pues, que todos están dispuestos a hacer honor a sus compromisos.

... Estas cuestiones son de interés vital para el destino de Centro América y un día tendrán que influir decisivamente en la suerte de nuestros hijos. Por lo tanto, no desmayemos en esta tarea: la de crear una conciencia unionista entre la ciudadanía centroamericana; en todos los estratos de nuestra gran masa de población, pues en ellos reside el nervio y la vida que han de dar impulso al resurgimiento de nuestra Patria Grande, tal como debemos soñarla: RESPETABLE, CULTA, INDEPENDIENTE Y FUERTE.

El Marinero Infantil

(CUENTO)

Por JORGE TURNER

(Panameño)

Juanín, tan niño todavía, inició el regreso con precauciones. Si lo dominaba la ansiedad por mostrar a sus amigos la evidencia de su superioridad sobre ellos, apretujada en su bolsillo sucio, también sabía del malhumor seguro de su madre. Chapaleando agua se fue todo el camino. No encontró a nadie. ¿Había transcurrido tanto tiempo?

Las calles se encontraban desiertas. El sol estaba ya en el cenit. El calor había arreciado invitando a la siesta tropical. La monotonía del paisaje de aquella parte de la ciudad era rota por vehículos que pasaban raudos o por canes famélicos echados a las puertas de las casas, que acusaban una tristeza infinita en sus miradas.

“¿Dónde estarán mis amigos? ¿Ya se habrán ido a comer? ¿Así que no presenciaron mi victoria los muy maricones?”

Para Juanín se había consumado un grave desacierto. El silencio lo laceraba. No era de esperar que su madre echase las campanas a vuelo para celebrar su proeza. Pero sus amigos, ¿dónde se encontrarían sus amigos? Su triunfo merecía mucho más que el reducido público canino de visión pesarosa. Su hazaña era acreedora a saludos distintos de los advertidos en los esporádicos movimientos oscilatorios de las colas de los perros, que únicamente se alzaban para espantar las moscas.

Ñandú, el anormal pintoresco que tanto divertía a los muchachos del barrio, apareció arrastrando su miseria y su prisa; en los ojos, el temor a una broma pesada. ¿Adónde iría tan rápido? Por esta vez Juanín, preocupado, no le hizo caso. Se limitó a saludarlo con desdén:

—Adiós, Ñandú, mierda te gallo.

Juanín era un héroe relegado que todos deberían conocer, pero no Ñandú. Su madre no lo comprendería... Y sus amigos sin aparecer. El era (como en las películas) un guerrero piel roja que empuñaba como trofeo el cuero cabelludo de un cara pálida, aunque sin tener a quien ofre-

córselo. El despellejado bien podría ser el casero Rodolfo Erial, quien tanto molestaba a sus padres.

Se dirigió a la casa. Tal vez estaría su hermano Lencho, quien podría testimoniar del arrojito de Juanín, revelado en el impreso lodoso que cargaba. Sus amigos lo sabrían de todas maneras.

Acompañado de ruidos lastimeros de peldaños subió las escaleras. En el rellano se detuvo. No se decidía a entrar. A la cabeza se le vino la cara de tragedia que pondría su madre. ¿Cómo empezó todo?

Un avión hendió los cielos con su ronroneo característico. El azul esplendente quedó roto por enjambre de pequeños corpúsculos que el ave mecánica dejaba a su paso. Poco a poco la mancha fue haciéndose perceptible. La bóveda celeste pareció de fiesta, teñida como de un cordón de confetis.

El espectáculo no pasó inadvertido a los muchachos. Habían estado macerando sus organismos, ya desvitalizados por la penuria popular, mediante un prolongado partido de fútbol, en plena calle, con pelota a trapo. A la voz de atención ("Miren!"), dada por Juanín, ajeno al cotarro deportista muy a su pesar, se asustaron pensando en la aparición del amenazante policía que les tenía prohibido "esa clase de juegos en la vía pública". Enseguida, suspendieron el jugueteo callejero, la vista fija en el firmamento. Largo tiempo permanecieron, enmudecidos, observando.

Al principio el astro luminoso les impuso ceguera en los ojos. Lentamente la mancha punteada de colorines se veía disgregar. Quebrada en su centro por un golpe de aire, la mácula, como en generación espontánea, produjo muchos pequeños corpúsculos con vida propia, ya perfilados, que cada vez se separaban más entre sí. Atraídos hacia la tierra aumentaba el tamaño de cada uno. ¿Qué sería?

— ¡Son papeles!

El grito hizo cosquilleos en la curiosidad de la puericia. Pero el viento veleidoso no quiso satisfacer tan fácilmente el afán de fisgoneo juvenil. Repartía sus dones (los impresos) en otros puntos de la ciudad. El mazo de hojas más próximo al lugar de donde se encontraban los muchachos era arrastrado, al vaivén de un vals de los aires, hacia la playa.

— ¡Corramos!

Juanín no se movió. Permaneció un momento anclado al fondo de una conciencia que lo invalidaba. Gravitando sobre su mente estaba la situación doméstica. El disgusto de sus padres con el casero Rodolfo Erial, poco antes de él salir, por lo de los tres meses de alquiler vencidos, fue mayúsculo. Su madre le había dicho: "Vete a la calle; pero piensa en cómo estamos. Te moleré a palos si ensucias el traje de marinero". La

advertencia le retozó en la cabeza mucho tiempo. Semillero de energías, supo contenerse cuando sus compañeros lo invitaron a jugar. Baluarte de firmezas, se mantuvo soberbio cuando le hicieron chunga por atuendo tan ridículo que lo condenaba a la inmovilidad. El deseaba ser consciente de que la toga marinera (que repartía en coopropiedad con su hermano) se la encasquetaron en día no feriado por el rostro engañoso que de hereje posee la necesidad: no tenía otra cosa que ponerse.

—¡Corramos!

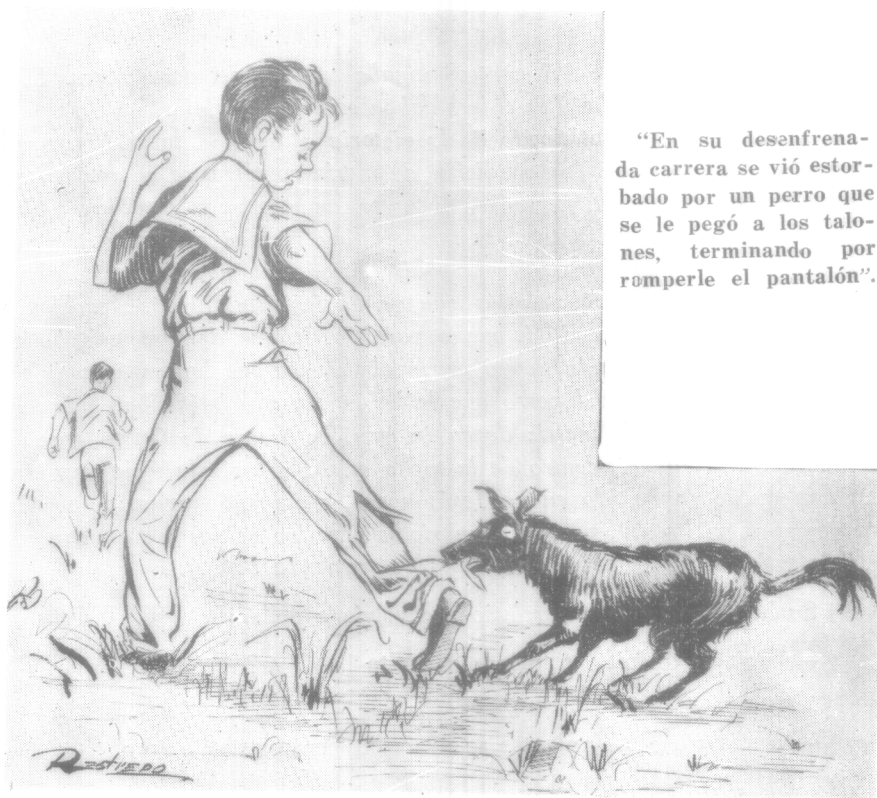
La invitación reiterada hizo añicos el pensamiento responsable. El acontecimiento, desconocido e imprevisto, produjo una incisión en la madurez prematura, llevando a Juanín al reino donde mora y alienta el alma juvenil: la curiosidad. Se rompieron las amarras de la indecisión, y el muchacho puso tajamar hacia lugares procelosos donde los trajes de marinero pueden salir averiados.

Al principio empezó con paso lento, trotando a la zaga de sus compañeros ("¿Qué serían esos papelotes multicolores?") Pronto puso ritmo más veloz a sus piernas, emparejándose con los demás. Fue una pugna de todos por ver quién se colocaba en el primer lugar. El trajecito de marinero no aprisionaba lo suficiente la agilidad de Juanín como para que éste, el más ligero del grupo, no pudiera ponerse a la cabeza. Fácil fue lograrlo. En su desenfrenada carrera se vió estorbado por un perro que se le pegó a los pantalones, terminando por rasgarle el pantalón. Un esguínce acompañado de una violenta sacudida del pie, y (¡pas!) el intruso can fue a dar panza arriba. Divisó más adelante una lata de conservas desvestida de su marbete, refulgente al sol, vacía, y le escocieron las ganas por patearla. La lata botó produciendo un ruido seco y otro ruídito más. ("Ssss. Me ardió el dedo gordo. A lo mejor se me abrió el zapato").

Las hojas impresas se veían ya muy cerca de la tierra. ("A la próxima cuadra ya tendré una en mi poder") Pero todo era un espejismo. La próxima cuadra pasaba y los papeles empujados por el viento no caían. El correteo continuo, jadeante, puso desánimo en los rezagados. Se detuvieron por el cansancio, pérdida la brújula de la curiosidad. Los persistentes continuaron todavía un rato. Ya estaban por las últimas casas vecinas a la playa. Las hojas abanicaban la cumbre de los edificios. Como atraídos por extraños y enormes imanes de concreto, madera, zinc y teja, muchos impresos cayeron sobre azoteas, balcones y techos.

A lo lejos se veían los últimos, viajando más allá de donde termina la franja arenosa, sobre la capa negra dejada por el mar en su retirada. Seguir adelante era contrario al gríñ de la prudencia. Los correteantes que restaban se detuvieron desalentados, llamando a voces a Juan para

"En su desenfrenada carrera se vió estorbado por un perro que se le pegó a los talones, terminando por romperle el pantalón".



que hiciera lo mismo. El muchacho quedó solo en la empresa temeraria. ("Son pájaros de papel"). Observó a la distancia cómo las hojas se posaban suavemente sobre la lama. A su alcance decidido estaban.

Continuó en franca carrera. Juanín era "hombre" (niño) de resoluciones tomadas. No le preocupaba ya saber el contenido de los volantes. Tenía que llegar hasta donde los demás no se habían atrevido. Deseaba realizar la hazaña de volverlos a vencer, como cuando los superó arrojándose del veinteavo travesaño de una escalera. Rengueante y molido anduvo varios días, pero se había ganado la admiración de sus compañeros. Desde entonces le decían "El Loco", mas, en el calificativo al parecer injurioso, se localizaba la luz de un respeto que lo empujaba siempre a ganarlos. Su golpe audaz de ahora sería la posesión de uno de aquellos papeles revolcados.

Traspuso la zona arenisca, sintiendo el polvillo introducirse por el boquete del zapato roto. Se internó por la lama, caminando con cuidado. Buscaba siempre laja, para pisar firme, al recuerdo de sitios que eran

verdaderos tremedales. Ahí dentro reinaba una calma paradisiaca. Sólo la calina lo aóochornaba. Las chiras daban saltitos a lo lejos.

A disfrutar por anticipado de la victoria al alcance de la férrea voluntad que lo animaba (su condición de marinero terrestre en olvido) se sentó sobre un peñasco. Las olas, distantes, amansadas y empequeñecidas por el domador de la naturaleza, emprendían rizadas carreritas. Se puso en pie. En busca siempre de la piedra firme, aunque resbalosa, se fue aproximando a una de las hojas que ya había visto. Llegó. Acuchillado desde una saliente extendió la mano para apoderarse del preciado botín. Un descuido, y (chapalín) cayó panza abajo, con los brazos extendidos, precisamente al revés del perro que le había causado irritación. Sobre la lama oscura quedó la matriz de su imagen, en forma de Cristo crucificado. Al incorporarse, dentro de la mano crispada tenía la hoja impresa. Juanín quedó convertido en un Jesús negro, chorreando agua, despojado de dulzura, maltrecho, pero con un rictus agresivo en los labios. Era un Jesús satisfecho y combativo, después de tremenda batalla.

Su hermano Lencho, sarcástico, lo volvía a pullar:

— ¿Conque te fuiste siguiéndolos hasta la playa?

— Sí.

— Vieras cómo los volantes se metieron por nuestro balcón.

— ¿Y qué?

Juanín suspendió la conversación. Pensaba en que era injusticia flagrante el que le hubieran sentado la mano tan fuerte, lo que no hacían con su hermano... “ese vicioso que fumaba a hurtadillas”. Traspasado por el rencor rumiaba resquemores contra la madre. Sólo una vez antes se sintió igual. Fue cuando estuvo aquella temporada con su abuela, en el campo. Acababa de anainar el chubasco y lo enviaron a la tienda por aceite para la lámpara de la virgen. La lluvia recién caída dejó olor a tierra mojada. En el camino, a su regreso de la compra, contagiado del aroma telúrico que se respiraba, sintió el deseo de hacer unos pocos hoyitos sobre el barro blando, con el dedo índice (chup, chup), y verterles aceite. La abuela lo había sorprendido. Al grito de “Canallín, sacrilego, con el aceite de la Divinísima no se juega”, le dió una tunda con el rebenque.

Ahora fue peor. Gotas varias del óleo **sacratísimo** regado en tributo a la santa Tierra no ameritaban los verdugones que le quedaron. Mucho menos el espaldarazo a su ímpetu vencedor debió ser el hormigueo que le danzaba por todo el cuerpo debido a la paliza de hoy. Su madre, lejos de montar en cólera, pudo haberse manifestado orgullosa de él. Un ‘feucho trajecito de marinero (adquisición de baratillo) averiado en la em-

presa que lo condujo a los mares procelosos de la aventura, no tenían importancia frente a la hazaña consumada.

Por más que cuando entró a la casa y, al escuchar el trajín de su madre afanosa en la cocina, intentó escurrirse de puntillas al cuartito penumbroso para que ésta no lo viera, todo había resultado inútil. Primero se sintió (arabasto en medio del vendaval) fuertemente remecido. Después, golpeado por todas partes. Como culminación fue a parar, sin comer, en el "balcón de los castigados".

Con el dolor físico a horcajadas y el resentimiento por dentro, Juanín sentía la mirada de Lencho:

—Mamá también tuvo curiosidad, pero después de leer uno empezó a hablar sola y a barrerlos y a barrerlos.

—¿Saber lo que decían las hojas?" A Juanín no se le había ocurrido, ebrio por los bandazos que en la borraeca que sacudió su alma de maricón infantil le puso la satisfacción del triunfo sobre sus compañeros.

Lentamente sacó de su bolsillo el papel arrugado. Juanín leyó:

ASISTA USTED A LA FESTIVIDAD EN DONDE SERA CORONADA, COMO REINA DE BELLEZA, LA SEÑORITA GRACIA ERIAL, HIJA DE NUESTRO DISTINGUIDO HOMBRE PUBLICO RODOLFO ERIAL. LO RECAUDADO SE DESTINARA INTEGRAMENTE A LA PROTECCION DE LA NIÑEZ DESVALIDA.

LA COMISION ORGANIZADORA.

Interpretando Sueños

Conversación que escuché de labios
de un grupo de mujeres en el Mer-
cado Público de esta ciudad.

*De que hay aquí en Panamá
augures, sabios, poetas,
y mujeres pizpiretas
ninguno lo negará.*

*Ayer que llegué con Pérez
muy de prisa al Mercadón,
de unas sencillas mujeres
oí esta conversación.*

*Eran cuatro sin sus dueños,
la más astuta decía:
para interpretar los sueños
no hay como yo en Lotería.*

*Y dijo Marcela Floro,
una coja, tuerca y flaca,
soñé, que huyéndole a un toro
me ensarté sobre una estaca.*

*Yo, narró Carmela Frías,
de peligros no me aparto,
soñé que en el río Juan Díaz
casi me traga un lagarto.*

*Dijo a su vez Julia Herazo,
para tormentos los hay,
soñé que me dió un leñazo
el periodista Mc Kay.*

*Entonces la Pitoniza
que oía tal relación,
dijo con sabia sonrisa,
esta es mi interpretación.*

*Sñar con toro es 90,
con lagarto 36,
con periodista 50,
compradlos y ganaréis.*

*En el sorteo, que es candela,
estas cifras se enterraron,
y Carmen, Julia y Marcela
con sus sueños se boyaron.*

*Yo, que no soy jugador
para apartarme del Mal,
si sueño es con el Amor
que me resulta fatal.*

*Pero por dicha y hermosa,
muy feliz el otro día
soñé con Carlos Mendoza,
Rector de la LOTERIA.*

*Y me compré tempranito
el domingo, lo confieso,
de billete un pedacito
y me gané VEINTE PESOS!*

ELIAS ALAIN.

Panamá, Septiembre de 1957.

Recientes poemas de Moisés Castillo

SENDERITOS DE MI TIERRA—

*Senderitos de mi tierra
que me conducís allá
donde la guapa montuna
me sabe a canela y sal;
donde el valor de los mozos
es ímpetu de huracán;
donde palpita la patria
en su belleza total.
Senderitos de mi tierra
que me conducís allá . . .*

*Que a tú paso me saluden
tus brazos de guayacán,
tus nevadas de heliotropos,
de lirios y de azahar;
me enardeczan las salomas,
que animan el florestal,
y me arrulle la tonada,
del socavón al compás.*

*Senderitos de mi tierra:
acompañadme a cantar,
al són de mi mejorana
y del torrente al compás,
las bellezas de mi patria,
las glorias de Panamá.*

*¡Qué orgullo de panameño
siento en mi sér palpar,
senderitos de mi tierra,
que me conducís allá!*

*Mi musa es una montuna
—pimienta, canela y sal—;
virgen morena en milagro
de gracia, ritmo y cantar.
Yo me la robé una noche,
una noche de San Juan,
de locura y de jarana,
me sabe a canela y sal;
y me la llevé a los lomos
de mi caballo alazán.*

*¡Qué orgullo de panameña
siento en su yo palpar!*

*Senderitos de mi tierra:
llevadme siempre hacia allá,
donde la guapa montuna
me sabe a canela y sal;
de la potencia del mozo
es ímpetu de huracán;
do se me ofrece la patria
en su belleza total.*

*¡Qué orgullo de panameño
siento en mi sér palpar,
senderitos de mi tierra
que me conducís allá!*

1957

Moisés Castillo

* * *

ROMANCE DE LA RAPTADA—

*Me dicen que Mariquita
no regresó de la tuna;
que la aurora la envolvió
en los pliegues de su túnica*

*y se la llevó cantando,
envuelta en ondas de música.
Me dicen que Mariquita
no regresó de la tuna.*

*Y yo, que bien lo decía:
no la dejen sola nunca,
con esa cara tan mona
y esa mirada montuna;
con esos labios de anhelo;
con esa frágil cintura
y aquella gracia, que en otra
mis ojos no han visto nunca.*

*No cerró el pueblo los ojos
aquella noche de tuna,
de aguardiente y de tambores;
y parecía una locura
el discurrir de sus calles,
llenas de licor y música;
arrullada de gallinos,
de tonadas y de cumbias
y olorosas a polleras
y embriagadas de montunas
y salomadas de machos
de pelo en pecho y de rulas.*

*El pueblo se ha vuelto loco
y se desborda en la tuna.*

*Y yo, que bien lo decía:
no la dejen sola nunca,
que Mariquita es muy mona,*

*muy monina y muy montuna;
pero la dejaron ir
en los brazos de la música
y se la llevó la aurora
envuelta en su leve túnica.*

*El pueblo está cabizbajo,
pues honda pena lo abruma:
de Mariquita, la bella,
los ojos ya no lo alumbran,
ni lo alegra ya su risa
ni sus tonadas lo arrullan.*

*Dicen que brioso corcel
se la llevó y que su grupa
sólo se vió cuando huía
envuelto en polvo de luna,
mientras que por las cañadas
una saloma iba en fuga.*

*Y yo, que bien lo decía:
no la dejen sola nunca,
con esa cara tan mona
y esa mirada montuna;
con esos labios de anhelo;
con esa frágil cintura
y aquella gracia, que en otra
mis ojos no han visto nunca.*

1957.

Moisés Castillo



Moisés Castillo Ocaña, panameño (1899). Autor de los siguientes libros de poesías: "Brevariario lírico" 1925; "Fiestas Escolares" 1927; "Sendas hermanas" 1932; "Romances de mi tierra" 1939; "Allá onde uno" (cuentos) 1946; "Escena y lectura" (verso y prosa) 1948.

Pago de Billetes premiados en Chiriquí y en el resto del Interior de la República

Mediante arreglo con la Sucursal del Banco Nacional en David, dicha Institución se ha hecho cargo del pago de los billetes de Lotería que resulten premiados, mejorando así el servicio que la Lotería Nacional de Beneficencia da al público, ya que anteriormente las personas favorecidas con billetes premiados tenían que venir a Panamá para cobrar los premios o recurrir a particulares para que se los cambiaran con descuento.

La Junta Directiva y la Gerencia de la Lotería están empeñados en extender este servicio a las otras regiones de la República donde existan Agencias del Banco Nacional y al efecto, inician conversaciones con la Gerencia del Banco Nacional, que afortunadamente regenta el progresista y dinámico don Henrique Obarrio.

(Tomado del Informe del Gerente de la Lotería Nacional de Beneficencia, Dr. Carlos E. Mendoza, de Septiembre de 1957).

famosa vegetación de los trópicos, a mas de su considerable desarrollo, que da lugar a que por todas partes se vean inmensas sabanas de verdura, presenta además la particularidad de tal mil especies exóticas que por todas partes en ellos abundan, pero que fuera de allí se agostan.

La selva que en los alrededores de Paya está desierta y silenciosa, como si quisiera guardar una perfecta relación con aquel pueblo apático que en su seno vive, a medida que se recorre, alejándose de las miserables cabañas en que habitan, parece que se ensancha y adquiere esos ruidos, que le son propios, y que parece como que acompañan en su tránsito por ella: acá y allá sobre la verde alfombra que en absoluto tapiza el suelo, se ven una multitud de monos descarados que corren, juegan y saltan, sin que nuestra presencia les imponga en lo más mínimo, y los loros y las cotorras dejan brillar entre los árboles su caprichoso plumaje, llamándonos hacia ellos la atención con sus continuos chillidos. El río se ensancha poco a poco; anchos estanques sin corriente separan los remolinos, que cada vez se hacen más raros y menos peligrosos.

Nuevamente volvemos a encontrarnos con los aligatores y caimanes que tan conocidos nos son: al aproximarnos, el ruido que naturalmente producimos despierta a aquellos monstruos, que lanzándose precipitadamente al río, hacen oscilar nuestra piragua de una manera alarmante. Nuestros temores fueron grandes, pues dos o tres veces algunos de aquellos repugnantes anfibios, en sus saltos acelerados, llegaron a tropezar en los costados de nuestra piragua, que seguramente no podría resistir muchos embates: no olvidábamos la fuerza monstruosa que aquellos animales tienen en la cola, y pensábamos cuán fácil era ver deshecha nuestra piragua y a nosotros en el fondo del río, víctimas de aquellas aceradas mandíbulas que mirábamos con espanto. Por fortuna, nada ocurrió y pudimos seguir adelante, sin que ningún contratiempo viniera a aumentar los que ya lamentábamos. Por la noche acampamos sobre un punto que en la orilla formaba una playa arenosa; nuestra cena se compuso de cuanto Mono, nuestro guía, cazado y pescado durante el viaje que habíamos hecho, y por primera vez, convenciéndonos de que la necesidad es una gran maestra que carece de ley, nos dispusimos a comer la carne de macaco. Si hemos de decir verdad, no tiene mal gusto del todo; pero el animal, groseramente descuartizado y preparado, su piel quemada, la forma de sus miembros y el color verdoso de su piel, le dan el aspecto del cadáver un tanto deforme de un cofrade en dignidad humana que comienza a descomponerse.

Las huellas que en aquella playa pudimos ver claramente marcadas,

no podían dejar la menor duda de que era muy frecuentada por los caimanes, y esto dió lugar a que me dominara una singular aprensión, que fácilmente se explica en un explorador novel como yo; mas este cuidado que se apoderara de mi ánimo fue desapareciendo poco a poco, extinguiéndose por completo al ver la tranquilidad con que los hombres que nos acompañaban tendieron sus mantas y se dispusieron a pasar la noche.

Bien pronto pude convencerme de que había otra cosa más de temer que los caimanes, por absurda y extraña que esta confesión pueda parecer. El caimán, como hemos dicho, sólo cuando cuenta muchos años y las excrescencias de su rugosa piel le dificultan sus movimientos, es cuando ataca al hombre; pero los mosquitos muestran una singular predilección por clavar en nuestros cuerpos sus ponzoñosos agujijones, y estos odiosos insectos abundan mucho en el sitio en que habíamos establecido el campamento; sus continuas y molestas picaduras no nos dejaron cerrar los ojos, y a la mañana siguiente era horrible el aspecto que presentábamos; nuestra cara y nuestras manos estaban totalmente acribilladas e inflamadas, experimentábamos un indecible malestar, que con nada se calmaba, y sentíamos una excitación febril que no nos dejaba gusto para nada. El hombre más fuerte y vigoroso, el ser mejor constituido, no podrá ciertamente sufrir muchas noches como la que allí pasamos, sin morir de los dolores y la fiebre que los agujijones de aquellos mosquitos causan. Nosotros, que nunca podremos olvidar lo que allí sufrimos, y que tan presente lo tenemos entonces usando del derecho que como descubridores teníamos, impusimos a aquel lugar de tortura el nombre de *Playa de las Plagas*, de los *Azotes* o de los *Dolores*, porque cualquiera de estos nombres le estaba bien empleado.

A medida que más y más se desciende por aquella corriente, el río cambia de aspecto, las aguas pierden la limpieza y la transparencia que admirábamos tanto, y toman un color amarillento sucio; su cauce al propio tiempo se estrecha, y los árboles que en una y otra orilla crecen, dan sombra que lo hacen más oscuro. Los árboles, carcomidos por el continuo choque de la corriente, comienzan a formar obstrucciones que nos cierran el paso y que no pueden evitarse sino abatiendo muchas de aquellas ramas a hachazos, lo cual sobrellevamos gran espacio de tiempo, aunque nos causa grandes molestias y trabajos, tras todo lo cual nos encontramos en las empalizadas, que no son otra cosa que un amontonamiento de ramas que atajan la corriente del río en una extensión de muchos metros de ancho, y que se elevan de ocho a diez metros sobre la superficie del agua. Entonces se hace necesario descargar la piragua, montarla a brazos sobre el maldón y arrastrarla hasta ponerla del otro lado: aquí el corte es a pico, y

entonces hay que echarla de nuevo al agua para cogerla luego otra vez. vaciarla e inmediatamente colocarla otra vez en lo alto. Esta operación no es solo de gran trabajo, sino también sumamente peligrosa; aquellos árboles y aquellas ramas, por encima de los que hay que andar, están todos medio podridos, constituyen un suelo falso en demasía, que puede hundirse con suma facilidad bajo los pies, y sumergir al explorador en cualquier agujero o charco formado en el fondo del río, y menos mal si no va a caer en medio de una asamblea de caimanes.

XXII

Los pantanos del Atrato.—Loma de Cristal y Loma Vieja.—Laguna de Perancho.—El río Atrato.—Desproporción entre su volumen y la extensión de su corriente.
Los monos de la selva palúdica.

Más abajo de la última de aquellas empalizadas que tanto nos hicieron sufrir, las orillas pierden su elevación y se hacen fangosas, teniendo claras y manifiestas señales que acreditan que en la estación de las lluvias, cuando la corriente del río aumenta, se sumergen por completo. Cuanto ante nuestra vista se presenta, nos hace ver que estamos muy próximos ya del inmenso pantano que forma la orilla del Atrato.

Cuando, sirviéndose de cualquier corriente, se atraviesa en una canoa por medio de una selva tropical en la que los epifitos, las lianas y todos los demás parásitos crecen por todas partes enmarañándolo y revolviéndolo todo, hay necesidad de averiguar lo que tras aquello hay, porque nuestra vista no puede descubrir nada en medio de aquel dédalo sombrío; pero en el punto en que nos hallamos, nuestras miradas llegan a todas partes, alcanzan a todas sus profundidades, y nos parece sombría, misteriosa, infinita, nos asusta por su majestad y con su silencio, y en aquella muda contemplación a que nos entregamos, vemos pasar una serie de cuadros de la vida primitiva, cuyos contornos y colores nos causan envidia.

Nada mas seductor que el cuadro que ante nuestra vista se presentaba en aquella hora; la tarde comenzaba a caer y los rayos del sol, próximos ya a su ocaso, se inclinaban iluminado a la selva toda, con esa luz suave que tanto inclina a soñar y a meditar; la barca se desliza dulcemente por las aguas del río, casi sin producir el menor ruido, y los mil insectos que esperan la noche para lanzarse al espacio, chillan en los bordes de los agujeros que les sirven de nido, y se agitan entre las ramas de

los árboles. Los pájaros parecen despedirse del día con sus últimos cantos, y de vez en cuando acá y allá vemos saltar a un inquieto mono que trepa de rama en rama buscando su guarida.

La corriente del río se hace cada vez más pobre, disminuía por el considerable número de canales que, partiendo de derecha a izquierda, se pierden en aquellos prados, y bien pronto solo disponemos para nuestro tránsito de un mezquino cauce que apenas si tiene dos metros de ancho, y en el que su profundidad es solo de algunos centímetros. En muchos sitios nuestra piragua, a pesar de la poca cala que tiene, se encenega en el espeso fango que forma el lecho del río. En los rápidos violentos nos vemos obligados con frecuencia, para conseguir el paso, a cortar a fuerza de hacha los troncos y las ramas que lo interceptan por ser demasiado bajos y formar una especie de leñosa red sobre las aguas; y para poder conseguir los movimientos necesarios a evitar un accidente desgraciado, nos es menester arrastrar la pequeña embarcación hasta el fétido fango, por el que es imposible andar sin hundirse hasta más arriba de la rodilla. Los bananos y los baliceros abundan en número considerable, y con frecuencia nos veíamos enredados entre las ramas de estos árboles, más altas que el *palanquero*, que de pie en la popa de la embarcación hace esfuerzos sobrehumanos para conseguir que sigamos adelante. Los insectos de mil formas y clases, y unas repugnantes arañas, cuya vista hace sentir frío y asco, abundan de tal manera, que parece llover sobre nosotros. Algunos troncos caídos acá y allá vienen a añadir obstáculos a aquel paseo, que en un principio realizábamos con tanta comodidad, sin admirar otra cosa que bellezas.

Por fin, tras tantas penalidades y luchas, tras tanto inconveniente como tuvimos que vencer, abandonamos aquella maldecida selva, donde tanto habíamos sufrido, llegando a un extenso pantano cuya superficie parecía cubierta en absoluto por una de las muchas especies de palmeros que en aquel país se crían, y que las naturales llaman *pagamas*. El tronco de esta musácea es tan corto, que apenas sobresale de la base y su ancha copa se extiende inmediatamente: sus largas hojas muertas interceptan casi por completo el camino. A juzgar por lo que vemos, debe hacer mucho tiempo que ninguna barca surca por aquellos sitios: no se ve surco ninguno que pueda hacernos creer lo contrario; la Naturaleza ha ido amontonando allí sus despojos, y hacinados por todas partes, dificultan el paso hasta un punto tal, que no es posible adelantar sino a golpes de machete. Repentinamente cambia la decoración por completo, y al salir del pantano nos hallamos en una llanura desprovista de vegetación; enfrente, pero a una

distancia tal que ya la silueta se hace indecisa, divisamos algunas montañas cuyas líneas azuladas se dibujan en el horizonte.

En un espacio de más de cincuenta kilómetros, tanto a la derecha como a la izquierda, los terrenos están inundados. Acá y allá se distinguen algunos grupos de árboles, a los que se enlazan algunas plantas trepadoras, formando caprichosas guirnaldas que festonean sus ramas, y que sobresalen por encima de un inmenso mar de cañas y paletuvios de cortas dimensiones. Toda esta vegetación, casi sumergida en medio de las fangosas aguas en que crece, tiene la misma altura y presenta el aspecto de los trigos, momentos antes de hacer la siega: el agua se ve brillar y reflejar por aquí y por allí a lo lejos entre las matas: en una palabra, por todas partes menos en el río. El Caquirrí por aquel lado no es más que una fosa de unos cien metros de ancho, cuya profundidad no llega a diez, e invadida por un bosque flotante, pero tan espeso, que una tabla puesta de plano sobre aquel revoltillo de gramíneas es por demás suficiente para sostener a un hombre. Los remos se hacen inútiles por los remolinos confusos que las hierbas forman en el cauce. Mucho menos puede usar la palanca, pues el agua, por invisible que sea, es mucho más profunda, por lo cual los puntos de apoyo se hacen raros, si no imposibles de encontrar. Con las ramas de mediano grueso de los mayores palmeros pangamas que pueden encontrar nuestros hombres, confeccionan unas horquillas, con las que aplastan las ramas que en tanta abundancia crecen, y buscan apoyo para que la embarcación pueda deslizarse. Nos encontramos en el pantano de Atrato.

Al internarnos en él, advertimos como en nuestro rededor renacía la vida animal, hasta que un punto que jamás la he visto tan exuberante. Bandadas inmensas de pájaros de todos tamaños y variados plumajes corren y revolotean a todo lo largo del río; grupos de garzas inmóviles y graves nos miran pasar en una inmovilidad que llama la atención; los laman-tinos se sumergen repetidas veces en pocos momentos y, unos caimanes enormes duermen sobre las balsas que en la orilla forman la hierbas arrastradas. A las ocho de la noche llegamos por fin a la Loma de Cristal, último punto de un contrafuerte de las cordilleras, promontorio bastante célebre en el país, pues éste, y el llamado Loma Vieja, es el único terreno seco y fuerte que se encuentra en aquella llanura inmensa.

Allí partimos el campamento con los pescadores de manatis que se ocupaban en despedazar dos de aquellos anfibios que habían matado aquella mañana, dividían en largas tiras, que ahumaban inmediatamente. Ya que de estos animales nos ocupamos, bueno será que demos algunos de-

talles acerca de ellos, mucho más cuando constituyen un medio de alimentación para aquellos naturales. Este género de cetáceos herbívoros está caracterizado por la existencia de nueve molares en cada uno de los lados de su mandíbula: los superiores son casi cuadrados, y los inferiores un tanto más puntiagudos, aunque todos presentan una corona plana, en la que se destacan tres especies de bolsas. Los miembros anteriores, verdaderos aparatos de natación que apenas se descubren bajo la piel que los oculta, están compuestos de cinco dedos, que a su vez constan de cinco falanges terminadas por uñas planas y redondas, que tienen algún parecido, aunque lejano, con las del hombre. Estas uñas, por regla general, son nada más que cuatro, pues el más corto de los dedos no es ungüiculado; en algunos han podido hallarse hasta las cinco; los miembros posteriores y la vagina faltan en absoluto, y en vano ha sido que Dauventós los busque en un feto que ha disecado. El cuerpo, de forma oblonga, que algunas veces ha sido comparado con una ostra, está terminado por una celda aplastada, ancha, y que tiene gran semejanza con un abanico. La cabeza termina en un hocico carnosos en el que hacia la parte superior se ven las narices, muy pequeñas y dirigidas hacia adelante: el labio superior, partido en su punto medio, lo tiene guarnecido de pelos muy abundantes, los ojos son muy pequeños, y lo mismo sucede con el agujero auricular, que cuesta gran trabajo apercibirlo. Las mamas son pectorales y adquieren un considerable desarrollo cuando están en la época de la gestación y de la cría.

A estos animales no se les encuentra nunca en alta mar, sino solamente en las orillas, y muy especialmente en las desembocaduras de los ríos, por los que remontan algunas veces hasta muy considerables distancias. La mayor parte de los viajeros afirman que estos animales permanecen constantemente en agua, aunque, según otros, llegan hasta arrastrarse a tierra. Ordinariamente se les encuentra en bandadas, apretados los unos contra los otros y teniendo en medio a los pequeñuelos, sin que manifiesten desconfianza alguna, al menos en las regiones en que no se les ha hecho temer la presencia del hombre, dejan que se les aproximen y hasta que los toquen, teniendo, según dicen, que golpearlos fuertemente para que tomen el partido de marcharse.

La inteligencia de los manatís, su instinto social y dulce, guarda extraño contraste con sus formas groseras, por más que hay necesidad de confesar que los viajeros, amigos siempre de lo maravilloso, han exagerado hasta un punto considerable lo que a la inteligencia de estos animales se refiere, sin duda por haber creído fábulas y cuentos que ningún funda-

mento pueden tener. Ha habido quien ha supuesto que el hombre descendía del manatí, y ha sido llamado por algunos el pez mujer y en otras partes lo han llamado el buey o la vaca marina.

La carne de estos animales, según unos viajeros, es muy parecida a la del buey, y según otros, a la del ternero; su grasa es muy estimada; así es que frecuentemente se organizaban cacerías contra ellos. Para coger a los manatis hay que procurar acercarse a ellos con gran sigilo en una pequeña y ligera barca, y dispararles una aguda flecha, sujeta con una cuerda bastante larga; tan pronto como el animal se siente herido, emprende la fuga, llevando consigo la flecha y arrastrando la cuerda, a cuyo extremo se tiene el cuidado de amarrar un pedazo de madera que flote sobre el agua y sirva para indicar dónde se encuentra. Cuando a causa de la sangre que va perdiendo por la herida el manatí se debilita, se acercan, y arrollando la cuerda hasta dejar sólo algunas brazas, tiran de él hacia tierra, o concluyen de matarlo a lanzadas.

Es un espectáculo muy curioso ver el interés que estos animales toman los unos por los otros; cuando ven a uno herido, todos se precipitan hacia él con objeto de ver si pueden sacarle el arpón, y muchas veces, al sacar uno de ellos fuera del agua, ha podido observarse que los demás lo siguen.

Del manatí se conocen dos especies; una, la que habita las costas occidentales del África, pero la otra, que es la de América y la llamada por los naturalistas el gran manatí, la sirena o la cerda de mar de algunos viajeros. Su piel es gris, ligeramente granulada, en algunos puntos se le ven pelos aislados, especialmente en la comisura de los labios y en la parte externa de las aletas natatorias. La hembra de estos animales generalmente pare dos hijuelos, que desde luego la siguen en el mar.

Aquella noche, gracias al humo que despedía la hoguera de aquellos afortunados pescadores, los mosquitos nos permitieron algún reposo, y pudimos dormir descansadamente, cosa que hacía muchos días no podíamos conseguir, y que tan necesaria nos era, pues a pesar del mucho amor al trabajo, del gran interés que en los buenos resultados de la expedición teníamos todos y de la gran confianza que nos animaba, aquellas tan continuadas fatigas causaban nuestro cuerpo y abatían nuestro espíritu, haciéndonos temer el desarrollo de una enfermedad que nos impidiera seguir adelante.

A la mañana siguiente hicimos una ascensión a la loma, y desde allí pudimos admirar el extenso, el infinito desierto de verdura donde allá a lo lejos se extienden las bocas del otro río poderoso, cuya presencia nos la indica una larga y plateada faja que se extendía en el horizonte.

Hacia el Sur se ve brillar la gran *Ciénaga* o laguna de Perancho, y sólo algunos grupos de árboles contribuyen a que no sea absoluta la monotonía de aquel lugar. Por más que atentamente se mire, en aquel vasto océano de hierbas no se advierte ni la más ligera, ni la más insignificante ondulación. La vista se pierde allí, sin que nada la distraiga; todo parece igual, nada se mueve, y poco a poco se siente que la melancolía invade el alma.

En las hendiduras de la Loma Vieja el río, que se había ensanchado de nuevo, vuelve a obstruirse, y bien pronto aquella inmensa selva flotante, que constituye casi en totalidad su superficie, se cierra más espesa cada vez, presentando acá y allá, entre sus hojas de color verde oscuro, algunas brillantes flores. Durante más de media hora tuvimos que permanecer parados en el *tapón*; en este sitio las hierbas llegan a tener hasta cuatro pies de altura; su peso enorme está sostenido por una multitud de finas raíces como cabellos, entre cuyas fibras se amontonan el cieno y los detritos de toda especie, siempre constituyendo obstáculos a la continuación de nuestro molesto viaje. Inmediatamente vemos extenderse ante nosotros una faja de color amarillento, limitada a uno y otro lado por palmeras de mayor o menor altura, pero que la siguen con un orden y simetría que cualquiera podría decir que habían sido plantadas por la mano del hombre. Esto, que suele causar gran extrañeza, puede observarse con facilidad en aquellos bosques gigantes, al internarse en los cuales se puede observar por muchas partes que los árboles formados en líneas directas constituyen, digámoslo así, regulares paseos, que nadie se cuidó de alinear, sino que es única y exclusivamente obra de la Naturaleza. Aquellas filas de palmeras de que dejamos hecha mención limitan la corriente de Atrato, que es la que tenemos delante. Río de proporciones considerables, más abajo del punto en que recibe la corriente del Caquirrí, su anchura se extiende a más de seiscientos metros de una orilla a otra. Sobre esta considerable sabana, el viento del Norte levanta olas, cuyas crestas se rompen y blanquean acá y allá las aguas fangosas que se estancan en la orilla.

Pero he aquí que nuestra piragua se llena; los hombres que nos conducen se niegan a avanzar más, y nuestro malestar llega a su límite en medio de aquel vasto desierto de agua donde nos es imposible realizar movimiento alguno, y del que al mismo tiempo nos es necesario salir cuanto antes.

Cuando mayor era nuestra desesperación al vernos reducidos a la impotencia, pues nuestras fuerzas habían decrecido de un modo que ya no podíamos contar con ellas; cuando la esperanza nos comenzaba a

abandonar, cosa que hasta entonces no nos había sucedido, a pesar de los mil riesgos y peripecias por que habíamos atravesado en aquella expedición, en la que nunca las satisfacciones podían compensar las penalidades, tuvimos la fortuna de distinguir, un poco más abajo del lugar en que tan malas condiciones nos encontrábamos, una embarcación tripulada por unos pescadores que se hallaban en acecho para pescar *sábalos*, que son grandes pescados de más de un metro de largo, y muy sabrosos. Todos los que en aquellos contornos viven, los apetecen por sus buenas condiciones y, por esta razón no son pocos los que se dedican a su pesca, seguros de obtener resultados lucrativos.

La dificultad que presenta el hacerse de ellos, depende, más que nada, de los escasos medios de que aquellos indígenas disponen, pues por abundantes y por considerables que sean, toda la práctica adquirida en muchos años no puede ser bastante a que la pesca sea nunca de consideración; mucho más cuando, continuamente hostigados aquellos peces, buscan siempre los puntos más profundos, zabulléndose inmediatamente al menor bulto que perciben, si van a flor de agua.

Uno de aquellos hombres, a los que al fin, después de mucho sufrir, nos pudimos aproximar, manifestónos ser el patrón de una *barquetoña* grande, que por fortuna se encaminaba a Pisisí, del otro lado del golfo de Urabá. No podremos expresar nunca la inmensa alegría que experimentamos; entonces nuestra alma se dilató y sentimos que renacían nuestras fuerzas: nunca pudimos esperar tamaña fortuna, que aún la consideramos mayor cuando por un corto estipendio se convino es que nos llevaría al punto de su destino. Al fin íbamos a reponernos de las fatigas que sin cesar veníamos sufriendo, y esto en los momentos en que, por todo lo que a nuestra vista se presentaba, no teníamos motivos para suponer otra cosa sino que irían en aumento; íbamos a perder de vista la frágil piragua, en la que nunca nos pudimos considerar seguros, cuyo poco fondo nos obligaba a ir sentados a la turca, con las piernas cruzadas, lo cual nos causaba dolores e incomodidades a las que no nos podíamos acostumbrar, en la que jamás podíamos recostarnos, sino que noche y día habíamos de ir completamente derechos, y en la que siempre habíamos de procurar que los pesos estuvieran perfectamente equilibrados, pues la menor desigualdad podía ser causa de que, cuando menos lo pensáramos, nos viéramos en el fondo del río cubiertos por aquella cáscara de nuez, pues no podemos dar otro nombre a la embarcación en que nos habíamos aventurado, en la que tanto tiempo había perdido a causa de la lealtad con que teníamos que caminar, sin poder hacer uso de los remos,

y en que algunas veces la brisa era más fuerte que la corriente, como nos sucedió en el medio día que perdimos en la horquilla de la seleva.

El río, cuyo ancho es uniforme en todos sus puntos, no deja de ser profundo en ninguna parte. Sin embargo, nuestra *barquetoña*, en la que tan cómodamente vamos, roza muchas veces con las hierbas y raíces; bien es verdad que éstas crecen en tal profusión, que lo mismo sucedería aunque tuviera mucho menos fondo. Cuando caminábamos por el *Caquirrí*, las orillas, por distantes que estuvieran, se distinguían alguna vez que otra; pero aquí nunca llegamos a alcanzarla con la vista. Sucedería esto a causa de la inmensidad del río? Lo único que podemos decir es que los árboles que las limitan presentan un aspecto raquítico y mezquino, y que por algunos sitios asemejan empalizadas pintadas de color de escarlata: tal es la abundancia de frutos de este color de que se hallan cargados.

En la estación en que nos hallamos, las aguas son escasas y tienen por aquí poca profundidad; mas a pesar de esto, no hay ni la más pequeña extensión de terreno que sobresalga de la superficie del pantano inundado: para encontrar terreno seco y firme sería necesario caminar muchas leguas al Oeste para encontrar las primeras estribaciones de las cordilleras; por el Norte y por el Oeste se extiende una región ambigua, ni mar ni tierra, que se prolonga hasta el golfo de Urabá. Los únicos habitantes de aquella selva palúdica, donde la vida sería imposible para los hombres, son los monos. Sin duda estos animales, por su constitución especial o por lo habituados que se hallan, no experimentan los malos efectos que son naturales casi irremisiblemente por los miasmas que se desprenden y que vician la atmósfera. No cabe dudar que, cualesquiera que fueran las obras que tuvieran que emprenderse allí, los trabajadores a quienes tocara aquella demarcación que se extiende a algunos centenares de kilómetros, tendrían que sufrir más que sufrieron los que realizaron trabajos en el peor de los trozos del ferrocarril interoceánico que pone en comunicación Colón con Panamá; pues allí, sobre peores condiciones higiénicas, dado que todas las tareas tendrían que realizarse inmersos en las cenagosas aguas, se tropezaría con los terribles peligros que constituyen los mil insectos que abundan por todas partes, y los caimanes, que en ninguna faltan, y al propio tiempo lo difícil que sería el abastecimiento de víveres y la conducción de materiales.

No obstante, como decimos, los monos se encuentran perfectamente bien, y cada una de las numerosas bandas que constituyen tiene su

acantonamiento especial y sus caminos hechos; todas las noches vienen a dormir sobre los mismos árboles y todas la mañanas descienden por otro, que es también el mismo, siempre para dirigirse a sus abrevaderos. La vista de aquellos ejercicios de volatinería nos hace comprender que el camino que les sirve para ir no puede servirles para venir: se dejan caer sobre una gran altura sobre ramas deigadas y flexibles, sobre lechos formados por lianas secas que se amontonan al caer por su propio peso, y que les sirve para amortiguar el golpe que reciben al caer, pues de otro modo les sería sumamente peligroso. Marchan en fila los unos inmediatamente después de los otros, ayudándose de la cola prensil, que les sirve para balancearse y hacer menor la rapidez del descenso, o para adquirir violencia y hacer que el salto sea mucho mayor y alcanzar la rama que creen necesaria. Saltan cuidadosamente, pisando casi los talones del que hace de jefe de la banda, y formando una caprichosa cadena cuyos movimientos, giros y circunvalaciones hacen necesariamente reír.

El Atrato no tiene en manera alguna la longitud del Sena, y no obstante arrastra en su corriente una cantidad de agua diez veces mayor, como tuvimos ocasión de observar.

XXIII

Pisísí.—La barra del golfo de Urabá.—Vuelta a Paya. Muerte de M. Brooks.—Un toldo.

Este inmenso caudal de agua de que hemos hecho mención desemboca en el mar por trece bocas, de las que la más corta es la que llaman el Caño de Coquito, derivación del brazo del Barbacoa, y que es al mismo tiempo la que tiene mayor profundidad, y la que por su fijeza y poca agitación parece más segura. El canal, cuya extensión será de unos treinta metros, determina en el golfo una estrecha calzada, cubierta de paletuvios y palmeros, y la barra que forma el límite tendrá, cuando más, unos dos metros de agua. Este fué el camino que escogió el patrón como más seguro, o por ser en el que más practica tenía, por haberlo recorrido muchas veces en el tiempo que hacía se hallaba dedicado a la pesca en que lo sorprendimos. El viento había arreciado un tanto; así es que en atravesar el golfo no empleamos más que dos o tres horas, precisamente la mitad del tiempo que hubiera sido necesario imperando la calma que tan común es allí.

Al medio día próximamente abandonamos las costas del Pisísí, al-

dea casi tan pobre y miserable como las que en el Darién hemos recorrido, y que se compone sólo de un corto número de chozas, construídas como es costumbre en toda aquella región, pero que disfrutan de la ventaja de hallarse en una abrigada caleta, muy segura. Esta aldea, aunque hoy se encuentra casi reducida al último extremo, ha gozado de su época de prosperidad y riqueza. En aquellos alrededores criábanse también abundantes caucheros; pero las mismas causas que ya en distintas ocasiones hemos mencionado, las grandes demandas y el immoderado afán de lucro, han dado lugar a que se agoten o destruyan, siendo hoy muy cortas las cantidades que pueden obtenerse de este producto. De la tagua consiguen aún algunos buenos resultados, aunque también es de temer que, siguiendo como van, no tarden mucho en verse privado de este recurso; hoy lo que más rendimientos les hace conseguir son los aprovechamientos que les ofrece el frecuente paso de las grandes barcas que hacen el comercio entre Cartagena y el valle del Atrato.

Por mucho a que esto ascienda, fácil es comprender que una aldea que sólo tiene un artículo de comercio, y no muy abundante para la exportación; aldea a la que no pueden importarse más que los artículos de primera necesidad, y donde la industria, no ya carece de desarrollo, sino que no se conoce, la vida tiene que ser miserable, las comodidades han de faltar, y la estancia en ella debe ser, si no imposible, al menos muy difícil para los que se hallan acostumbrados a diferente género de existencia.

Además de esto, a los pocos momentos de hallarnos en Pisisí, viendo las malas condiciones higiénicas en que se encuentra, comprendimos cuán malsano tiene que ser, y el género de enfermedades que más víctimas debe causar. En la estación de la sequía los dos arroyos que corren cerca del lugar en que aquellas chozas están emplazadas, se convierten en canales de pútrido cieno, y sólo el agua de que disponen para beber es la que pueden conservar en unos agujeros practicados en tierra arcillosa. Desde los primeros días los efectos que experimentamos nos hicieron comprender cuán perniciosos son los resultados de aquel insostenible y nauseabundo brebaje.

Un vecino de Cartagena, amigo de *M. Recuero*, y que sin duda alguna era el principal negociante del lugar, fue quien nos ofreció hospitalidad, que nosotros aceptamos con verdadera fruición. Después de una succulenta comida, que nos hizo olvidar todo lo que habíamos sufrido en la travesía, y con la que nuestros estómagos se sintieron fortalecidos, el señor Burgos, que así se llamaba nuestro amable anfitrión, nos condujo a una verdadera habitación, que comparada con la selva, los ranchos, la

piragua, la *barquetoña* y todo lo en que había sido preciso permanecer, nos pareció el límite extremo de lo cómodo y de lo confortable. Las paredes estaban blanqueadas con cal; dos catres de tijera formaban las camas que, permitiéndose el lujo de las colchas, iban a recibir a los afortunados viajeros, quienes jamás agradecerán como es debido todas aquellas comodidades, proporcionadas donde menos lo esperaban y cuando más necesidad tenían de ellas para desentumecer los miembros y adquirir de nuevo el vigor que en tantos trabajos habían perdido. Por ninguna parte se veía un mosquito; así es que contábamos pasar una noche tranquila, como hacía mucho tiempo no teníamos otra. Por desgracia, al tiempo que nos recreábamos en admirar la estancia que tan magnífica nos parecía, advertimos que en las junturas del tabique del techo había un considerable número de arañas negras: una, sobre todo, con un vientre grueso como un huevo, y de muy largas patas, nos inspiró un asco indecible, y desde luego nos pareció muy mala compañía para pasar la noche. Así, pues, armado, quien de una escoba, quien de un machete, emprendimos una batida para darle caza; más procedimos con tan poca prudencia, llevados de la gran repugnancia que nos causaba, que tuvo tiempo de desder del lugar en que se encontraba y comenzar a correr por debajo de las sillas adosadas al muro. Por fin, después de mucho perseguirla, conseguimos alcanzarla con un machetazo, que partiéndola en dos, salpicó nuestras ropas con un líquido viscoso y negruzco.

El 29 por la mañana volvimos a pasar la bahía casi sin llevar provisiones para el regreso, y después de practicar un detenido estudio de todos aquellos puntos que podrían ser utilizables para la apertura del canal con que soñábamos, entramos nuevamente en el Atrato. Uno de nuestros amigos del Darién, que había salido en nuestra busca, nos encontró en la Loma de Cristal, entregándonos las cartas que de Paya traía, y en las que nos comunicaba la triste nueva de que M. Brooks se encontraba gravemente enfermo: apresuramos nuestra marcha todo cuanto nos fue posible, y el día 19 de Febrero dimos un adiós a las piraguas en el punto en que el sendero abierto por los indios cae en el río Tulegua.

Por la mañana, el lejano y melancólico son del cuerno de M. Lacarme nos guió hacia la trocha que nuestro amigo se encuentra abriendo en compañía de M. Celler. Trieste nueva! Allí supimos que M. Brooks había sucumbido el 26 de Enero. Lo avanzado de su edad, el poco cuidado que tomaba en lo que a él se refería, y la folta de precauciones, habían dado lugar a que se fueran resintiendo hasta el punto de que, acometido por una disentería, no pudo resistirla, muriendo de ella, si bien es cierto

que para acelerar su fin contribuyó también la mordedura de un vampiro. Era el segundo de nuestros amigos que sucumbía, y sentimos su muerte con toda el alma; animoso y trabajador como pocos, en nada se paraba, ni para él existían peligros, a pesar de sus años; buena prueba de ello su decisión de acompañarnos a tan remotas regiones, a pesar del conocimiento que tenía de las malas condiciones en que se encontraba, y de las muchas y grandes fatigas que tenían que sufrirse.

Llevados a cabo por nuestras brigadas de ingenieros los estudios necesarios, por los que se vino en conocimiento de que era imposible abrir un canal interoceánico a nivel del valle de Paya. M. Wyse se dedicó a estudiar la gran depresión del terreno que, partiendo de Pinogana, se dirige hacia el Nordeste, cortando perpendicularmente al istmo en una parte bastante estrecha. Estábamos plenamente convencidos de que en manera alguna podríamos encontrar un punto por donde el paso fuera expedito; pero abrigamos la confianza de encontrar, en la dirección que nos proponíamos seguir, un contrafuerte cuyo espesor no fuera de mucha consideración, y en el que se pudieran practicar los trabajos necesarios para que sin grandes gastos fuera atravesado por un túnel. Al propio tiempo M. Wyse se proponía la exploración del Tuyra, que los indios y dos caucheros más inteligentes, que habían comprendido el objeto de nuestra misión, habían manifestado ser un río de franco y expedita corriente y de muy suave inclinación, y cuyo cauce por cueillos de muy poca elevación, comienza con los de los tributarios del Atlántico; cosa que, de ser cierta, simplificaría mucho nuestros trabajos y nos haría conseguir una circunstancia en pro del objeto que allí nos había llevado.

Nuestro jefe se reservó la primera de estas exploraciones, y tuvo a bien confiarme todo lo referente a la segunda. Tanto para una como para otra, nos fue necesario volver a Pinogana, que era donde podíamos realizar los preparativos necesarios, y así lo hicimos. Como necesariamente en nuestras expediciones anteriores habíamos tomado nota de lo que más nos había hecho sufrir y no podía pasar desapercibido para nosotros, y bajo este punto de vista debíamos colocar en primera línea a los mosquitos, que tan malos recuerdos nos dejaron en la playa que por tan justos motivos apellidamos de las Plagas, lo primero que hicimos fue proveernos de un toldo que nos librara de sus crueles picaduras. Un toldo en una pequeña habitación de tela, un poco más largas que las hamacas: las cuerdas de suspensión pasan al través de estrechas mangas, que una especie de jareta cierra. En todo su alrededor, por medio de otras cuerdas y palos que forman sus accesorios, se sostiene el toldo, pu-

diendo armarlo en cualquier lugar. Estos aparatos, que la necesidad ha improvisado, son sumamente útiles en aquella región, y en los puntos en que abundan los dípteros duerme, se come, se trabaja y se hace todo, pues de otra manera sería punto menos que imposible.

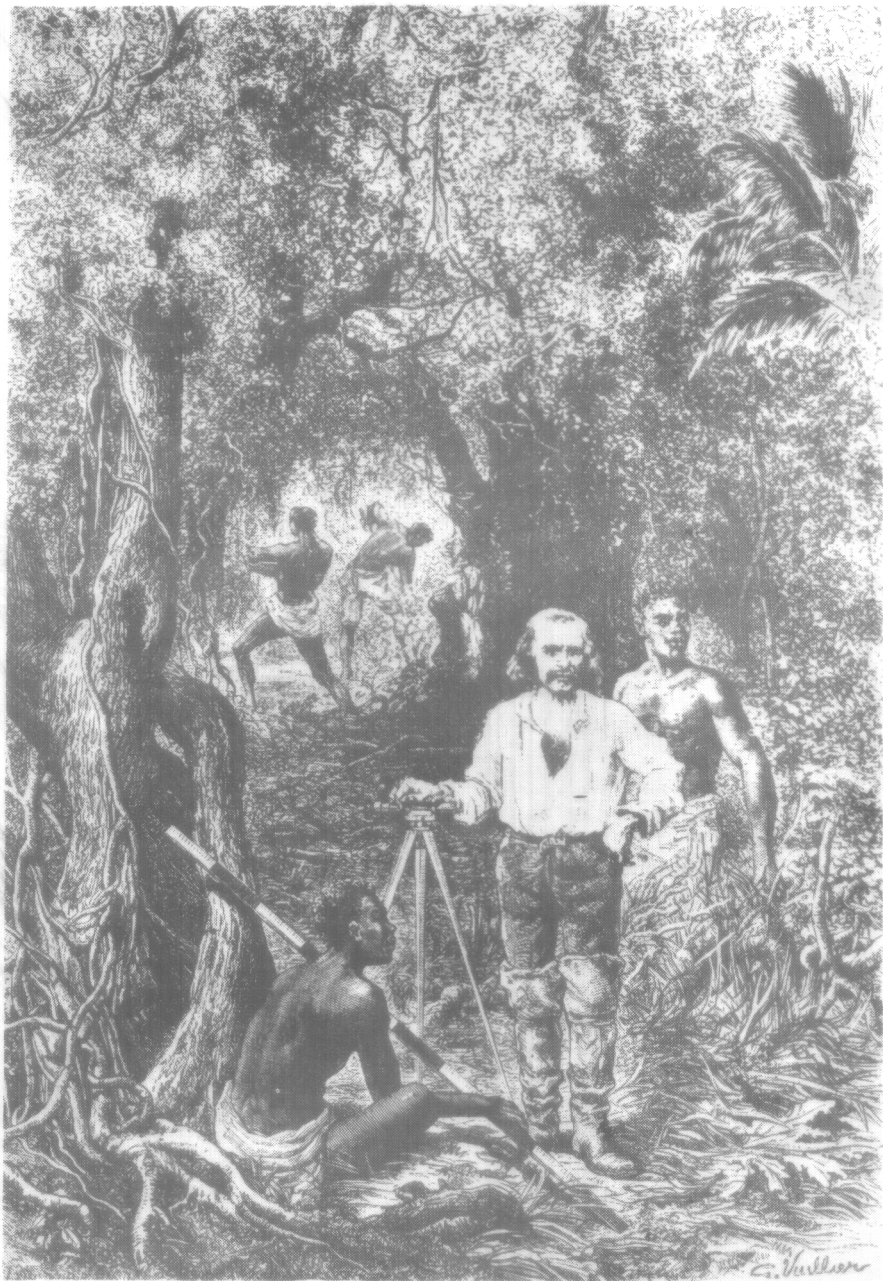
XXIV

M. Lacharme.—Los seis hombres del río Sinú.—Marcha para la costa del Atlántico.—Valor casual por necesidad. La trocha.—El día.—La velada.—La noche en la selva. Las fieras del bosque.

En distintas ocasiones he hablado ya de M. de Lacharme, el cual me fue señalado como compañero en mis trabajos de nivelamiento, y que es, sin que otra cosa pueda decirse, un hombre amable, bueno, religioso, esclavo de su deber y de su honor. Aferrado a la idea de que el Paya era el punto más útil y conveniente para establecer el paso, idea que él emitiera antes que nadie, insistía cada vez con mayor empeño, sin atender al gran número de dificultades, casi imposibles de vencer, que se presentaban para llevar a cabo su proyecto. Bajo de cuerpo, delgado, inclinado ya por el peso de los años, llevaba sus cabellos grises bastante crecidos, pues le caían hasta la espalda; nunca, a pesar de lo muy necesario que era, gastaba sombrero, y en su lugar se contentaba con un pañuelo anudado al rededor de la cabeza o una *liga*, a la manera de los indios, regalo de su *compadre* el *lelé* de Paya. Durante todo el tiempo que permanecemos trabajando en el Darién no le vimos gastar otro traje que una larga camisa roja y un pantalón ajustado por una ancha correa, de la que siempre llevaba pendiente su machete y su brújula. Hacía más de treinta años que había salido de Francia, sin que en tan considerable espacio de tiempo hubiera vuelto una vez siquiera; y por lo que pudimos observar, parecía dispuesto a agotar en las riberas del río Sinú una fortuna considerable que había conseguido reunir en los buenos tiempos de la explotación de minas de California, donde había estado un buen número de años. Había comprado una posesión de muchas leguas cuadradas, en la que sucesivamente, y sin que su entusiasmo decreciera con los malos resultados que hasta entonces había obtenido, intentó explotar unas veces la caña de azúcar, de las que hizo considerables plantaciones, otra vez pensó dedicarse por completo a la cría de ganado, y otras se había dedicado a la explotación de maderas finas que allí abundan. Confieso que no me

cansaba de escuchar nunca a aquel hombre, honrado y orpbo hasta más no poder, observador sagaz, espíritu ardiente y emprendedor desgraciado, porque aquellos trabajos que con tanta fe emprendiera y en los que aplicaba toda su actividad y todos sus conocimientos, no llegaron nunca a proporcionarle los resultados a que bajo todos puntos de vista se hacía acreedor. Según decía, había logrado hallar un remedio muy seguro y eficaz, con el que ninguna mordedura de serpiente podía revestir ni el más ligero carácter de gravedad; era un compuesto obtenido con el polvo de ciertas lianas, que, aplicado inmediatamente sobre la herida, detenía en el acto las hemorragias, por violentas que fueran, y en muy pocos días hacía cicatrizar la llaga, por profunda que fuera. Por fortuna para nosotros, nunca nos vimos en la dolorosa necesidad de comprobar el aserto de M. Lacharme; pero justo es confesar que, en ausencia de nuestro sabio amigo el doctor **Viguiér**, siempre recurrimos a él en los mil incidentes que la vida presentaba allí, y siempre nos dió señaladas pruebas de su rara habilidad. El considerable espacio de tiempo que hacía habitaba en aquellas regiones, durante todo el cual aplicó constantemente su profundo talento de observación, gracias a lo que poseía una larga experiencia en la selva virgen, conocía sus peligros y los medios de utilizar sus ventajas; y la habilidad que demostró siempre en la orientación de sus trochas simplificaron grandemente mis trabajos, ahorrándome de continuo mucho tiempo y no poco trabajo.

El nos proporcionó seis trabajadores que había traído consigo desde las orillas del río Sinú, a los que tenía bien conocidos y probados, pues hacía ya bastante tiempo que se hallaban trabajando a su lado. Aquellos campesinos, obedientes y sobrios, podemos decir que ejecutaron solos todos los trabajos mecánicos en las seis semanas que duró nuestra expedición, y siempre, mientras vivamos, habremos de conservar de ellos muy buenos recuerdos, que en parte contribuyen a destruir los malos que de los hombres de aquella región habríamos de tener juzgándolos por el mayor número de los que de Panamá sacamos. José, que es el que hace de contraamaestre, es un hombre admirable, verdadera estatua de bronce que podría muy bien servir de imagen de la fuerza; pero de la fuerza airosa, fácil, elegante, nerviosa, sin nada de lo que a una estatua de esta clase podría hacer repugnante, como sería el excesivo abultamiento de las formas o el mayor desarrollo de las partes de más ejercicio. Su hermano Antonio es de una estatura más elevada, sin que por ello resulte ninguna desproporción; es de un carácter más melancólico y sombrío, cosa que a todos llama la atención extraordinariamente, por contrastar con



M. Lacharme en la trocha.

la escandalosa alegría que antes formaba la nota principal de su carácter, y que todos atribuyen a la reforma de sus costumbres y al abandono que de la bebida ha hecho, y quizá del vicio que tiempos atrás lo poseía. Según M. Lacharme me refirió, los indios del río Sinú conocen un brebajo maravilloso, tomado el cual se experimentan fuertes dolores de estómago en el primero y segundo día; pero posee la señalada virtud de que, pasada esta incomodidad, se aborrecen de tal modo todos los licores fermentados, que sólo el olor de ellos es bastaste para inspirar repugnancia.

No hemos nosotros de negar la virtud de tan particular remedio, que nunca vimos emplear; pero es justo señalar que durante nuestra permanencia en aquellas comarcas advertimos que los naturales poseían para casi todo un filtro, un brebaje de excepcionales condiciones, con los que los resultados eran positivos; más sin duda no querían emplearlos, por cuanto aquello que compaían persistía, a pesar de la gran facilidad con que, según ellos, lo hubieran podido hacer desaparecer. Allí afirmaban que, gracias al remedio indicado, hacía diez años que no llevaba a sus labios un vaso de anisado. El tercero de los hombres a que nos venimos refiriendo se llamaba Merced, y tenía ya bastante edad, con el defecto, además, de ser un poco sordo; no maneja en modo alguno el machete con la agilidad y destreza que Antonio y José, a los cuales hemos visto en más de una ocasión cortar de un solo golpe una liana del grueso de la pierna de cualquiera de ellos, y que juegan el cuchillo perfectamente, lo mismo con la mano derecha que con la izquierda. Por estas razones, y considerando que por muy buenos y grandes que sean sus deseos no puede en manera alguna desempeñar los rudos trabajos que hay que llevar a cabo, lo hemos designado el papel de marmitón, que desempeña con noble repugnancia, probándonos hasta la saciedad que dicho cargo es muy humillante para él. Hipólito, que ya en otras ocasiones había tenido a mi servicio, no vale lo que los anteriores: Joaquín e Inocencio, que son los dos de que falta hacer mención, son dos jóvenes de diez y ocho y veinte años respectivamente, blancos del interior, que jamás manifiestan repugnancia para el trabajo. Además de éstos, me acompañaban en aquella expedición cuatro caucheros que coadyuvaban a levantar las cargas con la mejor voluntad; pero por regla general, esta clase de gente es viciosa y amiga de la holganza, y por los que conmigo venían se resentían de este defecto en algunas ocasiones.

El 19 de Febrero, al medio día, emprendimos la marcha, siendo inútil decir que, excepción hecha de los *monterianos* que M. Lacharme nos había recomendado, todos los demás hombres que forman nuestro séquito

van ebrios. Es necesario conceder que aquella embriaguez que los domina es lo menos incómodo que puede ser: los hombres, hallándose de tal modo, trabajan con más orden que en el estado normal y gozan de una alegría y una locuacidad que nos divierten grandemente: "Valor en el beber, y valor en el trabajo", es un proverbio que con frecuencia se dice en todo el Darién, y que no creo se halle desprovisto de fundamento, si se juzga por lo que sucede. Evaristo, el fiel criado, el patrón ordinario de M. Wyse, cuando se halla animado por el anisado o por cualquiera otra bebida espirituosa, no hay quien es los ríos le aventaje como atrevido bateletero, ni quien pueda probar mayor fuerza de remos que la suya, remontando solo, sin que nadie le ayude, los más violentos rápidos; en la montaña siempre camina al paso de su infatigable jefe...; pero tan pronto como llega a una aldea, la embriaguez lo vence, y dormido queda.

Remontamos el Tuyra por derecho, sin encontrar obstáculo que nos causara trabajo ni fatiga, llegando hacia las tres de la tarde al punto de confluencia con el Aputí, lugar señalado para el comienzo de la Trocha, estableciéndose en seguida el campamento cerca de una choza levantada sobre una meseta que domina el río. Dos tripodes, formados con estacas amarradas con cuerdas hechas de lianas, sostienen una larga percha, a que suspendimos nuestras hamacas. Los hombres que nos acompañaban extendieron sus esteras y cobertores en el suelo.

Cerca de nuestro vivac se levantan dos *quippos* gigantes, cuya altura no bajará de cincuenta metros por lo menos, teniendo más de tres de diámetro. En este punto, tan bien determinado y que no podía tener pérdida, plantamos nuestro primer palo, señalando en seguida su lado y su posición con respecto al establecido más cerca del Tuyra, relacionando de este modo nuestros trabajos con los de M. Celler y las brigadas de ingenieros.

Desde el 20 de Febrero comenzamos los rudos trabajos necesarios para abrir la dificultosa trocha que nos hacía falta. Una vez realizada la alineación, José, marchando adelante y formando con el machete un rápido molinete a derecha e izquierda, derribaba con sin igual facilidad lianas, arbustos y ramas de árboles, siempre descargando el machetazo en el más alto punto a que podía llegar. Allí pudimos admirar la fuerza y agilidad de aquella especie de gigante, que sin manifestar la menor fatiga, ni aún después de llevar algún rato de tan violento ejercicio, no necesitaba más que el primer golpe para conseguir separar las más gruesas lianas o desgajar las ramas que inclinándose demasiado nos cerraban el paso. De vez en cuando, no olvidando las prevenciones que le teníamos hechas, volvía la cabeza atrás para asegurarse de que seguía la línea recta de antemano trazada. Cuatro o cinco pasos más atrás seguían Antonio e Hipólito, ha-

ciendo practicable aquel camino que el primero abría y separando los troncos que por demasiado, gruesos, o por caer juntos y amontonarse con otros, lo interceptaban; otro posterior a éstos, y armado de un hacha, atacaba a los árboles de cortas proporciones, derribándolos y ensanchando la vía; otro cortaba los *chuzos* más peligrosos (que así llaman los naturales a los extremos puntiagudos que quedan después que ha pasado cortando el machetero). Como éste no da sino golpes casi verticales, los chuzos, cortados a modo de pico de silbato, son excesivamente puntiagudos; las heridas que se hacen, si uno tiene la desgracia de caer contra ellos, son excesivamente graves, con frecuencia mortales, y no son pocos los que ya han muerto en el acto, atravesados de parte a parte.

Esta conveniente distribución del trabajo nos permitió desde luego apreciar sus resultados, viendo cómo insensiblemente se abría ante nosotros una vía, si no cómoda, suficiente al menos para lo que nosotros necesitábamos, por en medio de aquel laberinto de lianas, troncos y ramas que, mezclándose y confundiéndose todo, hacía imposible el paso sin graves dificultades y considerables trabajos. Otros hombres cualesquiera hubieran necesitado, para la mitad de lo que en el primer día hicimos, doble tiempo; pero aquellos atletas vigorosos estaban acostumbrados a tan rudas faenas, y viéndolos trabajar abrigamos la esperanza de que no habíamos de tropezar con ninguna dificultad que fuera insuperable.

Además, M. Lacharme va acompañado de dos caucheros, uno cuyo oficio es sostener la mira, y otro que carga con los instrumentos. Cuando aquel túnel, abierto de la manera que hemos indicado en el inextricable laberinto que forma el revuelto sub-bosque de la selva virgen, llega a cualquiera de los fondos de las muchas cañadas, a la cima de una colina o a una elevación de terreno, cosa que no es necesario andar mucho para que así suceda, interrumpiendo la línea de observación, se planta una mira, y mi colega mide el terreno ayudado de su larga cinta.

En tanto, yo, seguido de dos hombres que llevan el nivel de Egault y la mira, sigo al primer grupo, determinando en los puntos convenientes la altura y efectuando el nivelamiento con la mayor precisión posible. Por lo demás, sigo el mismo paso que los que se ocupan en abrir la trocha; pero al tercer día, el terreno que hasta entonces, si bien no completamente llano, no había presentando grandes dificultades, comenzó a accidentarse, viéndonos obligados a seguir la vía por una no interrumpida serie de crestas y pequeñas colinas de pendientes muy rápidas; de tal suerte, que entre dos paños no era necesario hacer hasta diez paradas, tomando otras tantas nivelaciones: todo lo cual, como es fácil comprender,

nos consumía un tiempo precioso, haciendo sumamente pesada la operación.

Al cabo de una semana, M. Lacharme me había adelantado un espacio igual casi a una jornada de trocha, pues según cálculo, pudimos apreciar que (estimando las mayores o menores dificultades que a los trabajos presentaban las plantas con que tropezábamos) se hacían cada día de ochocientos a dos mil metros, término medio comprobado en los que de trabajo llevábamos. Las que por presentar mayores inconvenientes nos hacían retardar más, eran los bambúes, las lianas y las pitas, o sean los bananos silvestres. Menos mal las dos primeras, en las que bastaba sólo emplear mayor tiempo, pero no así la tercera, cuyas hojas largas y fibrosas y cuyas espinas agudas y venenosas formaban una casi inexpugnable barricada, resistiendo tanto a los golpes de machete, que era menester en el mayor número de los casos inclinarse y arrancarlas a flor de tierra.

La distribución que del día habíamos hecho era la siguiente; por la mañana a las ocho, nuestros hombres comenzaban el trabajo, ocupándose, los que no tenían tarea señalada en la trocha, en acarrear víveres; por la tarde, las cinco, se ocupaban en preparar el lugar donde habían de pasar la noche, escogiéndose para esto el borde de una cañada, donde, gracias a la sombra protectora de algunos árboles, el sol no hubiera corrompido del todo el agua; por desgracia, un lecho espeso de hojas muertas y ramas caídas que comenzaban a descomponerse, formaba muy frecuentemente una bebida tan repugnante al gusto y al oído, que preferíamos mejor volver al vivac en que habíamos pasado la noche anterior. Una vez escogido el lugar que para el caso parecía mejor, era de ver la presteza y agilidad con que lo limpiaban y preparaban. A grandes machetazos, uno de nuestros hombres levanta la primera capa del suelo, en tanto que con la otra mano, armada de un palo a guisa de rastrillo, echa fuera la tierra, las hojas y las hierbas, o pega fuego para que se consuman, consiguiendo así el objeto con más prontitud y mayor facilidad, al propio que esto servía también para que en toda la superficie que nos ha de servir de campamento no quede algún bicho perjudicial de los muchos que allí abundan, que, aprovechándose de nuestro sueño, nos causara un grave ya que no irremediable mal. Terminado esto, se registra escrupulosamente todo el terreno para llegar al convencimiento de que no hay ningún nido de las grandes hormigas negras que por allí se crían, si lo hay, se enciende la hoguera en el punto mismo del agujero de salida. Una vez terminada esta opera-

ción, se cuelgan nuestras hamacas, y los hombres que nos acompañan se forman un lecho con hojas de banano silvestre, sobre las que tienden una estera, y la habitación queda terminada en las mejores condiciones, dada la escasez de medios de que se pueden disponer. La comida se dispone también con la misma rapidez; en treinta minutos se cuece y se prepara el arroz y el tasajo para la cena, y el almuerzo del día siguiente; así es que una hora después de haber dejado de trabajar en la trocha podemos retirarnos a nuestros nidos, que así podemos llamarlos, y dormimos a los sonos de la sinfonía nocturna que se percibe en la extensa selva. A la paz profunda del día, que apenas es turbada por el ligero trino de algún pájaro que se agita en las ramas, o por el ruido de algún reptil que entre las hojas se arrastra, sucede la brillante expansión de la vida, a la que vuelven todos los seres que en el bosque viven, reanimados por la fresca brisa que con el crepúsculo viene. Por todos lados suena incesantemente un ruido semejante al de un arco metálico producido por el canto de los mil insectos que se agitan, formando chirridos y sonos discordantes que hieren los oídos con dureza, y comparados con los cuales las cigarras de nuestros campos son unas cantoras admirables; los roncós gemidos, que esto y no otra cosa parecen los cantos de las pavas, se unen a las modulaciones extrañas de los corcovados y al charataleo incesante de los loros y cotorras. Cuando la noche cierra, los gritos de las urracas, los rugidos de las fieras salvajes, hacen callar aquellas manifestaciones de simpática alegría, y poco tiempo después son acallados por los alaridos de los monos chillones, que sin darse punto de reposo saltan de acá para allá, sin permanecer quietos en lado alguno. De cuando en cuando, un crujido espantoso, seguido de un ruido sordo que se asemeja a un prolongado trueno, viene a imponer silencio a todos; cualquiera, al escucharlo, siente el más grande terror pensando en los temblores de tierra y en las profundas grietas que pueden abrirse en su superficie; pero nada más lejos de esto: tan extraño ruido se percibió en el bosque con bastante frecuencia, pues es causado por cualquiera de aquellos gigantes árboles que se desgajan, y cuyas ramas, chocando con las de los que al rededor tienen, crujen al ser arrastradas en la caída. Si investigáis la causa que ha motivado la ruina de aquel coloso cargado de años, no hallaréis otra que el peso enorme con que los parásitos lo han cargado; los parásitos, que después de haberlo apretado, estrangulado, dándole garrote como pena de muerte, las lianas, adheridas ya a nuevas víctimas, se sirven de él como punto de apoyo para acabar de agotarlo. Por esta razón, uno de los cuidados que hoy que tener en primer

término al hacer la elección de un lugar donde establecer un campamento, es ver que no haya de estos viejos árboles, que a cada momento pueden desplomarse y aplastarnos en su caída. Si no se descubren algunos claros, es necesario procurar un plantío donde los árboles tengan pocos años, y cuando durante muchos días se ha de permanecer acampados en el mismo sitio, hay la costumbre de desmostar todo el circuito del campamento, y aun así, no puede uno darse por seguro si salta alguna fuerte racha de viento o descarga alguna impetuosa nube que se resuelve en agua, formando lo que se llama allí un chubasco; entonces grandes y negras nubes oscurecen la luz del día, vertiendo sobre la tierra verdaderas cataratas. Las ráfagas arquean violentamente las ramas de los árboles, quebrando las unas contra las otras, y por todas partes se escuchan crujidos alarmantes que aterran, pues no parece otra cosa sino que aquella inmensa bóveda de verdura, cuya armazón la forman gruesos troncos, va a desgajarse por completo. La tormenta arranca y hace volar gruesas ramas, que después caen con estrépido contra el suelo, el cual bien pronto se cubre de trozos de árboles y hojas, y al lívido reflejo de los relámpagos, que se suceden casi sin interrupción, vemos a todos los hombres que nos acompañan hincados de rodillas, recitando *in mea culpa* y el *in manus*, e implorando con religioso fervor a San Antonio y a la Santísima Virgen.

En cuanto a caza, la selva nos ofrece muy pocos recursos: sólo de vez en cuando José se separa un poco de nosotros para ir a sorprender en su nido alguna pareja de pavos que han revelado su presencia por su especial cloqueo, parecido a los suspiros o al sonido que causan algunos roedores cuando respiran; por lo demás, en aquellos extensos bosques no encontramos ni jabalíes, ni ciervos, ni gazapos, así como tampoco *pecaris*, a pesar de lo mucho que en el Darién abundan estos animales. Estos paquidermos viven en rebaños inmensos, y es tan grande la solidaridad que entre ellos tienen establecida, que cuando un tigre o un hombre ha herido a cualquiera de ellos, está irremisiblemente perdido si no gana en seguida un árbol en el que subirse, y en el cual habrá de sufrir un sitio de varias horas. Cuando cualquiera de estas voraces bandas ha pasado por un punto de la selva, puede uno establecer allí su campamento con toda seguridad, sin temor a serpientes, porque los cuadrúpedos, los reptiles, los insectos y todo lo que halla, es bueno para aquellos hambrientos, que nada respetan ni en nada se paran.

En el segundo día de nuestro viaje, tuve la fortuna de ver una familia de pequeños pumas negros (*felis nigra*?) que atravesaban la trocha

a distancia de unos diez metros del punto en que nosotros nos encontramos. Estos animales tienen poco más o menos las dimensiones de una pantera, y por lo que pude observar, pareceme que sus formas participan a la vez de las de la raza canina y de las de la raza felina; tienen el pelo negro, brillante, la cola larga y poblada, y los movimientos airosos y elegantes. La madre y los pequeñuelos pasaron sin detenerse y se perdieron inmediatamente en el bosque; el macho se sentó tranquilamente y me consideró con bastante detención durante algunos segundos. Grité a uno de nuestros hombres para que me pasara un fusil, pero mis voces le hicieron huir. Según afirman, los pumas negros son muy raros, y en todo el tiempo que nuestra expedición ha durado, el único que los ha visto he sido yo.

XXV

Continuamos en la gran selva.—Las serpientes.—Los encantadores y las encantadoras.—Las oracioncitas. — Las garrapatas.—Abominación de la desolación.—Las cuatro tribus principales.—Las noches horribles

A juzgar por lo que hemos observado más tarde en el Mamóni y en el Taiti, hemos tenido la fortuna de encontrar por aquí muy pocas serpientes, pues el número de que éstas hemos llegado a ver no ha sido bastante, ni con mucho, para que nuestra atención se excite. Según afirman los naturales, estos inmundos reptiles permanecen durante la estación de la sequía encerrados en los agujeros que les sirven de nido. Por venenosas que sean y por muchos accidentes desgraciados que por efectos de sus picaduras se cuenten, la verdad es que no merecen tenerlas demasiado miedo; cuando están en ayunas huyen precipitadamente al menor ruido que perciben, y después de una buena comida se hacen tan torpes y caen en un estado de estupor tan grande, que puede desmontarse el terreno en su alrededor, y hasta matarlas sin que hagan ni el más ligero movimiento. El único caso en que se hacen verdaderamente temibles es cuando se las pisa por medio del cuerpo tan fuertemente, que no pueden escabullirse, pues volviéndose entonces sobre sí mismas con extraordinaria rapidez, clavan en la carne sus puntiagudos dientes en forma de lezna, que muchas veces tienen más de una pulgada de longitud, destilando al propio tiempo un veneno cuyos efectos suelen ser tan rápidos, que matan instantáneamente, aunque por lo común no sobreviene la muerte sino después de dos o tres días de crueles dolores y sufrimientos atroces. La picadura de uno de estos horribles reptiles es siempre advertida por el violento dolor que causan sus dien-

tes al introducirse en la carne poco después sobreviene una fiebre, que en el momento llega a su período álgido, los miembros todos se entumescen, aparecen en el cuerpo unas manchas negruzcas, y por último se declara la gangrena, que ganando terreno incesantemente y sin que nada sea bastante a detenerla, hace expirar a los desgraciados en medio de los más crueles padecimientos.

Cada pueblo tiene sus encantadores y encantadoras, que pretenden curar las mordeduras de las serpientes, gracias a la virtud que han heredado o adquirido por medios maravillosos. M. de Lacharme tenía también su panacea, de que prometía seguros resultados, y cuyo principal ingrediente era el sulfato de quinina. Los caucheros preconizan las excelencias de un sin número de antidotos, de los que cuentan portentos y maravillas; pero es lo cierto que apenas si recurren a otro remedio, cuando tienen conocimiento de una picadura, que a la *oracioncita* a San José. No vaya a creerse que porque estas oraciones, se reciten siempre con el mismo fin y vayan dirigidas al mismo santo, tienen todas la misma virtud: la mejor y más recomendada, que son muy pocos los que tienen la dicha de poseer, procede del antiguo monasterio de Guatemala, que ha proporcionado también otras súplicas y oraciones de esta clase, a las que para dar crédito se necesita toda la buena fe, toda la ignorancia de aquellas infelices gentes, que creen que unas cuantas palabras recitadas con más o menos fe, dichas con éste o el otro orden, pueden curar un envenenamiento de la sangre causado por la picadura de un reptil. Y no es sólo esto, sino que tienen, como hemos dicho, oraciones que curan las fiebres, por de mal carácter que sean y por mucho tiempo que haga que el enfermo las venga padeciendo, otras para evitar los naufragios, y otras para el mejor resultado de la más difícil de las funciones que la mujer cumple. Para emplear estas oraciones como medio de curación, no es necesario recitarlas ni saberlas de memoria, sino que es bastante llevar encima el papel en que están escritas. Inútil es de todo punto que con cualquiera de aquellos individuos os pongais a discutir acerca de la imposibilidad de una curación conseguida por este medio: nada importa que hagáis presente las razones por qué el veneno tiene que ser combatido por medio de reactivos enérgicos y poderosos que obren sobre la circulación en general: ellos os presentarán casos y casos en los que la *oracioncita* ha sido bastante, y no consideran nunca que la muerte o los mayores padecimientos se han evitado, o porque la picadura no procedía de uno de aquellos tan temidos

reptiles, o porque si lo fue no lo hizo en condiciones para que el veneno pudiera extenderse por la sangre.

Más temidas que los aligatores y caimanes, que los tigres y serpientes; más terribles que los mosquitos (y es cuanto podemos decir), son las garrapatas, que constituyen el más grande de los azotes de los exploradores. La irritación causada por las picaduras de aquellas arácnides, y el heroico remedio empleado para alejarlas o matarlas si es posible, se hace bien pronto intolerable, pues a los pocos días el cuerpo se cubre completamente de llagas. Hasta entonces sólo habíamos visto muy pocas, todo lo más una docena, esparcidas por acá y por allá, a las que sus obras hacían traición en seguida; perseguidas inmediatamente, tan pronto como teníamos la fortuna de apoderarnos de ellas, eran condenadas a muerte y ejecutadas incontinenti. Aplastadas como las chinches, tienen las ocho patas que poseen armadas de pinchos tan fuertes, que muchas veces, al arrancarse una, se viene detrás un pedazo de la piel. Las trompas chupadoras quedan en la carne, donde se forma una pequeña ulceración, que tarda en cicatrizarse más de una semana. En la selva del Aputi abundaban tanto, que a poco que nos detuviéramos en sus brozas, que parecen ser por las que más predilección tienen, nuestro pantalón blanco tomaba un tinte oscuro, a causa de las cerradas bandas que venían a posarse sobre él. No puede decirse que haya punto alguno en el cuerpo humano en que dejen de picar; pero, cómodas por naturaleza, prefieren las partes más tiernas, así es que siempre causan más daños en los dedos de los pies y en los pliegues que naturalmente se forman en las piernas.

Hemos tenido el placer de conocer a cuatro de sus principales tribus. Los *panchas* o *barberos sangradores*, grandes como la uña del dedo pequeño, son las peores, y las que más considerable daño causan; pero su tamaño da lugar a que sean más pronto víctimas de la persecución que se les hace, aunque la atención que en ello se ponga sea menor. Los *paleros* de color pardo son los más comunes: los *curcus* son casi microscópicos; cuando su dardo envenenado ha hecho que de la carne surjan rojas vegetaciones, en el punto más culminante de ellas se advierte, fijándose mucho, un casi imperceptible punto negro, que no es otra cosa que el dicho arácnide. Los *Coloradillos*, igualmente diminutos, son de color rojo: cuando permanecen inmóviles, apenas si se les puede distinguir, como no sea en un sitio en el que la piel sea completamente blanca; pero por desgracia para ellos, y por fortuna para los que tienen necesidad de internarse en sus dominios, son unos animalillos muy inquietos, y en el momento que aquel

punto encarnado se mueve, se le advierte en seguida: hasta pasar el dedo por encima para poner término a sus peregrinaciones. Sus congéneres citados anteriormente exigen más largo suplicio, pues hay necesidad de apretarlos fuertemente entre los dorsos de las uñas de los dedos gruesos, y aún muchas veces hay que repetir la operación dos o tres veces.

Es en medio de todo una fortuna el que no en todas aquellas comarcas abundan los arácnides de que nos acabamos de ocupar, pues unida esta plaga a las muchas que hubimos de sufrir durante nuestra expedición, no ya el trabajo, pero hasta la vida, se haría imposible. El cuidado que hay que desplegar es extremo, pues de lo contrario, en el más insignificante descuido que se tenga, puede uno muy fácilmente ser víctima de un buen número de accidentes causados por los insectos que en todas partes pululan, y que pondrían en grave riesgo la vida.

Después de doce horas de un trabajo incesante, causado por las duras fatigas que durante todo el día se vienen experimentando, se tiende uno en la hamaca ansioso de hallar algún reposo: de antemano se ha prometido uno hacerse fuerte, y desde luego se arma contra el sufrimiento; pero al poco rato comienzan las carnes a escocer, e involuntariamente se da salida al mal humor levantando en el aire los puños crispados y prorrumpiendo en algunas imprecaciones que no son tanto hijas de lo que se sufre, sino de lo que se espera sufrir. Llega un momento en que, sin poderlo remediar, se lleva uno la mano a cualquier parte del cuerpo más excitada que las demás; a partir de esto todo se ha perdido; el escozor aumenta y sigue creciendo cada vez más, hasta que sin poderlo resistir se rasca uno y se rasca hasta hacerse sangre. El único medio para obtener un poco de calma y poderlo pasar regular, es frotarse el cuerpo con alcohol fuerte, en el que se haya hecho macerar tabaco: los hombres que nos acompañan tienen un medio más sencillo: como quiera que durante todo el día no dejan de beber, se escupen en la mano y se frotan el cuerpo a renglón seguido, con lo que obtienen una considerable ventaja del vicio que los domina.

Por la noche, en el campo, cualquier observador desinteresado no podría menos de reirse viendo los ejercicios que practicamos para dar caza a las garrapatas. Allí blancos y negros, lo más ligeros de ropa que puede darse, se prestan los unos a los otros mutuos servicios fraternamente. Para matar aquellos malditos insectos, nuestros acompañantes no andan con preparativos ni cuidados de ninguna clase, sino que inmediatamente que logran desprenderlos los crujen entre los dientes.

El suplicio terrible de las garrapatas no se hizo intolerable sino una

semana después de habernos internado en el cauce del río Chico, afluente del Chucunaque. Nadie puede formarse una idea, ni aún siquiera aproximada, de las hordas que nos asaltaron cierta vez en que todavía poco prácticos de los peligros que podíamos correr, acampamos en el cauce de un arroyuelo, seco por los fuertes calores del estío, y donde sólo quedaban cortas cantidades de agua en los agujeros de algunas rocas. Alimentadas allí por aquella corta humedad, bullendo entre el polvo y las hojas secas, que tanto abundan, no nos cuidamos de tomar precauciones, y nos sentamos tranquilamente a comer: aún no habían pasado muchos minutos, cuando sentimos que nuestras carnes ardían, el escozor era tan violento, que nos hacíamos pedazos, hasta que advertidos por uno de nuestros acompañantes, investigamos las causas y nos hallamos materialmente cubiertos de aquellos terribles arácnides, que para que nos abandonaran nos fué necesario emplear el remedio que antes hemos indicado, con el que ciertamente nos vimos libres, pero sentimos que aumentaban nuestros dolores.

El día 28 me encontraba a unas diez horas más atrás de M. Lacharme, que había llegado a una cresta tan elevada, que desde ella se podía abarcar con un golpe de vista todo el país.

Limpió toda aquella colina, esto es, mandó quitar las lianas y ramas que hacían imposible el paso, de modo que cuando me uní a él, pude tomar los datos que me eran de todo punto necesarios: a lo lejos, delante de nosotros, se extendía la azulada línea que forman las cordilleras; un poco más cerca se notaba, llegando hasta las montañas, una depresión profunda que sigue una orientación casi idéntica a la que nosotros seguimos: a unos diez kilómetros del punto en que nos hallamos, dos contrafuertes que obstruyen la extensión que venimos siguiendo, dejan entre ellos una cañada bastante baja, por lo que inmediatamente modificamos nuestro plan, a fin de poder aprovechar lo más pronto posible aquel paso, cuyo descubrimiento nos inspiró ánimo.

XXVI

En la enfermería a causa de las garrapatas, arañas, avispas y hormigas.—Exploración del río Chico.

A la mañana siguiente, atravesamos el Cubileque, un río pequeño muy agradable, cuya corriente silenciosa se desliza por entre dos bajas

orillas, cubiertas en casi toda su extensión por bananos silvestres. En aquellos ribazos frescos y deliciosos, donde de tan agradable vista se disfruta, instalamos nuestros campamentos, y en verdad que nunca nos hubiéramos hallado tan cómodamente, a no estar aún en pleno dominio de las garrapatas. El cuidado que estos insectos repugnantes nos inspiran, nos quita el sueño y el apetito, no dejándonos gusto para nada, y teniéndonos en constante alarma. Por más cuidado que pusimos en mover el suelo, de modo que por todas partes quedara al descubierto la fina arena: por más que el fuego se encendió en distintos puntos, a fin de que se abrasaran o huyeran, tuvimos que pasar toda la mañana del domingo matando aquellos bichos. Tocóme la desgracia de ser menos afortunado que mis demás compañeros: en mí se habían encarnizado de una manera cruel y veía con terror que dentro de poco me sería imposible caminar; todo el cuerpo lo tenía cubierto de pústulas, y donde más abundaban era en los pies, causándome ya dolores vivísimos, que se iban haciendo cada vez más insupportables. Grande fue el trabajo que al día siguiente me costó poder llegar al campamento: de media en media hora me veía obligado a detenerme y esperar a que los dolores decrecieran y mis piernas adquirieran alguna elasticidad; era aquel un martirio terrible, del que ni aún siquiera había podido formarme idea, y que creía me haría morir a cada paso. Las etapas de aquella dolorosa marcha que iba haciendo eran de arroyo en arroyo, y mucho hubiera gozado en aquellos deliciosos sitios si hubiera podido disfrutar tranquilo de aquellas recónditas gargantas donde la frescura se sostiene, gracias a la impenetrable bóveda de verdura que sobre ella se extiende; no me hubiera cansado de admirar aquellos estanques que entre roca y roca se formaban, y en los que al través de sus aguas puras y cristalinas se veían bullir pescados de elegantes formas, rayados de negro y amarillo subido. Por todas partes, entre las ramas, a las orillas de aquéllos riachuelos, los pájaros saltan, llenando el aire con sus melodiosos trinos, y al rededor de las lianas ardientes, tachonadas de flores de distintos colores, zumban a millares los colibríes y los pájaros moscas, luciendo los brillantes matices de su rico plumaje. Cuando me perciben, huyen precipitadamente asustados; pero bien pronto, atraídos sin duda por la curiosidad, vuelven a contemplar este animal nuevo para ellos, y que tan raro les debe parecer: permaneciendo inmóvil, se inclinan sobre mí, para huir al menor movimiento que haga, posándose sobre el pedúnculo que más cerca tengan. Después de emplear triple tiempo del que en estado normal hubiera necesitado, y sufrir lo que no es decible, pude al

fin ganar, casi arrastrándome, las orillas del río Tesca, a seis kilómetros próximamente del Cubileque.

Mi malestar fue creciendo sin interrupción hasta un punto tal, que el 7 de Marzo me ví obligado a separarme de M. Lacherme, que continuó los trabajos emprendidos en la trocha, acompañado de ocho hombres, en tanto que yo permanecía miserablemente inutilizado sobre la playa, exasperado al verme martirizado en la hamaca por una enfermedad que, a pesar de lo mucho que me molestaba, no podía menos de aparecer ridícula. Al mismo tiempo que el mal físico, que no me permitía reposo alguno, me sentía atormentado moralmente, considerando el recargo de trabajo que mi necia enfermedad tenía que imponer necesariamente a M. Lacharme, y sobre todo la decepción que tenía que sufrir M. Wyse cuando supiera el forzoso abandono de nuestros proyectos de llegar al Atlántico antes de la estación de las lluvias.

Como la cosa era de todo punto urgente, despaché con gran premura a Merced, que venía haciendo de mi enfermero, para que fuera a buscar un sitio donde no hubiera garrapatas. Poco después encontró un magnífico bosque, en el que crecía en abundancia una hierba verde tupida, elástica, en la que a millares pululaban las chinches; más allá, casi en la misma orilla del río, encontró un sitio al parecer conveniente, favorecido por las sombras de los bananos silvestres.

Tan pronto como me lo hubo comunicado, realizamos los breves preparativos que nos eran necesarios, y al caer la noche estábamos instalados en aquel lugar, donde esperaba dejaran de mortificarme los insectos que en tan lamentable estado me habían puesto. Mis temores eran grandes, pues en cada cosa pequeña que veía moverse miraba uno de aquellos sangrientos enemigos, y todas las incomodidades que advertía las atribuía a ellos desde luego. Todo el mobiliario de mi gabinete de trabajo estaba reducido a una mesa y un banco, puestos bajo un rancho, mi larga hamaca, apenas extendida me permitía estirarme como en un lecho, y Merced, que era el único que había permanecido a mi lado, tenía su petate y los trastos de cocina. El Tesca se desliza por un ancho cauce lleno de guijarros y de gruesas piedras negras; por aquel punto, su corriente bastante fuerte choca con el borde del ribazo en que nuestro campamento se eleva, quebrándose las aguas en las rocas y dando lugar a un ruido que me distrae, destruyendo así el silencio monótono, que de otra manera me aburriría.

Como mi padecimiento, aunque con bastante incomodidad, me permitía trabajar algunos ratos, yo, con objeto de aprovechar el tiempo y que la

dilación que sufriéramos fuera la menor posible, me entretenía en poner en orden las notas tomadas sobre el campo, y en realizar los cálculos de las operaciones anteriores, así como también las de que cada dos días me enviaba M. Lacharme. Según por entonces me comunicó, las facilidades que en un principio nos habían dado tanto ánimo, haciéndonos suponer que llegaríamos al fin con felicidad y sin grandes obstáculos que vencer, habían desaparecido, internándose en una región tan trabajada y con tantos precipicios cortados a pico, que sus fieles *monterianos*, que hasta entonces lo habían hecho todo sin la menor murmuración, manifestándose dispuestos siempre a todo, comenzaban a quejarse.

En medio de las operaciones a que me hallo entregado, recibo numerosas visitas, unas demasiado agradables, otras sumamente repugnantes: enormes arañas cubiertas de una pelusa gris sucio, moteadas con manchas de color amarillo subido, o bien negras y de asqueroso aspecto, armadas de mandíbulas venenosas: su picadura es hasta tal punto mortal, que las llaman en el país *mata-tigres*; grandes mariposas de alas negras tornasoladas de azul como el cielo, coleópteros rincóforos, en los que es muy frecuente observar una trompa más larga que el cuerpo y que llevan grandes antenas en su extremidad; calandrias de variadas especies; himenópteros de todas clases, colores y tamaños, tales son los huéspedes que a todas horas y en todos momentos vienen a visitarme, turbando mi reposo y distrayéndome de las ocupaciones para que otros me han inutilizado. Algunos de éstos tienen muy mal carácter, mas por fortuna los ataques no son muy numerosos, de lo cual debo manifestarme agradecido. Tan rabiosas y encarnizadas como todos los de que llevo hecha mención, y también tan susceptibles, son unas gordas hormigas, largas como de una pulgada, y que tienen un dardo en el mismo lugar que las abejas. Una picadura de un animal de esta clase en una pierna o en un brazo, es bastante para que se inflame el miembro herido y se experimente un dolor agudo, que dura muchas veces dos y tres horas.

Estas visitas, como es fácil comprender, no tenían nada de agradables; pero en cambio los colibries me habían tomado también afección y venían a posarse siempre sobre las mismas hojas, vigilando todas mis acciones y todos mis gestos: los magníficos lucanes tienen hechos sus nidos en el árbol próximo, y durante todo el día en las altas ramas de los blancuzcos troncos, sus picos rojos no dejan de dar golpes que los asemejan a incansables carpinteros; además, frecuentan mi gabinete de trabajo muchos lagartos de diversas formas y colores, y entre ellos por lo raro y singular, ha

llamado mi atención en alto grado; por la noche, cuando emprende su cacería, despliega debajo de su garganta un apéndice en forma de espátula de un color anaranjado vivo y brillante, que cualquiera podría creer era el pétalo de una hermosa flor. También se ha hecho muy familiar, y me visita con bastante frecuencia, una pequeña iguana.

El bueno de Merced, que es tan honrado y cariñoso como mal cocinero, me cuida esmeradamente y hace incalculables esfuerzos para tenerme contento; a pesar de esto, en una ocasión me hizo una mala pasada, que recuerdo siempre, y por la que sin poderlo remediar le guardo algún rencor. No habiendo recibido noticias de M. Lacharme desde hacía dos días, cosa que me tenía en sumo cuidado, temiendo que hubiera ocurrido algún desagradable incidente, bastante fácil dado el terreno en que se hallaba trabajando, lo envié con premura al punto en que pensaba debía encontrarse, para saber a punto fijo lo que sucedía; quedóse parado un rato, y en seguida juró y protestó de que no partiría de mi lado, dejándome solo en el estado en que me hallaba. Interesóme vivamente el cariño que me manifestaba, y le hice comprender que los trabajos de la trocha no podían haber adelantado más de diez kilómetros; el día comenzaba a apuntar, pues aún no disfrutábamos más que de la incierta luz del crepúsculo, así es que podía ir y volver fácilmente para la hora de comer. Partió en vista de esto, y yo quedé confiado, dadas las pruebas de interés que me había manifestado, en que no se haría esperar mucho tiempo; pero mis esperanzas quedaron fallidas; Merced no volvió hasta el día siguiente por la noche, viéndome obligado, por tanto, a preparar mis alimentos y hacer cuanto me era necesario. A la caída del sol, cuando la noche comenzaba a extender las tinieblas por todo el ámbito, perdida la esperanza de que volviera, obligado por la gran necesidad que experimentaba, encendía el fuego y manejaba la cacerola y demás chismes. Muchas veces me decía que mayor seguridad debe tenerse en la soledad de aquella inmensa selva, que en las grandes poblaciones donde a cada paso hay un peligro; estaba convencido de que no podía sufrir ataque ninguno, pues nadie andaba ni tenía para qué andar por aquellos contornos; pero es lo cierto que no me abandonaba cierta inquietud por causas que no sabré explicarme. El menor ruido me desvelaba, ahuyentando de mis párpados el sueño, que por más que hacía me era imposible conciliar después, tomaba las mayores precauciones, registraba mis armas, cargaba mi fusil y dormía con el revolver amartillado a la cabecera. A la mañana siguiente ya sabía preparar el café y asar las sardinas como el primero, convenciéndome cada vez más de que la necesidad es una gran maestra.